



Università  
Ca'Foscari  
Venezia

Corso di Laurea Magistrale  
in Lingue e letterature europee, americane e postcoloniali

Tesi di Laurea

***Acceso no autorizado* de Belén Gopegui:  
propuesta de traducción y análisis**

**Relatore**

Prof. Ignacio Arroyo Hernández

**Correlatore**

Prof. Florencio Del Barrio De La Rosa

**Laureanda**

Federica Pantanella

Matricola 877708

**Anno Accademico**

2020 / 2021

*«Amate chi cura le parole. (...)  
Amate la parola che non ha paura di confrontarsi,  
la parola che è spiegazione e preghiera.  
Amate chi non riduce il proprio pensiero a slogan.  
Amate la parola, la parola libera,  
la parola disobbediente perché amandola amate voi stessi».*  
ROBERTO SAVIANO<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Del manifesto de la serie *Munizioni* de Bompiani, 2019.



# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	4
ACCESO NO AUTORIZADO: CONTENIDOS Y ESTILO.....	6
1.1 Sobre el compromiso político y el contexto socio-literario .....	6
1.2 Sobre las estrategias narrativas y el estilo: una novela astuta .....	12
NOTAS A LA TRADUCCIÓN: CRITERIOS Y RECURSOS.....	17
2.1 Sobre la traducción.....	17
2.1.1 Sobre la traducción de textos poéticos .....	17
2.1.2 Sobre las referencias externas y en otros idiomas .....	19
2.2 Sobre las trayectorias de la traducción .....	20
2.2.1 Sobre las referencias culturales.....	23
2.2.2 Sobre la traducción técnica.....	25
ANÁLISIS LINGÜÍSTICO Y PROBLEMAS DE TRADUCCIÓN.....	27
3.1 Problemas gramaticales .....	27
3.1.1 Morfología.....	27
3.1.2 Sintaxis.....	29
3.2 Problemas léxicos.....	31
CONCLUSIONES.....	35
BIBLIOGRAFÍA.....	36
Diccionarios.....	38
REFERENCIAS EN LA RED.....	38
APÉNDICE .....	39
ACCESSO NON AUTORIZZATO, UNA PROPOSTA DE TRADUCCIÓN.....	39

## INTRODUCCIÓN

Este trabajo de investigación se debe a la curiosidad que ha suscitado un curso al que asistí como estudiante de intercambio en la Universidad Autónoma de Madrid (UAM) en 2020: se trata de una asignatura “El creador y su obra: encuentro con escritores” que forma parte del máster en “Literaturas Hispánicas: arte, historia y sociedad”. Como parte de mi plan de estudios, tuve la posibilidad de familiarizarme con el concepto de literatura de la crisis y apreciar la calidad de la obra de Belén Gopegui, que tuve incluso la suerte de conocer en un encuentro organizado para los estudiantes del máster. Así que, a partir de la curiosidad de profundizar los temas estudiados en clase y de la voluntad de transmitir esos contenidos también a unos lectores italianos ideales se ha originado la idea de la traducción de la novela de Gopegui *Acceso no autorizado*, que todavía no se ha traducido en Italia.

La investigación se organiza en tres capítulos, que van seguidos por la traducción en italiano de la primera parte de la novela (que se divide en tres) en el apéndice. En el primer capítulo, el objetivo es presentar la novela y su autora, con una atención especial a su idea de literatura y su compromiso político. Se empieza con esbozar algunos elementos de la trama significativos y funcionales a la identificación de los temas principales, como el fracaso de las instituciones democráticas y la falta de representación; se procede con algunas consideraciones sobre el contexto político y cultural en el que se inserta la novela y su autora con ella, es decir la literatura de la crisis y su relación con los movimientos de protesta como el 15-M. Siguen algunas reflexiones sobre el estilo de Gopegui, cuyos rasgos característicos se analizan bajo la perspectiva del traductor, que deberá hacer el posible para transferirlas también al texto en italiano: entre las más relevantes se señalan el uso del discurso indirecto libre, el recurso a imágenes metafóricas eclécticas y articuladas, el recurso a la empatía para involucrar al lector.

En el segundo capítulo, después de una breve introducción sobre el oficio del traductor, se analizan las estrategias de traducción empleadas a la hora de enfrentarse con las diferentes tipologías de textos que componen la novela de Gopegui. En concreto, hay un breve excursus sobre la traducción poética (debido a la presencia de versos y letras de canciones en la novela) y unas consideraciones sobre la presencia de referencias externas (citas literarias y no, incluso en idiomas extranjeros), que abundan en la novela. Además, se proporcionan algunas indicaciones sobre la trayectoria que ha seguido la traducción, es decir sobre la voluntad del traductor de presentar un texto fiel al original y a su estudiada complejidad, aun manteniendo una actitud facilitadora hacia el lector. Se da razón, por ejemplo, de cómo se han tratado las referencias culturales implícitas y explícitas que aparecen a lo largo de la novela.

Finalmente, en el tercer capítulo, se enfrentan los propios problemas que se han encontrado en la traducción al italiano: las cuestiones lingüísticas se agrupan en dos apartados, según sean problemas estrictamente gramaticales (relacionados con la morfología o la sintaxis) o problemas lexicales (por ejemplo, las expresiones idiomáticas).

Concluyen el análisis algunas consideraciones generales sobre el proceso de traducción y sobre los resultados obtenidos.

# ACCESO NO AUTORIZADO: CONTENIDOS Y ESTILO

## 1.1 SOBRE EL COMPROMISO POLÍTICO Y EL CONTEXTO SOCIO-LITERARIO

«¿Qué harías si lo que una vez quisiste ser, algo parecido a la conciencia, te hablara desde dentro de tu ordenador?»<sup>2</sup>. Es una pregunta el modo en que Belén Gopegui decide presentar en una entrevista su novela *Acceso no autorizado*. Es una obra aguda que, a pesar de las apariencias de novela thriller y despreocupada, entraña un profundo compromiso político y una firme voluntad de denuncia. Una narración ficcional donde se abarcan temas como la relación entre la política y el poder, se plantean cuestiones como la admisibilidad de servirse de métodos ilegales (aunque con buenas intenciones) para llevar a cabo un cambio y, sobre todo, se interroga sobre la posibilidad que un cambio radical sea realizable de verdad. Quien conozca a la autora sabe que de ella no puede esperarse nada diferente: Gopegui no escribe para recrear los ánimos, no quiere distraer al lector con historietas; al contrario, intenta provocar una reacción que sacuda las conciencias, que despierte el sentido crítico. A pesar de su objetivo ambicioso, su manera de escribir nunca trasciende en ese tipo de literatura resonante, en mayúsculas, que ostenta superioridad y avanza pretensiones. Ella misma afirma que se demuestra más incline a perseguir «una literatura que concentre y cuente la potencia sin llama» (Bonvalot, 2021:36), de hecho, su grito de denuncia parece encauzarse en un susurro, quizás menos impresionante, pero rotundo, determinado y contundente, a cuya pertinacia encomienda su mensaje. Además, añade que «las novelas que respeto [son] las que no son cobardes ni dibujan enemigos blandos inexistentes, (...) y se la juegan y cuentan lo que podría haber y lo que hay» (Bonvalot, 2021:37) y de verdad, es esto lo que intenta hacer con sus obras: contar historias delante de las cuales los lectores no pueden quedarse indiferentes. Es así, por ejemplo, en el caso de *El padre de Blancanieves*, obra que se centra, entre otros temas, en la responsabilidad social, el desmoronamiento de la clase media y la inmigración, o de *Quédate este día y esta noche conmigo*, una novela posterior con respecto a *Acceso no autorizado*, que plantea unos dilemas éticos y morales sobre el desmesurado poder de las empresas de la informática, como Google<sup>3</sup>; y la novela protagonista este análisis no es diferente.

En *Acceso no autorizado* la atención se dirige especialmente a la relación entre la política y el poder, entre la posibilidad (que no siempre corresponde a la voluntad) que tienen los hombres y las mujeres de las instituciones de producir un cambio significativo en la sociedad. La novela se articula en varios niveles, pero la línea narrativa principal resulta, al fin y al cabo, bastante sencilla.

---

<sup>2</sup> La entrevista se puede encontrar en línea: <https://lapupilainsomne.wordpress.com/2011/06/01/del-15-m-quedara-la-conciencia-de-que-el-espacio-publico-debe-y-puede-recuperarse/>

<sup>3</sup> Véanse Gopegui, 2017 y 2007.

Una noche, casi por casualidad, Julia Montes, la vicepresidenta del Gobierno se da cuenta de que alguien se ha introducido en su ordenador personal y se mueve fisgoneando entre sus ficheros y sus historiales de búsqueda en internet. En vez de denunciar la intrusión a los responsables de la seguridad informática de la Moncloa, establece una conversación escrita con el hacker que acciona a distancia la flecha de su ratón y que le dice que quiere ayudarla. El lector llegará a descubrir que, quien mueve los hilos (inalámbricos) de la flecha, es un abogado con un pasado activista y un presente que se divide entre actividades de hackeo y la defensa de individuos al borde de la legalidad y, a pesar suyo, de un joven amigo desamparado. Así, por un contacto fortuito, un descuido al escribir una IP, empieza una extraña relación entre la vicepresidenta y la flecha, que se convierte en una ocasión para los dos para actuar fuera de los esquemas. Contrariamente a lo que uno se esperaría, considerada la situación, la flecha proporciona información, nunca solicitada (o, por lo menos, no al principio), digna de absoluta confianza y permite a la vicepresidenta resolver asuntos complejos con resultados completamente a beneficio suyo y, sobre todo, de la administración, como en el caso del desastre aéreo del vuelo Madrid-Santander. La vicepresidenta, dando crédito a las indicaciones de la flecha, de manera en apariencia irracional, se deja involucrar conscientemente en algo que, si bien se ha originado casi por casualidad, se ha convertido en un proyecto bien definido y organizado, y parece incluso dejarse seducir por su espíritu idealista y batallero. Julia Montes es una política comprometida, intenta desempeñar su encargo lo mejor que puede<sup>4</sup> y la flecha lo sabe, sin embargo, quiere de ella un paso más, la empuja hacia una toma de posición fuerte y lo hace, muy poéticamente, pidiéndole que le dé su «mayor defecto»<sup>5</sup>:

¿Por qué quiero tu cobardía? ¿Qué hace que se muevan las cosas, vicepresidenta? No siempre la fuerza está dentro, a veces unas palabras o un cuerpo nos llevan hasta el punto donde la flecha puede volar, lo llaman la suelta. Si pudiera llevarte hasta allí... (Gopegui, 2011:280)

Se produce, por lo tanto, un punto de inflexión sobre el que es interesante reflexionar: aceptando los informes confidenciales y usándolos, la vicepresidenta se hace cómplice de la flecha. Así que, ¿Por qué una vicepresidenta del gobierno que, justo por ser una representante de las instituciones, tendría que condenar la intrusión en el ordenador, el hackeo, la sustracción de

---

<sup>4</sup> A este propósito, es interesante la descripción que ofrece Ferrari-Nieto de la situación de la vicepresidenta: es «una superviviente en el partido socialista de los ideales progresistas que los llevaron al Gobierno, la única que no se ha vendido a otros intereses más espurios, que mantiene su compromiso social». (Ferrari-Nieto, 2013:436).

<sup>5</sup> La flecha recurre a menudo a la metáfora del «mayor defecto» para indicar la cobardía: se trata de una referencia literaria al libro de cabecera de la vicepresidenta, *El Maestro y Margarita*. A lo largo de la obra del ruso Bulgakov, se dice en un par de ocasiones: «lo único que dijo fue que, entre los defectos, uno de los mayores era la cobardía». (Bulgakov, 2004:318).



documentos reservados, parece en cambio empatizar con la flecha y apoyar sus acciones? La respuesta de Gopegui llega clara, evidente y preocupante. No hay más remedio que confiar en los ‘malos’<sup>6</sup>, porque ya se ha perdido la esperanza en la capacidad de los ‘buenos’ de actuar libremente a beneficio del bien común y de llevar a cabo sus objetivos. Empieza así a vislumbrarse una profunda desconfianza en el sistema político tradicional, tanto que parece que la única solución para acceder a un cambio mínimamente perceptible es confiar en una ayuda externa, desvinculada de las dinámicas de los palacios del poder. Poco importa si el origen de esa ayuda se balancea en los límites de la ilegalidad, tal es el nivel de exasperación. En un intercambio entre la flecha [F] y la vicepresidenta [V] se dice:

[F]: los partidos carecen de militancia real. pero, ¿valía la pena dedicar tu vida a ser una pieza más en la maquinaria que gobiernan otros?

[V]: ¿Quién la gobierna? Nadie lo hace. ¡Todo esto es metafísica barata! Hago lo que me corresponde lo mejor que puedo. Sirvo a los ciudadanos, cobro por ello, puede que solo consigamos avances milimétricos y a veces solo que las cosas no dejen de funcionar. Es lo que hay. (Gopegui, 2011:175)

Las palabras de la vicepresidenta suenan poco reconfortantes, pero en ellas se encuentra uno de los conceptos claves que construyen la novela. Los políticos están en el poder, pero no tienen la libertad y el Poder (con mayúscula) para subvertir el sistema; los políticos ‘buenos’, los que siguen animados por una genuina voluntad de cambio y sentido de responsabilidad, tienen que conformarse con «avances milimétricos», ya que la alternativa sería aún peor. Como afirma López, en las novelas de Gopegui, «la democracia se presenta como puro simulacro, un juego de alternancia de poder en el que los representantes de diversas posturas políticas realmente no representan alternativas viables» (López, 2006:61).<sup>7</sup> Por consiguiente, si ni siquiera los políticos, que deberían representar la emanación del poder que el pueblo le ha (o, consideradas las premisas, habría) otorgado a través de las elecciones pueden ejercer el control sobre la política, entonces ¿quién gobierna el Gobierno? La vicepresidenta, en el fragmento citado antes contesta que nadie; sin embargo, en otro punto de la novela, se declara abiertamente que «el poder no lo tienen los vicepresidentes, ni los presidentes» y «los políticos trabajan para ella [la banca]» (Gopegui, 2011:88). La política y los políticos con ella, por lo tanto, se mueven para satisfacer

---

<sup>6</sup>Se hace referencia a los ‘malos’ y los ‘buenos’ de manera deliberadamente genérica, como categorías absolutas porque resultan inmediatamente reconocibles; sin embargo, para encuadrar la situación de manera objetiva hay que relativizar especialmente el concepto de “lo malo”, ya que, si se comparan las actividades del abogado y sus amigos hackers con las de personajes como el Irlandés (un apoderado sin escrúpulos) y los Indios (los que amenazan Crisma, el amigo del abogado) o el tipo de crímenes que cometen, se entiende que, al fin y al cabo, no son tan malos. O, por lo menos, tienen muy buenas intenciones.

<sup>7</sup> Citando a su vez Baudrillard, López hace referencia a unas novelas anteriores de Gopegui, *La conquista del aire* (1998) y *Lo real* (2001); sin embargo, la descripción resulta adecuada incluso para *Acceso no autorizado*, ya que comparte el mismo sistema de valores.

unos intereses económicos, que, generalmente, no suelen coincidir con lo que sería justo y útil para la ciudadanía. Así que, lo que intenta hacer Gopegui es desenmascarar este círculo vicioso e intentar atribuir la responsabilidad a individuos concretos: si es verdad que la política responde a las exigencias económicas y financieras de las grandes empresas o de los bancos, es también verdad que, al fin y al cabo, son los individuos los que toman las decisiones, son personas perfectamente reconocibles las que ocultan informes incómodos, que apoyan o contrastan leyes perjudiciales, que son responsables de lo que pasa en el país. Como se lee en Becerra-Mayor, el objetivo de la autora es arrojar luz más sobre las causas que sobre los efectos de este sistema tan arraigado y difícil de extirpar, porque es a partir de allí que se puede invertir la tendencia (Becerra-Mayor, 2019:311).

Resulta así evidente el rol fundamental y salvífico de la palabra escrita, de la novela como medio con una profundísima función social. Echevarría retomando Tabarovsky escribe sobre *Acceso no autorizado* que “el plan de Gopegui” consiste «no en pensar la literatura como algo político, ni la narrativa como una vía para criticar el poder, sino a la inversa: la novela como un contrapoder, la escritura como una contrapolítica».<sup>8</sup> La perspectiva de Tabarovsky parece muy acertada, especialmente si se piensa en el discurso final de la vicepresidenta, que casi podría considerarse como el manifiesto político de la novela: el objetivo no es el conflicto o la crítica feroz, la real intención es ofrecer a la gente palabras conscientes y cargadas de significado, como respuesta alternativa a la retórica vacía del lenguaje político que ha embriagado, y sigue haciéndolo, la confianza de los electores.

Ya nadie ignora que el bienestar general tal como lo hemos conocido es imposible de sostener. Pero continuar con el espolio de lo común mientras aumenta el control de la ciudadanía y se recorta su capacidad de decidir no debe ser la única opción, no puede serlo. Es nuestro país, el espacio temporal de nuestras vidas, es nuestro derecho a organizar un bienestar distinto y compartirlo. (Gopegui, 2011:313)

La vicepresidenta, al final, se sacrifica, o más bien, como no cede renunciando a su proyecto de nacionalización de las cajas de ahorro, es derrotada por el sistema y obligada a dimitir. El hacker consigue así realizar su propósito: la vicepresidenta, con un gesto valiente e irreversible, le da su «mayor defecto», rompe la apariencia y expone la corrupción del sistema delante de los ciudadanos:

Mi cese ha sido fruto de un forcejeo que les voy a contar, pero no se engañen, no hay misterio alguno, el motivo podría ser cualquier otro. Haber perdido

---

<sup>8</sup> Echevarría, en la nota a la primera edición de *Rompiendo algo* cita Tabarovsky, a propósito de la manera de escribir de Belén Gopegui. Véase Gopegui, 2019.

esta batalla no me dignifica más, y, desde luego no me disculpa de nada. (...) No les oculto que para obtener esa victoria se han ejercido presiones miserables, y en la medida de lo que sé, que no es todo ni un sesenta por ciento, ha habido golpes bajos, juego sucio, violencia. (Gopegui, 2011:313)

La conclusión, desafortunadamente, no es buena y no infunde optimismo. El abogado-flecha, el impulsor de la rebelión de la vicepresidenta, muere protegiendo a la mujer de la que está enamorado y su muerte que, quizás desemboca un poco en el melodramático, pone fin al intento de desmantelamiento del sistema; el discurso de la vicepresidenta «tras dos días de titulares y cierto revuelo mediático» (Gopegui, 2011:314) se pierde en el olvido, es casi una derrota total. Se trata, sin embargo, de una elección conveniente: con un final feliz los lectores se ilusionarían con una falsa tranquilidad, con la convicción de que su contribución no es necesaria, que todo, de una manera u otra, se va a arreglar sin que sea necesaria ninguna intervención por su parte; un final tan realístico y amargo, en cambio, tiene más probabilidades de provocar en ellos un arrebatado de indignación, una voluntad de actuar y participar en primera persona, que es lo que la autora desea. De hecho, dice Gopegui en una entrevista que imagina su novela como «un balance y una apuesta por lo que podríamos hacer» (Sigüenza, 2011), así que, a pesar de todo, la esperanza se queda.

Y si en la ficción todo parece perdido, la vida real y los ciudadanos reales, a veces, sorprenden con unas vueltas dignas de la mejor novela. Aunque se trate solo de una fortuita coincidencia, la publicación de la novela *Acceso no autorizado* ocurre en 2011, un año especialmente significativo e importante si se considera la participación popular en la política. De hecho, el ápice se produce con el nacimiento del 15-M, un movimiento popular que se constituye en mayo de 2011, como respuesta y protesta por la aprobación de una nueva reforma de las pensiones<sup>9</sup>, que eleva la edad de jubilación desde los 65 hasta los 67 años. En realidad, la ley es solo la gota que colma el vaso: el estado de movilización es el fruto de años de compromisos incumplidos y de políticas orientadas a salvaguardar primero la economía, precisamente como se denuncia en la novela. Además, los efectos desestabilizadores de la crisis financiera global de 2008 siguen afectando de manera grave los gobiernos y las instituciones democráticas. El movimiento del 15-M, y la novela de Gopegui con él, ponen en tela de juicio el concepto de democracia, ya que no se ve como una forma de gobierno caracterizada por la participación del pueblo en la toma de decisiones o, por lo menos, se cuestiona su aplicación: como afirma Rancière, la democracia se parece más a «una forma oligárquica, una representación de minorías que tienen título para ocuparse de los asuntos comunes» (Rancière, 2007); considerando que, como se ha evidenciado en la novela, en la mayoría de los casos, los intereses comunes representados responden a unas

---

<sup>9</sup> Ley 27/2011, de 1 de agosto, sobre actualización, adecuación y modernización del sistema de Seguridad Social (BOE)

demandas ajenas a la propia política, resulta evidente que los ciudadanos quedan excluidos de la ecuación. La clase política ha dejado de representar a sus electores. La denuncia de esta falta de representación constituye la base ideológica sobre la que se basan los movimientos como el 15-M, tanto que los eslóganes que abren las manifestaciones ponen un muy llamativo ¡No nos representan! Como afirma Presno Linera, el fundamento de esta protesta se origina en el hecho de que «las instituciones representativas no cumplen de manera democráticamente aceptable las premisas que justifican su existencia.» (Presno-Linera, 2012:109)

No es la primera vez que Gopegui recurre a la novela como medio para expresar alguna inquietud social, como ya se ha evidenciado incluso al principio de este análisis, pero esta vez su obra es una prueba de activismo perfectamente hija de su tiempo. De hecho, se inserta en un contexto cultural y literario más amplio y poblado de autores y autoras (Marta Sanz, Pablo Gutiérrez, Cristina Morales, solo para mencionar algunos) que, como ella, han sentido la exigencia de integrar en sus obras cuestiones relacionadas con lo político, con la finalidad de dar voz al malcontento de la gente. Gopegui ha sido una precursora y por su actitud innovadora y contracorriente con respecto a las tendencias literarias del tiempo ha chocado contra grandes resistencias<sup>10</sup>, pero solo ha anticipado un cambio de perspectiva que era inevitable. Como explica Celaya-Carrillo en su ensayo, se asiste al nacimiento de una nueva etapa en la literatura en prosa española, caracterizada por una presencia cada vez más consistente de la política y del compromiso social en la ficción (Celaya-Carrillo, 2014:45). Empieza a construirse un corpus de novelas que hacen manifiestos los efectos de la crisis económica, un conjunto de obras que Becerra-Mayor individúa como «novelas de la crisis» (Becerra-Mayor, 2019:309) y que Valdivia llega hasta a definir «literatura desheredada», para evidenciar la pobreza y la falta de recursos de vida que sufren los sujetos protagonistas (Valdivia, 2016:34). Además, como señala Bezhanova, otro rasgo que acomuna las novelas como la de Gopegui es «la visión de la crisis no como una calamidad repentina de corta duración que se resolverá tan pronto como se encuentren las medidas adecuadas» (Bezhanova, 2020:205), o sea la conciencia de que se ha puesto en marcha un mecanismo tan vicioso y vigoroso que va a ser difícil de ralentizar<sup>11</sup>.

---

<sup>10</sup> Parece significativo mencionar aquí una ponencia de Gopegui en la que Diego, un joven activista que hace de alter ego a la autora, describe con un símil (citando, a su vez, Stendhal) la sensación de extrañeza y la propensión a la crítica inmediata (por parte de quien lee) o a la anhelosa búsqueda de una justificación (por parte de quien escribe) que se produce cuando una novela abarca el tema político. Diego dice, y a esta cita se debe también el título de la ponencia, que «la política en una obra literaria es como un pistoletazo en un concierto» (Gopegui, 2019). Esta imagen, que suele usarse en forma de crítica, tiene el objetivo de expresar de manera visual e impactante la supuesta absoluta incompatibilidad de los dos mundos.

<sup>11</sup> A propósito de la duración de la crisis, véase la entrevista del intelectual Juan José Millás que declara que «la crisis era una estafa», hecha con la deliberada intención de que la gente creyera que antes o después podía salir de ella; la dura realidad, en cambio, es que no hay más remedios que adaptarse al nuevo modelo socio-económico. (Velasco, 2018).

*Acceso no autorizado* no comparte con el mundo real y el contexto socio-económico español solo los valores de valentía, responsabilidad y conciencia que encarnan el movimiento 15-M, sino también algunas referencias a la situación política española<sup>12</sup>. En el ámbito político, por ejemplo, a pesar de que los nombres se hayan modificado, es posible reconocer en Julia Montes algunas afinidades con la exvicepresidenta del Gobierno María Teresa Fernández de la Vega, quien tuvo el cargo de vicepresidenta primera, ministra de la Presidencia y portavoz del gobierno en la legislatura 2004-2010 del gobierno Zapatero (PSOE). Como Julia Montes, también la vicepresidenta Fernández de la Vega debe renunciar a su cargo de diputada, sin embargo, ella lo hace porque es propuesta como miembro permanente del Consejo de Estado (cargo que todavía mantiene desde julio de 2018 y que es incompatible con el puesto de diputada). Es probable que la elección de Fernández de la Vega sea debida, por un lado, al hecho de que ella ha sido la primera mujer en la historia de la democracia española en asumir el cargo de presidenta del gobierno; por el otro, se podría decir que Gopegui necesitaba una mujer en su historia, como declara la misma autora en una entrevista, ya que dice que «aún se exige a la mujer un esfuerzo de más cuando se trata de participar en lo público, (...) pero [ella] puede generar una resistencia diferente a la fuerza externa» (Sigüenza, 2011). De todas formas, como destaca la autora, el objetivo no es llegar a individuar puntualmente todas las referencias y reconocer los ‘quiénes’ y los ‘cuándo’, sino fijarse en los ‘cómo’ y recordar que «esa novela trabaja con los materiales de que está hecha la política en este país» porque «una ficción puede ser más real que tantos libros de memorias» (Blanes, 2013:345).

## **1.2 SOBRE LAS ESTRATEGIAS NARRATIVAS Y EL ESTILO: UNA NOVELA ASTUTA**

Gopegui no escribe para entretener. No es su objetivo y lo explicita de forma muy clara en el prólogo de *La conquista del aire* a propósito de la corrupción del género de la novela en el siglo XX: «la novela no es un mero artefacto estimulador de sensaciones, no es equivalente a ciertos productos televisivos o ciertos juegos de ordenador concebidos para que los destinatarios se sientan ya perspicaces, ya intrigados, ya gratificados en sus carencias emocionales» (Gopegui, 2012). Sin embargo, leyendo *Acceso no autorizado*, el lector puede encontrar en la novela todos los ingredientes necesarios para que parezca un perfecto thriller de espionaje intrigante y sugestivo,

---

<sup>12</sup> Además de las referencias políticas, que son las más temáticamente pertinentes a este análisis, en la novela es posible reconocer incluso alguna correspondencia con hechos de la crónica reciente (años 2005-2010) española: el caso más evidente es el paralelismo con el accidente aéreo ocurrido en el aeropuerto de Madrid-Barajas el 20 agosto de 2008. A causa de un error humano, un avión pierde el control después del despegue y el balance es de 154 muertos y 18 heridos graves. Véase CAIAC, «Informe técnico A-032/2008. Accidente ocurrido a la aeronave Mc Donnell Douglas DC-9-82 (MD-82), matrícula EC-HPF, operada por la compañía Spainair, en el aeropuerto de Madrid-Barajas, el 20 de agosto de 2008», Centro de Publicaciones Secretaría General Técnica Ministerio de Fomento, 3 de agosto de 2011.

del que sería incluso posible sacar una adaptación cinematográfica o una serie de televisión: hay suspense, tiene los muy típicos hackers y expedientes confidenciales, no faltan los tiroteos y un poco de drama. A una mirada superficial podría parecer que Gopegui haya modificado su perspectiva o que no se haya mantenido fiel a sus propósitos. Al contrario, aquí los recursos sensacionales del thriller no son los fundamentos sobre los que se construye la novela, sino que se limitan a ser elementos funcionales: un contenedor, exquisitamente labrado y atractivo, para proteger un contenido, lo que realmente tiene importancia, que no es fácil manejar. Gopegui, consciente del hecho de que la gente lee menos, parece hacer como los médicos de los grandes tratados latinos: pone miel dulce en los bordes de la copa para que sea más agradable tomar la medicina amarga.<sup>13</sup>

Merece la pena detenerse sobre algunos aspectos de las estrategias narrativas empleadas en la construcción de la novela, aunque resulten secundarios con respecto al núcleo central, porque funcionan como una especie de *captatio benevolentiae* al lector, o más bien como una '*captatio curiositatis*'. Siguiendo con las analogías tomadas del mundo de la literatura clásica (por comodidad y coherencia), se podría decir que el método de la autora retoma un poco las pautas de la elocuencia ciceroniana (*docere, delectare, movere*). Para que se ajuste al caso de Gopegui, hay que dejar momentáneamente de lado la parte relativa al 'enseñar' (*docere*), porque lo último que Gopegui quiere hacer es elevarse a guía e imponer sus enseñanzas a los lectores, a lo más, como ya se ha podido comprobar a lo largo de este análisis, quiere despertarles las conciencias dormidas. En cambio, las partes relativas al 'conmover' y al 'entretener' encajan perfectamente.

De hecho, para provocar una cualquiera reacción, sea positiva o negativa en el lector (*movere*), hay que implicar las emociones. Y una en especial desempeña un papel esencial a la hora de tramitar un mensaje a quien lee la novela: la empatía. Según como se construyen los personajes, cambia la idea que los lectores se hacen sobre ellos y puede que lleguen incluso a empatizar con personajes cuyas acciones habrían reprobado en la vida real.

El primer personaje que se presenta es Julia Montes, la vicepresidenta: sentir empatía hacia ella es casi inevitable. Desde el principio el lector tiene libre acceso a sus pensamientos, gracias al uso del monólogo interior, un recurso que suele ser muy efectivo en provocar la empatía, según afirma Keen<sup>14</sup>. En las primeras páginas se la ve en su casa, por la noche, en un momento de vulnerabilidad: una brecha en su intimidad real, ya que está siendo hackeada, y personal, ya que está sola y durante un rato puede dejar de lado su papel institucional y ser solo una mujer que se relaja navegando en catálogos de casas en islas tropicales. El retrato se hace aún

---

<sup>13</sup> Véase Lucrecio, *De Rerum Natura*.

<sup>14</sup> Sobre la empatía en el género de la novela, véase Keen, 2007.

más redondo cuando se imagina que la prensa no le perdonaría un descuido, una imprudencia tal como no señalar el hackeo y hasta dialogar con un criminal; está acostumbrada a defender cada acción suya, incluso las que no estén directamente relacionadas con la política y esto la hace muy humana. La vicepresidenta nunca deja trasparecer sus verdaderas emociones, se ha construido un personaje con gustos literarios, musicales muy parecido a ella, pero diferente, distante, más fácil de defender; nadie sabe que *El maestro y Margarita* es su libro favorito o que tiene una pasión por unos grupos musicales folk nórdicos, ni siquiera su colaboradora más cercana, en la que confía completamente. Nadie, excepto la flecha y el lector. La exclusividad de tener acceso a la real identidad de la protagonista y la posibilidad de conocerla de verdad crea una conexión fuerte con el lector e, inevitablemente, induce a la empatía.

No es una sorpresa que el segundo personaje por el que el lector empieza a desarrollar cierta empatía es el hacker-abogado. Al principio, fascina la actitud ingeniosa e ilegal del hacker, que, con sus preguntas listas y sus alusiones misteriosas, pero miradas (como la al «mayor defecto» de la vicepresidenta y de Bulgakov), casi parece que se está exhibiendo en una danza de seducción intelectual; más adelante en la novela, cuando Gopegui desvela que la persona detrás del incorpóreo hacker es Eduardo, el abogado, se añade otro elemento típico del género thriller, que es la doble identidad. A pesar de su doble vida, el abogado, como la vicepresidenta, resulta un personaje cuya humanidad es muy bien matizada: las referencias a su pasado, a la enfermedad de su madre, a su disponibilidad a ayudar al chico, aunque sea peligroso, a su amor inconfesado por Amaya, hasta llegar a su sincera voluntad de ayudar a la vicepresidenta. En definitiva, lo que emerge del análisis de los personajes, especialmente los dos principales, es que son auténticos y, sobre todo, verosímiles. Dice Gopegui que en sus novelas no quiere héroes románticos, personajes grandilocuentes como caballeros en brillantes armaduras, sino apunta a algo «que suene como si hubiera sido escrito por una voz común hace apenas unas horas». (Gopegui, 2019).<sup>15</sup>

Por lo que se refiere, en cambio a la parte de ‘delectare’, parece significativo evidenciar, por ejemplo, la dialéctica que crea la elección de contar la historia en bloques separados desde dos perspectivas diferentes y en dos momentos distintos: los hechos narrados con el punto de vista de la vicepresidenta remontan al mes de enero; el abogado, en cambio, cuenta un

---

<sup>15</sup> La cita pertenece a «La responsabilidad del escritor en los relatos de victoria y derrota», un ensayo donde Gopegui reflexiona sobre un concepto colateral a la introducción de lo político en la novela, que parece interesante resumir brevemente aquí. Existe algo que Gopegui llama «responsabilidad de la ficción», un aspecto que cada narrador debería tener en cuenta a la hora de escribir, además de las cuestiones formales; para decirlo con toda la carga imaginativa de sus palabras, hay que analizar también «a quién salpica la sangre y de quién es la sangre que salpica» (Gopegui, 2019), o sea prestar atención incluso a qué sujetos (sociales, humanos) se exponen y a qué valores se enfatizan, porque puede hacer la diferencia.

antecedente a partir de junio del año anterior. El hecho de interrumpir periódicamente el ritmo de la narración, pasando de un punto de vista a otro, crea expectación. La dualidad produce suspense, como pasa en las mejores películas de misterio.<sup>16</sup> Sin embargo, esta separación en bloques no se mantiene durante toda la novela, ya que las líneas narrativas y temporales vuelven a uniformarse un poco antes de que termine la primera parte. La reconexión se produce de manera igualmente interesante: se vuelve a repetir la escena inicial, cuando la vicepresidenta descubre el hackeo, incluyendo, esta vez, también las reacciones y los comentarios del hacker. Con este expediente, que se parece a los que se suelen usar en las películas o, sobre todo, en las series de televisión, el hecho contado resulta ser un flashback con respecto a la línea temporal de la presidenta por el hacker y un acontecimiento en tiempo real por la vicepresidenta. Además, es justo a este punto, después de un centenar de páginas desde el comienzo de la novela que, con un discreto golpe de escena, se revela la verdadera identidad del abogado.

Otra estrategia que parece oportuno destacar es el uso original que Gopegui hace del discurso directo e indirecto libre para avivar el ritmo de la narración. La novela está contada por un narrador en tercera persona, con una focalización interna que oscila de un personaje a otro, según se alternan las secuencias dedicadas al abogado o a la vicepresidenta. El narrador tiene libre acceso a los pensamientos de los personajes y adopta su punto de vista, pero alguna vez, especialmente en los momentos en los que los personajes se abandonan a la reflexión y a unos largos monologos interiores, la narración pasa de la tercera a la primera persona. Un ejemplo se puede encontrar en el siguiente fragmento, en el que la vicepresidenta está en su casa pensando en la dura jornada en el trabajo e interrogándose sobre las posibles causas del desastre aéreo:

Sabía que la medida real era su propio perfeccionismo, todos se medían con respeto a él y no a sus palabras. Pero su radio de influencia no iba mucho más allá de su gabinete y de algunos altos cargos. (...) Si hubiera habido un perfeccionista como yo en cada tramo de las diversas administraciones implicadas quizá el avión no hubiese explotado al aterrizar. Aunque esto no lo sabré hasta que se conozca el desencadenante del accidente. (Gopegui, 2011:49-50)

Como afirma Valle Detry, el uso frecuente de esta técnica narrativa sería una forma «pérfida», pero eficaz, para «transmitir valores y una visión del mundo sin que el narrador dé lecciones al lector y sin que un personaje se presente como la voz de la razón» (Valle Detry, 2013:250).

---

<sup>16</sup> A propósito de la ambivalencia sobre la que se construye el suspense en el género cinematográfico, véase Rubin, que afirma que el recurso funciona bien porque el espectador se queda suspendido entre la pregunta y la respuesta, entre la anticipación y la resolución. [«Suspense centrally involves the idea of suspension. We are suspended between question and answer, between anticipation and resolution»] (Rubin, 1999:35). A pesar de que se trate de un género diferente, la definición parece encajar bien con el recurso empleado en la novela.



El estilo de Gopegui es medido y contundente, perfectamente en línea con su actitud: su escritura es rica, compleja, pero nunca ampulosa o pedante, y extremadamente meticulosa; nada se deja a la casualidad o la indeterminación a la hora de escoger un término: es un «sillón de orejas», no un sillón cualquiera donde se sienta Julia Montes en casa de Luciano (Gopegui, 2011:80). Esta atención absoluta a los detalles, incluso los más mínimos, sobre todo cuando se entra en el ámbito de la jerga legal o de la informática, deja entender mucho sobre el ‘modus scribendi’ de la autora y la precisión del trabajo previo de documentación que debe haber habido; reconocer este rasgo, entonces, resulta de fundamental importancia, especialmente en la perspectiva de un traductor, que sabe que en este texto más que en otros hay que poner una atención especial a la hora de escoger los equivalentes en la lengua de destino, en este caso específico, el italiano.

Otro rasgo interesante y muy propio del estilo de escritura de Gopegui es su uso difuso y original de metáforas. En *Acceso no autorizado* la narración es esencialmente dialógica, con algunos desvíos introspectivos que se traducen en monólogos interiores y soliloquios, pero está estrellada por una serie de imágenes metafóricas, a veces complejas y oscuras, pero con un gran poder evocativo. Justo en uno de estos momentos de reflexión se lee:

Si ellos supieran cuanto deseaba ahora abrir un abanico de su estatura y cruzar al otro lado, porque todo abanico es un espejo y todo espejo una puerta y toda puerta un agujero por donde huir vestida de carnaval. (Gopegui, 2011:50)

Como se puede apreciar en el fragmento aquí citado, la imagen que Gopegui construye sacude el ritmo de la narración y la enriquece, suscitando curiosidad e incluso cierta perplejidad (es inevitable preguntarse el porqué del vestido de carnaval, por ejemplo); es evidente que, también este aspecto puede constituir un reto no indiferente a la hora de traducir, como se explicará más detenidamente en el siguiente apartado de este análisis, donde se enfrentarán los problemas de traducción.

# NOTAS A LA TRADUCCIÓN: CRITERIOS Y RECURSOS

## 2.1 SOBRE LA TRADUCCIÓN

Según escribía Cervantes, traducir de una lengua a otra sería como mirar los tapices flamencos por el revés: se intuyen las figuras, pero la superficie no es despejada, el entramado de los hilos trastorna la mirada e impide apreciar la totalidad de la obra (*Quijote*, II,57). Su objetivo era evidenciar la inutilidad de la traducción entre leguas «fáciles» y exaltar, en cambio, el trabajo interpretativo que suponía la traducción de «las reinas de las lenguas»<sup>17</sup>; sin embargo, aunque tras la visión cervantina pueda subyacer algún rastro de verdad, a efectos de este análisis, es interesante destacar la metáfora que el autor ha usado, que parece muy acertada. Justo como imagina Cervantes, a la hora de traducir, el traductor se posiciona detrás del texto original-tapiz y empieza a estudiar la madeja de hilos: cómo están anudados el uno con el otro, cómo varía la densidad del entramado en recrear los matices de los colores, cómo se construyen las proporciones de las figuras. Comprender el texto, qué dice y cómo lo dice, es un paso fundamental, pero, recordando las palabras de Terracini, la traducción no es una mera reproducción de lo que se ha entendido (Terracini, 1983:15), es un proceso mucho más complejo y desafiante. Cada texto es diferente y cada uno requiere que se emplee una metodología específica y mirada, que se adapte perfectamente a su estilo y a su estructura. Este apartado, por lo tanto, recoge el conjunto de estrategias usadas y da razón de algunas de las elecciones compositivas y estilísticas que se ha considerado oportuno llevar a cabo durante la traducción al italiano, con el objetivo de facilitar la comprensión y la lectura.

### 2.1.1 SOBRE LA TRADUCCIÓN DE TEXTOS POÉTICOS

*Acceso no autorizado* pertenece al género literario de la novela y, como tal, está escrita casi completamente en prosa y en una variedad contemporánea de español, quedan excluidas, por lo tanto, las inevitables complicaciones debidas a la mayor dificultad de manejar una variante arcaica de la lengua y/o un texto en versos. Sin embargo, antes de adentrarse en las reflexiones sobre los rasgos característicos de la prosa de este texto y sus repercusiones en el proceso de traducción, es necesario proceder con dos breves digresiones sobre unos elementos a ella ajenos: las citas de poemas y las referencias intertextuales a otras obras, con una atención especial a las en otros idiomas.

---

<sup>17</sup> Véase el ensayo de El-Madkouri Maataoui en el que se detalla la visión cervantina sobre la traducción y los traductores que se pueden derivar de la lectura del *Quijote*. En especial, la diferencia entre traducir «lenguas fáciles», como el toscano, que considera como un mero ejercicio de copia, y, al contrario, enfrentarse a textos en griego y latín. (El-Madkouri Maataoui, 2005).

Por lo que concierne la traducción de poesía, aunque no constituya el tema central de este trabajo, parece oportuno destacar que existe un debate muy intenso que sigue animando el mundo literario sobre la posibilidad (o, más bien los varios niveles de imposibilidad) de traducir la poesía; se pasa desde una actitud de absoluta contrariedad, a una actitud más abierta y entusiasta, pasando por una posición intermedia y posibilista<sup>18</sup>. De todas formas, cualquiera sea la perspectiva de quien traduce, trabajar con un texto en versos implica más límites. Porque si es verdad que no existe un resultado unívoco y correcto – Borges definía la traducción de poesía como «un sorteo experimental de omisiones y énfasis» (Borges, 1932) – es también verdad que es necesario un equilibrio entre rigor, interpretación y cierta fidelidad al original. A lo largo de la novela aparecen en un par de ocasiones unos fragmentos de textos en versos, cuyo ejemplo más emblemático se encuentra justo al principio. La narración está encabezada por un epígrafe, unos versos de la poeta estadounidense Adrienne Rich, escogidos de *Natural Resources*:

Debo echar mi suerte con quienes, / siglo tras siglo, con astucia,  
sin poder extraordinario alguno, / rehacen el mundo. (Gopegui, 2011:9)

Que en italiano es:

Devo rimettere la mia sorte a chi, / anno dopo anno, controcorrente,  
senza alcun potere straordinario, / ricostruisce il mondo.

Los versos de Rich aparecen en la novela de Gopegui en la traducción de Myriam Díaz-Diocaretz, pero, siguiendo las pautas de Osimo<sup>19</sup>, que apuesta por no tener en cuenta las traducciones intermedias entre la lengua original y la lengua terminal, la versión italiana se construye a partir del texto original en inglés<sup>20</sup>, especialmente a fin de matizar correctamente el significado. A esto se debe, por ejemplo, la sustitución del complemento de modo español «con astucias» con el adverbio italiano «controcorrente», más cercano en su función gramatical y, sobre todo, en el significado, ya que traduce mejor el hecho de actuar de manera irrazonable, deliberadamente contraria a lo que uno se esperaría, sugerido por el inglés «perversely» (*LDOCE*). Además, para limitar la alteración del sonido y de la musicalidad, otro vínculo específico que se

---

<sup>18</sup> Véase el texto de la ponencia de Fernando García de la Banda (1993) sobre la diferencia entre traducción de poesía y traducción poética; García de la Banda compara las varias definiciones de poesía que literatos y poetas han producido a lo largo de las épocas y, además, explora las posibilidades y los límites de la traducción de poesía.

<sup>19</sup> Véase el curso de traducción de Osimo en línea: <http://courses.logos.it/IT/index.html>.

<sup>20</sup> Se reproducen aquí los versos citados por Gopegui: son los últimos de un poema de 1977, que forma parte de una recopilación de poemas titulada *The Dream of a common Language*.

«I have to cast my lot with those / who age after age, perversely,  
with no extraordinary power, / reconstitute the world» (Rich, 1978).

debe al género poético, se intenta recrear la asonancia con el inglés «age» con el italiano «anno», con una traducción un poco menos literal. A este propósito, cabe señalar la decisión de la autora, cuya trayectoria se ha mantenido incluso en la versión italiana, de no reproducir los versos del poema directamente en la lengua original (una opción de la que sí se sirve a lo largo de la novela, como se detallará a continuación) y de usar una traducción al español: tan grande debe ser la importancia que les atribuye que prefiere asegurarse de que sean perfectamente comprensibles incluso a quien no domine bien el idioma extranjero.

#### 2.1.2 SOBRE LAS REFERENCIAS EXTERNAS Y EN OTROS IDIOMAS

Este breve paréntesis abre el camino a otra reflexión significativa sobre los criterios con los que se ha enfrentado la traducción de las referencias externas a la obra, en función de su relación con el texto original. La novela de Gopegui abarca un universo literario y cultural muy variado y abunda en citas, alusiones o ecos a obras literarias (y no) muy diversas entre ellas. Las estrategias empleadas en cada caso difieren según cambien las circunstancias y los idiomas.

El primer ejemplo en este sentido se puede encontrar en el primer capítulo, cuando se presenta a la vicepresidenta absorta en sus ilusiones de casas en las islas tropicales: Gopegui, usando la expresión «sin furias ni penas», alude a un soneto de Quevedo. La traducción italiana es deliberadamente muy literal, casi un calco del original; esta solución al borde del extrañamiento debería alertar al lector de que la expresión que está leyendo podría ser algo más que una metáfora pintoresca producida por la mente brillante de la vicepresidenta (y de su autora). El lector italiano puede contar con una facilitación gráfica – la expresión se ha transcrito en cursiva – para hacer hincapié en este aspecto; sin embargo, no se ha puesto ninguna nota explicativa que permita identificar el autor para respetar la línea de Gopegui, que cita el verso sin ponerlo entre comillas.<sup>21</sup>

Otra circunstancia interesante en la perspectiva intertextual se produce cuando el sistema de referencias externas llega a cruzar la frontera de la lengua española, como pasa con el epígrafe recién mencionado y también, por ejemplo, con las citas de la novela rusa *El maestro y Margarita*. Tratándose de un clásico de la literatura conocido y ya traducido en español y en italiano, aquí la estrategia se reduce al recurso a una traducción editada y consolidada y a una inevitable nota informativa a pie de página<sup>22</sup>.

---

<sup>21</sup> Hay que aclarar que es posible que ni siquiera los lectores españoles sean capaces de identificar el autor o hasta la presencia de una cita a un poema, ya que este tipo de rapidez de reflejos depende mucho del nivel cultural de cada lector, como se explicará más detenidamente a lo largo de este capítulo. El soneto es el número CXCII del *Parnaso Español*.

<sup>22</sup> La traducción escogida que aparece en la versión italiana pertenece a Vera Dridso, quien ha editado *El maestro y Margarita* para Einaudi.

Las referencias externas con las que la narración está enriquecida no se limitan a la literatura extranjera, sino abarcan también el ámbito musical, ya que en varias ocasiones se encuentran a los personajes canturreando o, simplemente, recordando el texto de unas canciones. Con respecto a este tipo de referencia, los casos que se pueden analizar son principalmente dos: las canciones en inglés y las canciones en otros idiomas. Los dos fragmentos a continuación presentan las diferentes elecciones de Gopegui y, por consiguiente, las diferentes trayectorias de la traducción:

- (1) “Mother, tell your children not to walk my way, tell your children not to hear my words” (...) Di a tus hijos que no sigan mi ejemplo, que no oigan mis palabras. (Gopegui, 2011:63)
- (2) “Drag Queens in limousines / Nuns in blue jeans / Dreamers with big dreams / All took me in”. (Gopegui, 2011:196)

Las dos canciones son en inglés, pero, en (1) Gopegui se preocupa por añadir al texto inglés, incluso su traducción española (posiblemente por la misma atención al significado que demuestra con el texto del epígrafe); en (2) el texto se cita solo en inglés, porque la canción sirve solo de acompañamiento a los pensamientos del personaje, que están explicitados (en español) en la narración. Por otro lado, en cambio, destacan las referencias a las canciones en lenguas nórdicas (sueco) que aparecen a menudo en los monólogos de la vicepresidenta. A este propósito, ya que los textos originales están escritos en un idioma no accesible a quien traduce, cabe señalar que la versión italiana de la letra es un total acto de fe hacia la traducción propuesta en la lengua intermedia, es decir el español; sin embargo, consideradas las circunstancias, la adherencia al significado supera la necesidad de fidelidad absoluta.

## **2.2 SOBRE LAS TRAYECTORIAS DE LA TRADUCCIÓN**

Para retomar el camino sobre el tema central de este capítulo, se puede inferir que traducir prosa no implica todos los vínculos impuestos por la poesía, pero no es un proceso exento de insidias para el traductor. En concreto, además de las dificultades debidas a las naturales diferencias entre la lengua original y la lengua terminal (que se desentrañarán de forma más específica en el siguiente capítulo), hay que tener en cuenta que ningún texto, y este en especial, es un ambiente aséptico: al contrario, está empapado de influencias relacionadas con el estilo de su autora y con el contexto cultural en el que se inserta la narración. Por ejemplo, en una novela como *Acceso no autorizado*, tan densa y ecléctica, en la que el uso de imágenes metafóricas articuladas puede abrir una brecha incluso en las certezas de los lectores del texto original, el traductor se enfrenta a un eterno dilema, que Wehr resume con estas palabras: «acercamos el texto al lector o pedimos al lector que haga el esfuerzo de acercarse, que sea él quien viaje?» (Wehr, 2004:112). En otras

palabras, el traductor es un intermediario que decide si y en qué medida intervenir en su versión del texto, si encontrarse a medio camino con su lector o dejarle avanzar solo.

Parece, por lo tanto, oportuno destacar que las directrices que han orientado la elaboración de esta traducción al italiano son esencialmente dos: el intento por mantener el texto traducido lo más fiel posible al original y la tendencia, no exactamente neutral y aparentemente paradójica, a preferir soluciones *target-oriented*, es decir, que favorezcan la comprensión del lector.

La fidelidad al texto original supone casi un imperativo para el traductor: al fin y al cabo, está manejando una obra que no es suya y que tiene que respetar; como afirma Eco, el requisito mínimo, ya que se trata de un trabajo de interpretación, debería ser reproducir «la intención del texto», o sea lo que el texto dice, reconstruyéndolo a partir del uso de la lengua y del análisis del contexto cultural en el que se ha originado (Eco, 2012). El oficio del traductor, por consiguiente, se desarrolla ‘detrás del escenario’ – Miguel Sáenz diría que «la grandeza de la traducción estriba precisamente en su servidumbre [con respecto al texto original]» (Sáenz, 2013:42): menos se le nota, mejor ha hecho su trabajo.

Sin embargo, aun teniendo las mejores intenciones, un traductor no puede desaparecer del todo, especialmente, cuando se enfrenta a situaciones de ambigüedad en el texto original. Y en la novela de Gopegui sucede a menudo y no por un fallo de la autora, como debe quedar claro. La complejidad de las imágenes que propone y la sintaxis escueta de su lenguaje figurado, a veces minan la comprensión del texto y requieren la mediación del traductor. La intervención puede ser más o menos invasiva, dependiendo del nivel de enredo lingüístico que quiere resolver, como se puede ver en los fragmentos citados a continuación:

(3) ...dejaba vagar la mirada lejos de los centros comerciales y las zonas arboladas, por los campos de la noche. (Gopegui, 2011:13)

...lasciava vagare lo sguardo lontano dai centri commerciali e dalle zone alberate, verso **il buio** della notte»

(4) Estar arriba, en el tobogán, y dejarse caer. (Gopegui, 2011:69)

Essere in cima, su uno scivolo **molto alto**, e lasciarsi cadere.

A veces se trata de un cambio leve, una sutil modificación de una palabra con el fin de no exasperar la presencia de expresiones oscuras, como en el caso de (3): la traducción literal habría sido posible («i campi della notte»), pero habría distraído inútilmente al lector, ya que no es una expresión que reenvía de inmediato a la idea de oscuridad; en (4) se añade información a la que proporciona el texto, el superlativo ‘muy alto’, en este caso, debería ayudar a percibir la sensación de adrenalina y a balancear la idea de juego para niños que, a una primera mirada, la palabra

'tobogán' podría dar. En otras situaciones, en cambio, la intervención sobre el texto original es radical y masiva:

- (5) ...se preguntaba hasta qué punto esa flecha podría abrirse camino como un dibujo: un rombo o un tallo con hojas, el comienzo de una grieta horadada en su armadura de azules impenetrables. (Gopegui, 2011:24)

...si domandava, **immaginandola** come se fosse un ricamo, fino a che punto quella freccetta avrebbe potuto incrinare la sua immagine: il principio di una scalfittura sulla sua armatura di blu impenetrabili **sarebbe stata come** un punto rombo o un punto stelo con le foglie?

En (5) además de algunos cambios en el orden de los sintagmas para favorecer la fluidez, se ha subrayado la presencia del lenguaje figurativo, o reforzando el símil «como un dibujo» a través de un verbo que lo introduce («immaginandola»); o explicitando los elementos de la comparación (la metáfora se convierte en un símil) en el caso de «sarebbe stata come un punto rombo o un punto stelo». A pesar de los cambios, la imagen resulta bastante oscura, debido también al uso de léxico relacionado con la costura, que podría resultar poco familiar. Otra circunstancia que ha determinado la reorganización casi total con respecto al original es la complejidad de la sintaxis, como se puede ver en el siguiente fragmento, donde la vicepresidenta condensa el concepto de seguridad jurídica en una sola frase:

- (6) Si algo anima una nación, si en algo reside su sustancia, su núcleo esencial, es en la certeza que tienen los ciudadanos de que sólo serán perseguidos por lo que previamente se acordó que podrían serlo. Y yo voy y lo vendo. (Gopegui, 2011:39)

Se c'è una cosa che anima una nazione, se da qualche parte è riposta la sua sostanza, il suo nucleo essenziale, è nella certezza che hanno i cittadini **di poter essere perseguiti dalla legge solo se fanno qualcosa di sbagliato, che tutti riconoscono e accettano come tale**. Poi arrivo io e **questa certezza** la vendo.

La sintaxis en (6) alcanza un nivel de densidad, aceptable en español, pero muy difícil de reproducir en italiano, sin consecuencias sobre la comprensión. Siete oraciones en tres líneas: una concatenación de dos hipotéticas, dos objetivas y dos relativas. En italiano, las subordinadas siguen siendo cinco (una se convierte en coordinada), se mantiene la sensación de embrollo gramatical, pero se explicitan, explicándolas, las expresiones más sintéticas (como «previamente se acordó que podrían serlo»).

Sea por el deseo de simplificarle la vida al lector, intentando asegurarle la comprensión del texto, sea por la influencia de la misma autora que adopta la misma estrategia (cuando traduce versos y letras en inglés en favor de la correcta transmisión del significado) o sea por una

deformación personal (y un poco culpable) de quien ha traducido esta novela, los ejemplos que se acaban de citar permiten reconocer cierta tendencia a la explicitación de elementos menos claros o a la simplificación de otros. Los fenómenos aquí detallados son específicos de esta traducción, pero, son a la vez procesos recurrentes que afectan todas las traducciones. La clave de esta fenomenología compartida se encuentra en los estudios de Mona Baker, que define estas características comunes los «universales de la traducción»:

It will be necessary to develop tools that will enable us to identify universal features of translation, that is features which typically occur in translated text rather than original utterances and which are not the result of interference from specific linguistic systems. (Baker, 1993:243)

Los universales de la traducción, como afirma Baker, afectan todas las traducciones, cualquiera que sea la combinación lingüística, justo porque no dependen del sistema de la lengua, sino del propio proceso de traducción (Baker, 1993:243); en este marco, entonces, se insertan la tendencia a la explicitación, o sea la predisposición a incluir más información de la que el texto original expresa o a la simplificación de estructuras sintácticamente complejas<sup>23</sup>.

#### 2.2.1 SOBRE LAS REFERENCIAS CULTURALES

Otro punto crítico al que hay que enfrentarse a la hora de traducir son las referencias culturales relativas al contexto en el que se desarrolla la novela que, como se ha anticipado a lo largo del análisis, en *Acceso no autorizado* son ricas, numerosas y de diferentes naturas. El traductor, que se presupone conozca bien la cultura de origen, debería ser capaz de individuar las referencias para que, como destaca Osimo, el lector de la traducción no pierda la posibilidad de captarlas, ya que éstas, muchas veces, además de implícitas, suelen ser incluso involuntarias. (Osimo, 2011:86).

Sin embargo, como la manera en la que se decide tratar las referencias culturales del texto original depende del tipo de lectores que beneficiarán de la traducción, antes de proceder con el discurso, resulta necesaria una breve digresión sobre la cuestión del lector modelo en el que se ha pensado. Un lector comprometido, que acepte los desafíos lingüísticos y estilísticos de la autora y que esté incluso dispuesto a llevar su curiosidad fuera de la novela, si quisiera saber más sobre lo que se cuenta. Claro está, quien tenga conocimientos extensos sobre el universo cultural, social y político español (y no solo), tiene la posibilidad de disfrutar de manera más rotunda y completa la experiencia de lectura, pero, en línea de principio, no se excluye a nadie. Democrática es la novela de Gopegui y democrática quiere ser también su traducción italiana, que tiene el objetivo de ser

---

<sup>23</sup> Véase Baker, 1993:243-244. Entre los universales de la traducción, Baker incluye, además de la explicitación y de la simplificación, por ejemplo, también la tendencia a evitar las repeticiones (que se eliminan o se sustituyen), la tendencia a preferir soluciones gramaticalmente más correctas del texto original.



accesible a cualquier tipo de lector que tenga, eso sí, por lo menos algunas nociones básicas previas sobre España, es decir de las que se pueden recoger cuotidianamente escuchando las noticias en el telediario o leyendo los periódicos italianos.

Concretamente, las referencias culturales encontradas en la traducción de la novela se han agrupado en tres categorías, cada una de las cuales se ha enfrentado de manera diferente y específica. El primer grupo se compone de todas las referencias culturales, políticas y sociales que se han considerado ‘conocimiento previo’ del lector, que no se han traducido: están incluidas en esta clase las referencias a los partidos políticos, que se transcriben incluso con sus siglas originales; a las indicaciones geográficas (principalmente sitios en la ciudad de Madrid) y las instituciones españolas e internacionales (respectivamente, por ejemplo, ‘Moncloa’, o ‘NATO’).

Al segundo grupo, en cambio, pertenecen las referencias explícitas o implícitas compartidas también con el sistema cultural de la lengua terminal: independientemente del hecho de que el lector note o no la referencia, gracias a la traducción coherente con su universo cultural, debería ser capaz de reconocerla o, al menos, poder buscarla. Se presentan a continuación unos ejemplos: la referencia a Capitán Tormenta (Gopegui, 2011:16), traducido con ‘Capitan Tempesta’, lo cual, siendo un personaje del autor italiano Emilio Salgari, no produce ningún problema de identificación; o la referencia a la viñeta de Peter Steiner, publicada en *The New Yorker* en 1993 (Gopegui, 2011:28), que se ha traducido «Su internet nessuno sa che sei un cane» porque es así que se conoce también en Italia.

Finalmente, el tercer grupo contiene las referencias típicamente españolas, menos fáciles de individuar y más complejas desde el punto de vista de la interpretación, que en todos los casos van acompañados por una nota. El ejemplo más representativo es la referencia a Yomango: es muy difícil que un lector italiano conozca el grupo de activistas y, sobre todo, es altamente improbable que capte el juego lingüístico (a no ser que tenga un nivel de idioma muy avanzado) entre ‘yo mango’, la primera persona singular del verbo ‘mangar’ y la célebre cadena de tiendas de ropa. Otro caso se produce cuando el abogado cita en una conversación «aquel escritor», o sea Francisco Casavella (pseudónimo de Francisco García Hortelano): la paternidad de su cita se señala en la nota. Dice Osimo, y con razón, que explicitar lo implícito no forma parte de las obligaciones deontológicas del traductor (Osimo, 2011:86), pero en esta traducción las injerencias (benévolas) por parte de quien traduce quieren ser un favor al lector, una herramienta más en la que puede confiar y que está libre de usar o no.

Se ha decidido usar las notas a pie de página incluso para proporcionar informaciones sobre ‘Red Eléctrica’ y ‘Telefónica’, que se han traducido con un calco del español con ‘Rete Elettrica’ y ‘Telefonica’. Esta elección abre camino a una reflexión sobre el uso (o el no uso en

este caso) de los equivalentes culturales aproximados, o sea una «traducción aproximada de términos culturales de la lengua de la LO [lengua original] por otro término cultural de la LT [lengua terminal]» (Newmark, 2010:119). Tratándose de una traducción *target-oriented*, en vez de servirse de las notas, habría sido posible pensar de traducir estos elementos con sus homólogos italianos ‘Telecom’ o ‘ENEL’ para ofrecerle al lector un correspondiente conocido y localizable de inmediato; sin embargo, esta solución habría sido demasiado fuerte, ya que proyectar las categorías propias de un sistema en otro diferente no produce diálogo entre las culturas, sino inútil inercia (Osimo, 2011:87). Se deduce así que, en situaciones de indecisión, se ha considerado preferible ceñirse a la fidelidad al original, más que a la intención de facilitar al lector su tarea. No obstante, en la traducción existe una sola excepción a esta línea de conducta, como se va a detallar en el fragmento a continuación:

(7) El chico volvió a levantar los hombros, levemente, no parecía un tic sino una seña, como las treinta al punto del mus. (Gopegui, 2011:18)

Il ragazzo risolvè le spalle, leggermente, non sembrava un tic, piuttosto un segnale, **come quando si ha il fante nella briscola a squadre.**

Como se puede notar, en (7) Gopegui hace una referencia a un juego de cartas típico español, que resultaría completamente desconocido a un lector italiano (y bastante complejo de explicar en una eventual nota), que se ha sustituido en la traducción con el más familiar juego de la ‘briscola a squadre’. Se ha escogido esta opción, en apariencia incoherente con la trayectoria de la traducción, esencialmente por dos razones: por un lado, porque no es el tipo de juego el elemento funcional al desarrollo de la narración, sino su entorno; por otro lado, porque en España existe también un juego de cartas muy parecido a la ‘briscola’ italiana, precisamente, el juego de la brisca.

### 2.2.2 SOBRE LA TRADUCCIÓN TÉCNICA

Para concluir, a lo largo de este análisis se ha señalado la complejidad del texto de la novela de Gopegui como consecuencia de las numerosas referencias culturales implícitas y explícitas, del uso original del lenguaje figurado y de las metáforas, incluso de fragmentos en versos. No se ha mencionado, hasta ahora, otro elemento distintivo e importante, que hace que el texto sea algo más que una simple traducción de un texto literario. Aunque esta clarificación se limite solo a algunas partes delimitadas, se pueden reconocer en el texto traducido algunos rasgos típicos de la traducción técnica especializada y eso se debe, sobre todo, a la considerable y significativa presencia de léxico especializado del ámbito jurídico e informático. La dificultad relacionada con este tipo de traducción se debe sobre todo a la individuación de los términos correctos: se excluye

cualquier tipo de interpretación, ya que el texto no tiene valor filológico (Osimo, 2011:176) y se apunta a la exacta correspondencia<sup>24</sup>.

Por otro lado, antes de pasar al propio análisis lingüístico y a los problemas de traducción, parece necesario señalar otra tendencia que se produce justo a la hora de traducir al italiano los términos específicos, en especial, los relacionados con la informática. Si el español en la mayoría de los casos tiende a traducir y a naturalizar los términos procedentes del inglés, el italiano sigue prefiriendo los anglicismos, especialmente en los ámbitos más técnicos. El italiano emplea términos en inglés cuando el español los usa e incluso cuando el español prevé una versión naturalizada. En los siguientes ejemplos comparan el original español, con sus términos traducidos, y la solución italiana, rigurosamente un préstamo del inglés:

procesador de textos	software di videoscrittura
troyano	trojan
conmutador	switch
línea de comando	prompt dei comandi

Le guste o no al traductor, esta solución, de momento, es la única posible, ya que traducir los términos de la informática con alternativas completamente en italiano sonaría casi exótico, sin mencionar el hecho de que la traducción perdería de credibilidad. Esto se debe a cierta tendencia del mundo técnico-científico italiano por privilegiar el uso de un lenguaje compartido, homologado y esencialmente anglo-céntrico (Cappuzzo, 2005:68).

---

<sup>24</sup> Como se puede imaginar, este tipo de trabajo implica el uso de recursos diferentes con respecto a los que normalmente se usan en el caso de la traducción literaria. Una herramienta fundamental para llevar a cabo la traducción de los términos especializados ha sido, por ejemplo, el corpus de la Unión Europea IATE (Interactive Terminology for Europe), que permite cotejar diferentes el uso de los términos en diferentes ámbitos y en diferentes idiomas europeos.

# ANÁLISIS LINGÜÍSTICO Y PROBLEMAS DE TRADUCCIÓN

Retomando la metáfora cervantina de las «lenguas fáciles» con la que se abría el capítulo anterior, traducir del español al italiano podría parecer una labor fácil, considerada la proximidad entre la lengua original y la lengua terminal; sin embargo, como afirma Saussol, «la afinidad italiano-español es (...) un factor superficial, (...) una máscara con la que frecuentemente se ocultan falsas correspondencias» (Saussol, 1978:16). Quizás la actitud de Saussol parezca un poco desconsoladora, pero son justo las numerosas y naturales diferencias entre los dos idiomas que animan el trabajo del traductor, como se demuestra en este último capítulo, que recoge algunas cuestiones lingüísticas que se han encontrado en la traducción. El análisis se divide en dos apartados: en el primero, se agrupan los problemas más estrictamente gramaticales, es decir relacionados con la morfología y la sintaxis; en el segundo, los problemas lexicales. Finalmente, cabe informar que los ejemplos recogidos a continuación no cubren los problemas de traducción en su totalidad, sino constituyen, por así decirlo, una muestra de los aspectos recurrentes y/o más significativos que merecía la pena destacar.

## 3.1 PROBLEMAS GRAMATICALES

### 3.1.1 MORFOLOGÍA

Por lo que se refiere a la morfología, una de las cuestiones que parece oportuno señalar es la fluctuación en la correspondencia en el uso de los tiempos pasados. El caso más evidente se produce con el pretérito indefinido, el tiempo pasado que predomina en la narración de Gopegui: para traducirlo se ha considerado adecuado emplear dos soluciones diferentes según las circunstancias, como se puede ver en los ejemplos a continuación:

(8) Miró sus manos largas recortándose sobre la tela verdiazul, las imaginó peinando los rizos de una cabeza joven y sintió una añoranza suave, no quemante ni triste. (Gopegui, 2011:31)

**Guardò** le sue mani lunghe che si protendevano sul tessuto verde acqua, le **immaginò** che pettinavano i ricci di una testa giovane e **sentì** una leggera nostalgia, né bruciante né triste.

(9) - Y buscaste a orpheus otra vez – dijo el abogado. – Apareció él. (...) – Yo también lo pensé, sí. (Gopegui, 2011:34)

- E così **sei andato** a cercare orpheus di nuovo – disse l'avvocato. – **Si è fatto** vivo lui. (...) – Sì, l'**ho pensato** anch'io.

En los casos como en (8), los pretéritos indefinidos integrados en la propia narración se han traducido con el *passato remoto*, que es, como el indefinido, el tiempo de elección a la hora de «contar una serie de hechos que tienen lugar en unas circunstancias espacio-temporales

determinadas» (GREIT, II, XIX); en los casos como en (9), cuando los pretéritos indefinidos aparecen en los diálogos, se ha considerado preferible optar por una modificación del tiempo verbal y usar, en cambio, el *passato prossimo*. Ya que se trata de conversaciones, actos comunicativos que tienen que resultar lo más naturales y auténticos posible, el uso del *passato remoto* sonaría un poco raro, y no porque sea incorrecto, sino porque el italiano de las regiones del norte de Italia (que es la variedad de referencia de quien traduce) suele preferir el uso del *passato prossimo* incluso en las ocasiones que requerirían un *passato remoto*.

(10) ...la vicepresidenta del gobierno sentía en su pecho el dolor de algunas de las cosas que no hizo. (Gopegui, 2011:14)

... la vicepresidente del governo sentiva nel petto un dolore (...) per delle cose che non **aveva fatto**.

(11) El chico había sido su mentor. Llegó a él tras haber entrado en varios foros pidiendo ayuda. (Gopegui, 2011:19)

Il ragazzo era stato il suo mentore. **Era arrivato** a lui dopo essere entrato in diversi forum a chiedere aiuto.

Además, se puede observar otra modificación interesante en los fragmentos (10) y (11): estos pretéritos indefinidos se han traducido con el tiempo *trapassato prossimo*, ya que expresan anterioridad con respecto a unos eventos precedentes; a pesar de que, como recoge la GREIT, en algunos contextos la condición de anterioridad pueda expresarse de forma intercambiable con el pretérito indefinido y con el pluscuamperfecto en español (y con el *passato remoto* y el *trapassato prossimo* en italiano), se ha considerado preferible la solución más fiel a la norma (GREIT, II, XIX).<sup>25</sup>

Manteniéndose en el ámbito de los modos y tiempos verbales, a continuación, se puede encontrar otro ejemplo de modificación:

(12) El ex ministro había pensado que con sus decisiones correctas lograría el apoyo de la mayoría. (Gopegui, 2011:40)

L'ex ministro aveva pensato che con le sue decisioni giuste **avrebbe ottenuto** l'appoggio della maggioranza.

Contrariamente a lo que ocurre en (10) y (11), donde los cambios aportados podrían ser negociables, en (12), y en todos los casos parecidos, se trata de modificaciones necesarias, debidas a uno de los contrastes más evidentes entre las dos lenguas: el español expresa la posterioridad

---

<sup>25</sup> Parece interesante señalar que en esta elección puede intuirse la influencia de uno de los universales de la traducción, que se ha destacado en el capítulo anterior, es decir la tendencia a preferir soluciones gramaticalmente más correctas (o en este caso, más cercanas a la norma) que el original.

con respecto a eventos pasados con el condicional presente, mientras que el italiano usa casi exclusivamente el condicional pasado.

Por último, antes de analizar los problemas sintácticos, parece oportuno detenerse en el uso de la forma pasiva. La discusión sobre esta estructura y sobre las diferencias en el uso entre las dos lenguas es extremadamente extensa, por eso, cabe subrayar que las consideraciones presentadas a continuación solo arañan la superficie de la cuestión.

(13) Ya habían cerrado el metro, pero... (Gopegui, 2011:19)

La metro **era** già **chiusa**...

Como se puede notar en (13), la traducción italiana se desvía del original proponiendo una solución con el verbo en la forma pasiva. Esta elección se debe a que el italiano tiende a utilizar estructuras pasivas «en mayor medida con respecto al español o a otras lenguas romances» (Garosi, 2010:126); mientras que el español suele adoptar la voz activa, cuando sea posible. Además, en este caso, en español el sujeto es implícito (se puede intuir, pero no es específico y no aporta información sustancial), así que la atención se centra en el resultado de la acción (cerrar) y en su efecto sobre el complemento directo (el metro), lo cual hace posible e incluso conveniente la transformación de la voz activa a pasiva.

(14) Un conocido del abogado había tenido una tienda allí. Ahora el negocio se traspasaba y ... (Gopegui, 2011:32)

Un conoscente dell'avvocato una volta aveva un negozio lì. Ora **il proprietario aveva ceduto l'attività** e...

Sin embargo, casi como una excepción a la tendencia propuesta en el ejemplo anterior, se destaca el caso en (14), en el que de una forma pasiva española se pasa a una traducción con una forma activa. En concreto, en español hay una pasiva refleja, una forma que «presenta los hechos sin que los participantes pacientes resulten afectados por la acción verbal» (GREIT, III, XXXV), porque, como en el caso anterior, la atención se dirige al efecto de la acción de 'traspasar el negocio' y una forma pasiva encajaría también en italiano. Una traducción con el *si passivante* ('si cedeva l'attività') resultaría correcta, pero poco fluida, así que, por meras razones estilísticas, se ha considerado preferible una solución con el verbo en la forma activa (aprovechando también de la posibilidad de crear un paralelismo entre los sujetos de las oraciones 'conoscente' – 'proprietario').

### 3.1.2 SINTAXIS

Por lo que concierne a la sintaxis, merece la pena destacar la diferencia en la distribución y el uso de las subordinadas implícitas y explícitas en el texto: en algunas circunstancias el italiano exige

implícitas donde el español emplea explícitas, en otras, ocurre el contrario. Como se puede ver en los siguientes ejemplos con más detalle:

(15) Pensó que lo había imaginado. (Gopegui, 2011:14)

Pensò **di averlo immaginato**.

(16) Me dijeron que lo hiciese. (Gopegui, 2011:29)

Mi hanno detto **di farlo**.

Contrariamente al español, el italiano requiere el uso de una subordinada implícita (*di + infinito*) en las oraciones sustantivas (que en italiano se clasifican como *oggettive*) si hay identidad de sujeto (15), o si existe una correlación entre el sujeto de la subordinada y el complemento indirecto de la principal (16).

Viceversa, otro fenómeno interesante que parece oportuno describir es la circunstancia opuesta: el italiano tiende a sustituir con estructuras alternativas las oraciones subordinadas en gerundio. Como afirma Edo, en algunos casos «esta divergencia (...) lleva a menudo a traducir el gerundio con una coordinada copulativa o una subordinada relativa» (Edo, 2014:22). En concreto, como se puede ver en los fragmentos a continuación, las subordinadas con el gerundio se han traducido con una relativa, como en (17) y (18):

(17) ...como sus fotos en bañador circulando por todo el mundo (Gopegui, 2011:15)

...come quelle sue foto in costume **che avevano fatto** il giro del mondo

(18) No parece un chaval inexperto cortando y pegando órdenes (Gopegui, 2011:61)

Non sembra un ragazzo inexperto **che copia e incolla** ordini

Con una coordinada copulativa como en (19):

(19) Paseaba por la habitación imaginando la reacción de sus escoltas (Gopegui, 2011:29)

Camminava per la stanza **e immaginava** la reazione dei suoi agenti di scorta

Con una subordinada temporal como en (20):

(20) El abogado se vio diciendo (Gopegui, 2011:54)

L'avvocato si immaginò **mentre le diceva**

E incluso con una estructura nominal, como en (21):

(21) El resto permanecía en los dominios de lo mediano tirando a lo mal hecho. (Gopegui, 2011:49)

Il resto rimaneva nei ranghi della mediocrità, **con delle punte di incompetenza.**

Además, este aspecto de la lengua le guiña el ojo, para así decirlo, a quien traduce esta novela: a través de un estilo caracterizado por una mayor presencia de subordinadas explícitas y coordinadas, que favorecen la claridad y la fluidez del discurso, se responde a la exigencia de mitigar un poco la complejidad de la narración.

### 3.2 PROBLEMAS LÉXICOS

El rigor de las normas de la gramática no es la única dificultad a la que debe enfrentarse un traductor: las insidias, en la mayoría de los casos, se encuentran a la hora de tomar decisiones sobre las cuestiones lexicales. Sea por las implicaciones culturales de un término, sea por la presencia de neologismos o por el uso de expresiones idiomáticas, el trabajo del traductor (y de un traductor de Gopegui en especial) es un como una continua carrera de obstáculos entre el esmero y la conveniencia.

El texto español, siendo una narración con un registro bastante informal, con unos matices incluso coloquiales, presenta un abundante uso de expresiones idiomáticas, es decir expresiones «que posee[n] un significado no deducible del de los elementos que la componen» (RAE, *DLE*).

(22) ¿qué has hecho?, ¿vender la vicepresidencia por un plato de lentejas?  
(Gopegui, 2011:98)

...che hai fatto? Hai venduto la vicepresidenza **per un piatto di lenticchie?**

Cada idioma posee su corpus de expresiones típicas y, como es evidente, no siempre es posible encontrar correspondencias perfectas, como pasa en (22), y equivalencias, incluso entre lenguas culturalmente afines como el español y el italiano. A continuación, se detallan las diferentes estrategias con las que se han traducido estas expresiones, según el criterio organizativo y la categorización propuesta por Bueno<sup>26</sup>.

(23) - entonces, la política sería un hacer sin ton ni son. (Gopegui, 2011:40)

- quindi la politica sarebbe fare e basta, **senza capo né coda.**

---

<sup>26</sup> Véase Bueno, 2006:316-317. En este artículo, donde presenta un estudio sobre la traducción de expresiones idiomáticas del alemán al español, Bueno reformula parcialmente la terminología ya conocida para identificar las estrategias de traducción; sus propuestas, sin embargo, siguen retomando conceptos claves de las teorías de Newmark, Wotjak, Burger.



En (23) se puede ver un ejemplo de sustitución, una estrategia que se emplea cuando las construcciones sintácticas entre la lengua original y la lengua de destino son idénticas ('sin...ni' – 'senza...né'), aunque los ámbitos de los componentes sean distintos (Bueno, 2006:316).

(24) ...todo con tal de sentir que va siempre dos minutos por delante del resto del gobierno. (Gopegui, 2011:107)

... il tutto per dare a vedere che era sempre **un passo avanti** rispetto al resto del governo.

En (24), en cambio, hay un caso de traspaso, cuando se usa en la lengua terminal una expresión con una estructura sintáctica parecida al original, pero con elementos que pertenecen campos semánticos diferentes ('minutos' – 'passo'). (Bueno, 2006:316)

(25) Julia temió haber cometido un error llamándole, pero apenas se encogió de hombros. De perdidos al río. Y entró en materia. (Gopegui, 2011:59)

Julia temette di aver commesso un errore ad averlo chiamato, ma sollevò appena le spalle. **Fatto trenta, facciamo trentuno**. Ed entrò in argomento.

El caso en (25) es aún diferente: se trata de reformulación, un procedimiento que prevé una intervención evidente, ya que la expresión en italiano es completamente diferente del original. (Bueno, 2006:316).

(26) La modernidad, conseguir que este país no le vaya a la zaga al resto del mundo. (Gopegui, 2011:92)

La modernità, cercare di fare in modo che questo paese **non sia considerato meno di quanto di meriti** dal resto del mondo.

Finalmente, el nivel de intervención más radical se alcanza con el parafraseado, como en el caso de (26), o sea cuando, ante la ausencia de una expresión idiomática que corresponda de alguna manera, se opta por una traducción parafraseada de la propia expresión, una perífrasis, a veces menos incisiva o específica, que explique el sentido de la expresión original (Bueno, 2006:317). A este propósito, merece la pena destacar dos casos más, asimilables al ejemplo en (26), en los que una simple reescritura con finalidad explicativa no es suficiente:

(27) ...es como llevar un cascabel puesto, le dijo y aunque el abogado preguntó: «Quién es el gato? (Gopegui, 2011:25)

...è come portarsi addosso un sonaglio, gli disse, e anche se l'avvocato gli domandò: «e **il lebbroso** chi sarebbe?

En (27) se hace referencia a la expresión idiomática 'ponerle el cascabel al gato', que significa «arrojarse a alguna acción peligrosa o muy difícil» (RAE, *DLE*), pero no se usa en su sentido

figurado. Por lo tanto, en este caso, no sería conveniente traducir ni con una expresión relacionada con la temeridad, ni de manera literal, ya que el italiano no reconoce como colocación la pareja ‘cascabel - gato’. Así que, se ha considerado preferible reconstruir la expresión ‘deconstruida’ por Gopegui, a través de otra pareja ‘sonaglio – lebbroso’ que debería producir el mismo efecto que en español y, contemporáneamente, resultar más familiar a un hablante italiano.

(28) Se acordaba de cómo se reía con los chistes absurdos: «Va un caracol y derrapa. Va una canica y vuelca» (Gopegui, 2011:124)

Si ricordava di come rideva per delle battute assurde: «**qual è il colmo per una lumaca? Sgommare. E il colmo per una biglia? Rotolare**».

En (28) la cuestión es aún más compleja que con las expresiones idiomáticas: reproducir chistes no es fácil porque esta categoría de expresiones implica el humor, cuya eficacia no es negociable. Sin embargo, en este caso la solución al problema resulta bastante simple, ya que, tratándose de chistes absurdos (como se especifica incluso en el texto), no tienen que hacer reír necesariamente. Por eso, la traducción propuesta se limita a introducir las mismas imágenes que el original a través de ‘qual è il colmo per’, una fórmula fija que en italiano suele preceder chistes absurdos o demenciales.

La informalidad del texto de Gopegui se puede percibir incluso en algunas elecciones lexicales peculiares, que se desvían de la norma y que requieren una solución fuera de los cánones también en italiano:

...se suicidó. O le suicidaron, según insistía su familia (Gopegui, 2011:46)

...si suicidò. O lo “suicidarono”, questo era quanto sosteneva la famiglia

En español el verbo ‘suicidarse’ es un intransitivo pronominal y el diccionario no recoge usos alternativos en la forma transitiva. En este caso, y el procedimiento parece funcionar también en italiano (donde el verbo aparece entre comillas) se fuerza la natura del verbo para expresar ironía.

El último aspecto al que merece la pena dedicar una reflexión es la pérdida de informaciones o de especificidad del texto terminal con respecto al original. Se trata de un fenómeno natural, cuyos efectos el traductor puede intentar reducir al mínimo, pero no eliminar del todo. En esta traducción las pérdidas han afectado principalmente el componente coloquial del texto, ya que en italiano la vivacidad y el colorido de algunas expresiones, en especial las vulgares, se ha diluido en una solución funcional, pero menos fuerte; por otro lado, se ha perdido la tipicidad de algunos términos muy descriptivos o particulares, por los que no existe un

equivalente italiano y la única solución es una infratraducción, o sea una traducción más general y menos detallada (Newmark, 2010:338), como se puede ver en algunos ejemplos a continuación:

acojonar (vulg.)	spaventare a morte
mamporrero (vulg.)	lavoro sporco
ni puta idea (vulg.)	non (ne ho) la più pallida idea
chungo	brutto
lo aniñaba	lo faceva sembrare più giovane
veintipocos años	vent'anni

## CONCLUSIONES

El objetivo de este trabajo era presentar mi propuesta de traducción de la novela de Gopegui, acompañándola con un análisis conciso e informativo sobre los temas principales y la intención literaria de su autora, el estilo y las cuestiones lingüísticas más relevantes. Traducir un mundo ficcional descrito de manera tan ecléctica y meticulosa, rico de referencias musicales, poéticas, literarias, socio-políticas y culturales, donde lo no dicho y lo aludido tienen un peso igual o casi mayor de lo escrito, ha representado un desafío importante. Introducirse en la obra de otro, hurgar entre sus palabras, desmontar su discurso pieza por pieza y volver a reconstruirlo en un idioma diferente no es nunca fácil; mi intento ha sido tratar de reproducir el texto de manera más fiel posible al original y, si he tomado a veces algunas libertades (sobretraducciones en especial), ha sido por la exclusiva finalidad de favorecer la comprensión al lector. Balancear el grado de intensidad de la intervención sobre el texto original puede ser complejo: si en las cuestiones gramaticales se puede contar con el apoyo de las normas, en las cuestiones relacionadas, por ejemplo, con el léxico (las expresiones idiomáticas, los términos intraducibles) la responsabilidad del resultado está en las manos de quien traduce. De todas formas, la esperanza es que este trabajo sea una puerta de acceso (autorizado) a los temas propuestos y que pueda decir algo en voz baja, pero firme (exactamente como le gustaría a Gopegui) sobre la calidad estilística y compositiva de esta novela compleja y contundente.

## BIBLIOGRAFÍA

- BAKER, Mona, «Corpus Linguistics and Translation Studies – Implications and Applications», en *Text and Technology. In Honour of John Sinclair*, Philadelphia/Amsterdam, John Benjamins Publishing Company, 1993, pp.233-252.
- BECERRA-MAYOR, David, «A Spectre is Haunting the recent Spanish Novel», en *Spain After the Indignados/15M Movement: The 99% Speaks Out*, eds. O. Pereira-Zazo, S. L. Torres, Palgrave Macmillan, 2019, pp.303-319.
- BEZHANOVA, Olga, «La novela de la crisis. La trayectoria del género», *Estudios Culturales Hispánicos*, 1, 2020, pp.205-219.
- BLANES PERIS, Jaume, «La dificultad de afirmar un antagonismo victorioso. Entrevista a Belén Gopegui», *Kamchatka*, 2, diciembre de 2013, pp.341-347.
- BONVALOT, Anne-Laure, «Un diálogo sobre el poder. Entrevista con Belén Gopegui», *Mínerva: Revista del Círculo de Bellas Artes*, 20, enero 2012, pp. 34-37.
- BORGES, Jorge Luis, «Las versiones homéricas», *La Prensa*, 8 de mayo de 1932, edición digital.
- BUENO, Nuria, «Estrategias de traducción de las expresiones idiomáticas desde el punto de vista multicultural», en *Traducción y multiculturalidad*, ed. M.P. Balnco García, P. Martino Alba, 2006, pp. 309-319.
- BULGAKOV, Michail, *Il maestro e Margherita*, trad. Vera Dridso, Torino, Giulio Einaudi editore s.p.a., 2014, [Master i Margarita].
- BULGAKOV, Mijail, *El maestro y Margarita*, trad. Julio Travieso Serrano, México, Editorial Lectorum S.A., 2004, pp. 318,322, [Master i Margarita].
- CAPPUZZO, Barbara, «Il linguaggio informatico inglese e italiano: considerazioni su alcuni aspetti lessicali dal confronto tra le due lingue», *Mots Palabras Words*, 6, 2005, pp.57-69.
- CELAYA-CARRILLO, Beatriz, «Llamada a una rebelión organizada: Belén Gopegui, *Acceso no autorizado* y el 15-M», *Hipertexto*, 20, verano 2014, pp.44-83.
- CERVANTES, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Penguin Random House Grupo Editorial, 2015.
- ECO, Umberto, *Dire quasi la stessa cosa. Esperienze di traduzione*, Milano, RCS Libri S.p.A, 2012, edición digital.
- EDO, Miquel, «La impersonalidad en la traducción del italiano al español», *Onomázein*, 30, diciembre de 2014, pp. 18-37.
- EL-MADKOURI MAATAOUI, Mohamed, «Imagen de la Traducción y del Traductor en *El Quijote*», en *¿Qué Quijote leen los europeos?*, Madrid, Instituto Universitario de las Lenguas Modernas y Traductores, 2005, pp.107-119.

- FERRARI NIETO, Enrique, «Internet como argumento en la novela española: su potencial como metarrelato y metáfora epistémica», *Castilla. Estudios de literatura*, 4, 2013, pp. 426-448.
- GARCÍA DE LA BANDA, Fernando, «Traducción de poesía y traducción poética», *III Encuentros Complutenses en torno a la traducción*, 2-6 de abril de 1990, 1993, pp.115-135.
- GAROSI, Linda, «Oraciones pasivas en italiano y español: dificultades traductivas y análisis lingüístico contrastivo», *Revista Electrónica de Lingüística Aplicada*, 9, 2010, pp.122-133.
- GOPEGUI, Belén, *La conquista del aire*, Barcelona, Random House Mondadori, [1998], 2012.
- GOPEGUI, Belén, *El padre de Blancanieves*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2007.
- GOPEGUI, Belén, *Acceso no autorizado*, Barcelona, Random House Mondadori, 2011.
- GOPEGUI, Belén, *Quédate este día y esta noche conmigo*, Penguin Random House Grupo Editorial, 2017.
- GOPEGUI, Belén, *Rompiendo algo*, ed. Ignacio Echevarria, Barcelona, Penguin Random House Grupo Editorial, 2019.
- GREIT. *Gramática de referencia de español para itálofonos. II. Oración, discurso. Léxico*, dir. y coord. F. San Vicente, eds, H. Lombardini, M. E. Pérez Vázquez, F. del Barrio de la Rosa, Bologna, CLUEB, 2013.
- GREIT. *Gramática de referencia de español para itálofonos. III. Oración, discurso. Léxico*, dir. y coord. F. San Vicente, eds, C. Castillo Peña, A. Lourdes de Hériz, H. Lombardini, Bologna, CLUEB, 2015.
- KEEN, Suzanne, *Empathy and the Novel*, New York, Oxford University Press, 2007, edición digital.
- LÓPEZ, Francisca, «De *La conquista del aire* a *Lo real*: Belén Gopegui frente a los conceptos de libertad y democracia», *Letras Hispanas*, 3.1, 2006, pp.54-69.
- OSIMO, Bruno, *Manuale del traduttore. Guida pratica con glossario*, Milano, Hoepli, 2011.
- PRESNO-LINERA, Miguel Ángel, «¿Nos representan o no?», *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, 46, 2012, pp.93-109.
- RANCIÉRE, Jacques, *El odio a la democracia*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2007.
- RICH, Adrienne, *The Dream of a common Language*, New York, London, Norton&Company, 1978.
- RUBIN, Martin, *Thrillers*, Cambridge University Press, 1999, pp.3-38.
- SAUSSOL, José María, *Glottodidáctica del español con especial referencia a itálofonos*, Padova, Liviana Editrice, 1978.
- SIGÜENZA, Carmen, «Belén Gopegui fabula sobre los giros del socialismo en *Acceso no autorizado*», *La Vanguardia*, 30 de mayo de 2011.
- TERRACINI, Benvenuto, *Il problema della traduzione*, Venezia, Neri Pozza, 1983, pp.15-20.

VALDIVIA, Pablo, «Narrando la crisis financiera de 2008 y sus repercusiones», *452°F*, 15, 2016, pp.18-36.

VELASCO, Marina, «Juan José Millás: “La crisis era una estafa”», *Huffpost*, 23 de abril de 2018.

WEHR, Elke, «Traducir: la tarea infinita o cómo todo tiene que cambiar para que todo quede igual», *Acta Poetica*, 25-1, 2004, pp.107-115.

## **DICCIONARIOS**

Longman Dictionary of Contemporary English, Pearson Education Limited, 2014, 6<sup>th</sup> edition.

Diccionario de la lengua española (DLE), Real Academia Española, en línea: <https://dle.rae.es/>

Diccionario panhispánico de dudas, Real Academia Española, en línea: <https://www.rae.es/dpd/>

Diccionario panhispánico del español jurídico, Real Academia Española, en línea: <https://dpej.rae.es/>

Vocabolario Treccani, en línea: <https://www.treccani.it/vocabolario>

## **REFERENCIAS EN LA RED**

IATE (Interactive Terminology for Europe), en línea: <https://iate.europa.eu/>

Corso di traduzione a cura di Bruno Osimo, en línea: <http://courses.logos.it/IT/index.html>

## APÉNDICE

### ACCESSO NON AUTORIZZATO, UNA PROPUESTA DE TRADUCCIÓN

*In memoria di Antonio Estevan, Javier Matía e Mercedes Soriano.*

*A rebellion.org*

“Devo rimettere la mia sorte a chi,  
anno dopo anno, controcorrente,  
senza alcun potere straordinario,  
ricostruisce il mondo.”

Adrienne Rich,  
*Risorse Naturali*

#### PRIMA PARTE

##### GENNAIO

La luce dei lampioni attraversava la chioma degli alberi e saliva sempre più fioca. Gli appartamenti ai piani alti si ritrovavano immersi nell'oscurità, dando vita ad una seconda Madrid, intrappolata nell'ombra, un punto di vedetta dilatato nello spazio da cui assistere all'intemperie dei corpi che si muovevano, e avrebbero continuato a muoversi fino all'alba, da un lato all'altro delle strade illuminate.

In quei giorni il sistema integrato di intercettazioni telefoniche era attivo su una percentuale cospicua di conversazioni telefoniche, messaggi e scambi di dati elettronici. Da diverse sale distribuite in tutto il paese, degli utenti autorizzati delle forze dell'ordine accedevano alle informazioni memorizzate nei due centri di monitoraggio. I bit viaggiavano via cavo e via etere. Da un cervellone ad un altro un'impalpabile nebbiolina di piccole gocce immaginarie si spandeva su tutta la città, attraversava inferriate e finestre ed entrava nei cuori.

Dalla terrazza dell'appartamento numero nove di un palazzo di mattoni situato nella zona nord di Madrid, una donna vestita con una camicetta avorio e un pantalone nero lasciava vagare lo sguardo lontano dai centri commerciali e dalle zone alberate, verso il buio della notte. Il contatto con l'aria gelida le turbava l'animo. La vicepresidente del governo sentiva nel petto un dolore, come quello di una puntura di vespa, ma più tenue e persistente, per delle cose che non ha fatto. Era quasi l'una. La vicepresidente ritornò subito dentro casa, al piccolo tavolo di legno di faggio dove teneva il suo computer portatile.



Anche se non acquistava mai nulla su internet, nemmeno una canzone, a volte, per rilassare la mente, guardava ogni genere di cataloghi. Case nelle isole Gambier. Non aveva intenzione di affittarne una, e tantomeno di visitare l'arcipelago, ma per dieci secondi, forse, si vedeva sotto quei porticati in riva al mare, *senza furie né pene*.

Tutto cominciò alla terza casa. La freccetta si mosse senza che lei avesse toccato il mouse. Pensò di averlo immaginato. Chiuse il portale di vendita di case. Arrivederci, isole. Poi chiuse il browser e si stese sulla sedia.

Nella penombra del salotto si concesse di afflosciarsi sulla sedia, rilassare le braccia, appoggiare i talloni a terra e di lasciare che i suoi piedi prendessero ciascuno una direzione opposta. Ma, un attimo dopo, la freccetta cominciò a danzare. La vicepresidente si alzò in piedi lentamente, avvicinò di nuovo la sedia al tavolo e con la mano sollevò il mouse. La freccetta continuò a muoversi completamente fuori dal suo controllo. Esplorava cartelle e apriva e chiudeva documenti. Lasciò andare il mouse. In quel momento, la sua mano sinistra stava appoggiata sul bracciolo della sedia, la destra tamburellava delicatamente sul vetro freddo di un bicchiere di limonata. Non sono io, questo è poco ma sicuro. Lesse l'ora dal computer: 01:10. Due o tre notti alla settimana, quando faceva fatica a prendere sonno, la vicepresidente accendeva il portatile e navigava senza meta.

– E così, non conosce le mie abitudini – si disse a voce alta.

Sembrava che chiunque stesse controllando il suo computer in quel momento lo stesse facendo come se fosse sicuro, o sicura, che non ci fosse il rischio di essere scoperto. E invece qualcuno c'era. Avviso il capo di gabinetto? Il servizio informatico? La seconda opzione le sembrava quella più adeguata. Tuttavia, per il momento non li avrebbe chiamati; preferiva continuare ad osservare l'attività della freccetta. Aveva aperto una finestra nera e scriveva parole cifrate, codici che non conosceva. Ne annotò qualcuno su un post-it. Immaginò con assoluta nitidezza il titolo del giornale, il video di YouTube, i commenti nei blog su quanto fosse stato facile hackerare il computer personale della vicepresidente. E fece spallucce. Avrebbe sopportato un altro piccolo scandalo, come quelle sue foto in costume che avevano fatto il giro del mondo, come quel giorno in cui la ripresero di spalle mentre passeggiava mano nella mano con una sua vecchia amica. È il mio pc privato, non contiene dati che possono compromettere né me né il governo, pertanto non penso di fare una scenata ora chiamando qualcuno. Non ci sono documenti di lavoro, foto strane, ho cancellato gli scritti personali. La cronologia, forse, la lista delle pagine che ho visitato negli ultimi venti giorni.

La vicepresidente cercò di ricordare se in quella lista ci fosse qualcosa di inappropriato. Fu tentata di aprire il browser e di controllarla, o addirittura di cancellarla del tutto. Ma, se lo faccio,

sapranno che li sto osservando. Come se avesse sentito i suoi pensieri, la freccetta chiuse un'ultima cartella e si fermò.

Chissà se la persona che la stava muovendo è ancora lì, in agguato, o se si è alzata per affacciarsi alla finestra a fumare una sigaretta? Forse avrà già spento il computer e interrotto ogni comunicazione.

La vicepresidente bevve un po' di limonata, lentamente. Dopo si gettò una grossa giacca di lana sulle spalle e, con il bicchiere in mano, uscì di nuovo in terrazza. Un tavolo di legno e sei sedie dagli ampi braccioli evocavano la presenza di amici, notti chiassose di bevute e chiacchiere fino all'alba. La vicepresidente si sedette e posò la limonata sul tavolo. Sentiva un duello di latrati. Mentre contemplava alcune stelle dalla luminosità molto debole, sentì la mancanza del delicato profumo del gelsomino che in primavera cresceva alla sua sinistra.

Il cielo sembrava espandersi in tutte le direzioni; la vicepresidente si commosse leggermente, come se quella vasta estensione la proteggesse. Dedicò un paio di minuti a pensare alla freccetta. La sua presenza avrebbe dovuto offenderla, o infastidirla, quantomeno inquietarla: qualcuno violava la sua intimità commettendo un crimine. Ma non sono né offesa, né infastidita. Un colpo di vento gelido avvolse il suo corpo. Notò come il freddo percorreva la sua pelle, già segnata dagli anni, simile alla crosta del pane e, tuttavia, levigata, omogenea. Il rumore sordo delle automobili la riportò a braccia appoggiate al volante, a giacche intrise dell'odore della giornata, forse al suono di un basso che accarezzava gli interni dell'auto. Pensò alle vite che avrebbero potuto cambiare a causa di una sua decisione. Non volle dare importanza a quell'idea, la allontanò. Con gli occhi chiusi, Julia Montes cominciò a ripassare l'agenda del giorno seguente.

Quando rientrò in casa, vide il salvaschermo nero. Mosse il mouse. Le sue cartelle, le sue icone, tutto in quel momento le sembrava tranquillo, e la freccetta le obbediva. La vicepresidente si sedette. Stava per spegnere il computer però, prima, si rivolse alla freccetta, o forse alla se stessa di molti anni prima, di quando leggeva romanzi di avventura, di quando sognava di essere il Capitano Tempesta, di quando tutto stava per cominciare:

- Chi sei?

GIUGNO DELL'ANNO PRECEDENTE

Sette mesi prima, alle sette e mezza di mattina:

- Ciao, avvocato. Ti ricordi di daemon05, alias Crisma?

- Che succede?

- Mi hanno arrestato.

- Non mi occupo più di queste cose, lo sapete.

– Per favore.

– Ti do il numero di Juan. O lo chiamo io.

– Voglio che sia tu il mio avvocato. Per favore.

In piedi, con il telefono cordless in mano, l'avvocato guardava dalla finestra della camera. C'era un tono imperativo nella voce del ragazzo, un'urgenza che l'avvocato non ricordava. Provò curiosità e al tempo stesso stanchezza.

– Vengo. In che commissariato sei?

Giù, in strada, un gatto corse a nascondersi sotto un'auto. Da cosa scappava? Acqua sul fuoco, camicia, caffè, giornale di ieri, spazzolino da denti. Nell'ascensore lo salutò la sua immagine riflessa, un corpo vigoroso sotto al vestito chiaro, i capelli quasi lunghi, lo sguardo in stand-by, con un minimo luccichio sul fondo, una specie di fiamma pilota che manteneva sempre all'erta.

Doveva risolvere alcuni affari e non arrivò al commissariato prima delle dieci passate. Siccome conosceva l'ufficiale di polizia, scese con lui nelle celle. Altri quattro detenuti facevano compagnia al ragazzo in una stanza dalle pareti aranciate. Delle sporgenze del muro a mo' di panchine facevano da letti o sedie; in fondo, un lavabo e un gabinetto appena protetti da un paravento di media altezza. Un fetore tenue, ma penetrante, sembrava effondersi dal pavimento. La luce al neon, molto debole; sulla porta, una finestrella. Troppo caldo.

Lo lasciarono solo con il ragazzo nella sala interrogatori.

– Dai, dimmi.

– È stata una cosa da stupidi. Ero entrato dentro Rete Elettrica<sup>27</sup> e ho provato a inviare l'ordine di generazione di corrente, misurando la tensione nelle prese della stanza con un multimetro. Funzionava. Avrei dovuto fermarmi lì, però, il giorno dopo, ci ho riprovato.

– Perché? Cosa cercavi?

– Il mio multimetro non indicava nessun calo di tensione rispetto al valore iniziale. Ho preso coraggio, forse troppo. Se dal centro di controllo nessuno compensava questo aumento momentaneo, significava che non se ne erano accorti.

Il ragazzo alzò gli occhi molto in fretta.

– Non mi hai risposto.

– Non cercavo niente, mi stavo solo esercitando un po'. Sai bene come funziona.

– Che cosa ti hanno detto? – domandò l'avvocato.

– C'è una denuncia da parte di Rete Elettrica. Secondo loro, il procuratore potrebbe chiedere sette anni di carcere. È vero?

---

<sup>27</sup> Ente multinazionale operatore unico nel sistema dell'energia elettrica in Spagna.

– No, no. Dov’eri quando ci sei entrato?

– A casa. Il multimetro non funzionava, altrimenti non avrei mai commesso un errore del genere.

Il ragazzo risolvè le spalle, leggermente, non sembrava un tic, piuttosto un segnale, come quando si ha il fante nella briscola a squadre. Poi guardò verso la porta.

– Sei stanco? - gli chiese.

– Sì, abbastanza.

– Dai, ne parliamo quando esci. Spero di riuscire a farti uscire solo con una denuncia a piede libero.

- Grazie.

– Non farti illusioni. Passeranno diverse ore prima che tu possa andartene. Vuoi che chiami qualcuno?

– No.

– Al lavoro? I tuoi genitori?

– No, grazie.

Rilasciarono il ragazzo alle nove di sera. L’avvocato usciva dal lavoro in quel momento. Parlò con lui al telefono, sembrava sereno. Il processo non si sarebbe svolto prima di varie settimane, mesi addirittura, rimasero d’accordo di vedersi dopo qualche giorno.

Poi l’avvocato cercò un internet point in un quartiere lontano dal suo. Il proprietario stava guardando un film sul suo computer. L’avvocato estrasse dalla tasca della giacca un LiveCD preparato su misura. Quello era il momento giusto. Da quando aveva conosciuto il ragazzo non aveva più smesso di oltrepassare barriere elettroniche, frontiere che lui immaginava nere con il codice scritto in verde. Aveva tempo e dedizione, e questo gli aveva permesso di progredire sempre di più. Nessuno sapeva che gli piacesse. Nessuno si aspettava niente da lui, i proprietari di quegli Internet point non facevano in tempo a memorizzare il suo volto perché lui non ci ritornava mai.

Il ragazzo era stato il suo mentore. Era arrivato a lui dopo essere entrato in diversi forum a chiedere aiuto. Per difendere un cliente accusato di crimini informatici aveva bisogno di capire che cosa avesse fatto esattamente. Glielo insegnarono, riuscì a far assolvere il cliente e lui non volle più lasciare quel mondo. Cominciò da zero, seguendo passo passo le indicazioni del manuale di programmazione UNIX. Poi arrivarono gli e-zines, le riviste online, e quindi tutte le sfide che gli proponeva il ragazzo. Non cercava scorciatoie, voleva capire davvero come si facevano le cose. Nonostante fosse un umanista, imparò a scovare le vulnerabilità e ad attraversarle come fossero porte nascoste nel muro. Non smise mai però di sentirsi un estraneo in

quell'ambiente. Quei ragazzi, la maggior parte di loro, avevano passato l'adolescenza giocando con delle macchine che ora sembravano preistoriche, ma che avevano il fascino di essere state pionieristiche. Rinchiusi dietro la porta della loro stanza, di notte, sentendo di tanto in tanto il suono del modem come fosse un sonar sottomarino, arrivavano a sentirsi dei piccoli dei con l'accesso a centrali remote da cui si controllava il potere, l'esercito, la conoscenza. Lui li avanzava di quasi quindici anni. A casa sua non c'erano mai stati computer, né genitori che sapevano che cosa fossero, né una stanza tutta per lui. E, inoltre, lui era un dissimulatore, non apparteneva a nessun luogo; per questo finse di smettere.

L'avvocato uscì dall'internet point alle due passate. La metro era già chiusa, ma non cercò un taxi, preferì camminare per le vie, conosceva l'oscurità. Guardie giurate, vigilanti, guardie del corpo, lui lavorava ai limiti della violenza fisica legale. Difendere quegli uomini era il suo apporto a questo furioso mondo incomprensibile. La chiamata del ragazzo, al contrario, gli parve un'interruzione, uno squarcio inopportuno nel tempo. Quella filosofia inconsistente che lui stesso arrivò ad utilizzare nelle sue arringhe, secondo la quale gli hackers altro non erano che ragazzi studiosi che imparavano a programmare nelle loro stanze, non lo convinse mai. Ne esistevano di questo tipo, hackers in stile Heidi o suore della carità che penetravano un sistema informatico senza permesso per lasciare un messaggio all'amministratore e spiegargli i difetti di configurazione e il modo in cui erano riusciti ad entrare. E non erano hackers per aver lasciato quel messaggio, ma perché erano entrati senza autorizzazione. Questo era quello che faceva anche lui quando andava negli internet point, entrare senza permesso nei sistemi, essere l'intruso per alcune ore. Il ragazzo e i suoi amici, invece, gli ricordavano troppo gli universitari di Yomango<sup>28</sup> che dicevano di rubare per "protesta contro il sistema" e che, quando smagnetizzavano un allarme, credevano di essere diversi. Perché ritorni proprio ora, ragazzo? Non ti ricordi forse che difendo le guardie giurate, quelli che ti portano sul pianerottolo di una scala per dove non passa nessuno e ti spaventano a morte e ti perquisiscono e si giocano il posto se non ti trovano niente addosso? Non te lo ricordi o forse non lo sai. Non vi ho mai detto nemmeno che mio padre era un poliziotto, come quello che avrà dovuto affrontare Rete Elettrica e il suo superiore e consumarsi gli occhi leggendo la telemetria per capire chi cazzo eri.

L'avvocato attraversava le vie riscaldate dai motori dei condizionatori. Vide passare una donna sola, camminava di fretta, il vestito aderente, il rumore morbido di sandali bassi sul marciapiede. Pensò alla sua casa con due stanze vuote, per gli ospiti, per le sue altre vite. Stanze

---

<sup>28</sup> Yomango era un gruppo di attivisti che rubavano nei grandi centri commerciali come forma di protesta contro il sistema e la globalizzazione. Il loro nome è particolarmente interessante perché allude alla prima persona singolare del verbo "mangar", che si usa colloquialmente come sinonimo di "rubare" e alla famosa catena spagnola di abbigliamento, Mango.

disponibili, come lui. Non sono nessuno, ragazzo, suppongo che sia per questo che mi hai chiamato.

*Gennaio*

Dopo tre riunioni, la vicepresidente poté disporre di mezz'ora di tranquillità nel suo studio, aveva bisogno di leggere una gran quantità di carte e documenti. Le venne in mente di cercare su Google il codice che aveva copiato la notte prima, o qualche informazione riguardo quei computer chiamati zombie, però lasciò stare. Se lo avesse fatto, sarebbe rimasta traccia della sua ricerca e, per il momento, non voleva condividere con nessuno quanto successo.

L'esercizio del potere è caratterizzato, tra le altre cose, da un continuo andirivieni di segreti da gestire. Segreti mantenuti, segreti da rivelare un po' alla volta, segreti condivisi con un nucleo più grande o più ristretto, frammenti di segreti. Bisogna tenerli a mente e ricordare qual è il loro raggio d'azione, chi li conosce, chi potrebbe venirli a sapere, chi non deve assolutamente scoprirli.

Quello della sua freccetta, per ora, era un segreto solo suo e tale voleva che rimanesse. Non ne aveva molti. A causa del suo incarico, sia la sua salute sia le sue relazioni personali, le spese, gli affari, i viaggi, l'abbigliamento, i suoi programmi erano messi a conoscenza di altre persone.

Durante un pranzo con alcuni membri del suo staff, la vicepresidente si ingegnò per portare la conversazione sul terreno dei computer zombie senza attirare troppo l'attenzione. Ben presto una persona fece la domanda di cui lei aveva bisogno:

- Quando si impossessano del tuo computer e lo trasformano in uno zombie, c'è qualche modo per accorgersene? – disse Carmen, la direttrice delle comunicazioni.

- Sì e no – rispose il braccio destro del suo precedente capo di gabinetto, un trentenne appassionato di informatica, che aveva abbandonato molto presto perché era stato richiesto direttamente dal presidente -. I computer sono capaci di eseguire più di un'operazione alla volta. Mentre stai scrivendo con il tuo software di videoscrittura c'è un'altra applicazione aperta che, di tanto in tanto, si occupa di vedere se c'è posta o se qualcuno ti ha scritto nelle chat, eccetera. Questi altri processi, eseguiti in background, si chiamano “demoni”.

- Perché “demoni”?

- Tutto è cominciato con un esperimento con i gas. Un tizio immaginò che, se ci fosse una piccola creatura, e la chiamò demone per questo, capace di distinguere le molecole in movimento a seconda della loro velocità, si potrebbe arrivare a infrangere il secondo principio della termodinamica, quello che impedisce che, tra due corpi di diversa temperatura, si trasferisca

il calore dal corpo freddo a quello caldo. Ai programmatori piacque l'immagine della creatura che lavora in background.

– E uno zombie è un demone? – chiese il capo di gabinetto.

– Per dirlo con più esattezza, uno zombie è un computer che esegue un demone estraneo al suo sistema, messo lì da un terzo, generalmente attraverso un virus o il caricamento di una pagina web che sfrutta le vulnerabilità del sistema. Anche se il nome fa pensare il contrario, il computer zombie si presenta perfettamente normale a chi lo utilizza. Per farla breve, il tuo computer o il mio potrebbero tranquillamente essere zombie a nostra insaputa...

- Ma si nota qualcosa? – chiese la direttrice delle comunicazioni.

– Dipende dal livello di competenza dell'utente e da quanto il creatore riesce ad essere discreto e a camuffare suo demone, e ci si deve anche impegnare abbastanza se vuole che la sua rete di zombies resista. Se si considera il numero sorprendentemente alto delle reti zombie conosciute e, di conseguenza, dei computer infetti..., un utente normale non se ne accorge, a meno che non lo rilevi il suo antivirus. Il che non succede sempre, anzi, quasi mai.

– C'è una combinazione di tasti per vedere questi demoni, giusto? – disse il capo di gabinetto.

– Sì e no. Su Windows, se premi Ctrl-Alt-Canc, ti esce Gestione Attività. Clicchi sulla scheda dei servizi e vedi decine di demoni legittimi, propri del tuo sistema. Però, potrebbe essercene qualcuno ospite, che ovviamente non si chiamerà "zombie1.exe", ma qualcosa tipo "syscmd.exe" e sarà identico, o molto simile, agli altri demoni legittimi.

– Ci sarà un modo per verificare a cosa corrisponde ogni processo? – disse la vicepresidente.

– C'è, solo che richiede una competenza superiore a quella che di solito ha un utente non esperto. Ci sono anche degli strumenti per nascondere un processo e renderlo quasi invisibile.

La vicepresidente guardava i calamari come se fossero uccelli o piccoli corpi alieni. Dispose le posate unite, dando il piatto per terminato. Nella sua testa, problemi ancora irrisolti e incombenze pendenti si muovevano con difficoltà nella stanchezza. Uno di quei demoni è al lavoro, non per tenere attivo un programma del computer, ma per consumare lentamente il mio corpo, la mia resistenza, la mia capacità di concentrazione.

Ordinarono i dolci, lei scelse fragole al succo di arancia. La conversazione versava ora sugli usi abituali di una rete di zombies. Mille computer, dicevano, con un demone che ti obbedisce, a cui mandi istruzioni tipo: "Nelle prossime ventiquattro ore invia a questo messaggio spam a queste cento persone". Così facendo, l'operatore di ciascuno di questi computer non lo nota, sarebbe diverso, invece, se venissero inviati centomila messaggi da un unico pc.

La vicepresidente pensò alla sua freccetta: ha abbandonato il background, come se volesse farsi vedere da me.

L'ora del caffè era il suo tempo libero. Tutti sapevano che lei non lo prendeva e la dispensavano dal rimanere a chiacchierare con loro fino alla fine. Senza dare alcuna spiegazione, seguendo la routine convenuta, lasciò la piccola sala da pranzo privata e si ritirò nel suo ufficio. Una volta lì, chiuse gli occhi per qualche minuto, un sonno breve che rinvigorì le sue forze.

Quando si svegliò, si diresse alla cabina armadio. Doveva cambiarsi per assistere all'inaugurazione del quarto Congresso Europeo sulle persone con disabilità. Scelse una giacca color blu di Prussia, con un taglio dritto e il collo a camino per dissimulare l'età, implacabile dietro alla stoffa. I pantaloni, dello stesso tessuto della giacca e di un blu un po' più forte; entrambi i capi in tinta unita, pensati per rafforzare la sua immagine di figura chiusa, senza incrinature. Alcuni stilisti insistevano nel raccomandarle i tessuti stampati, lei però li rifiutava sempre con un cenno discreto e fermo. Lo stampato portava con sé delle connotazioni particolari, riconducibili o all'intenzione di portare un tocco di fantasia nel mondo, o alla volontà di plasmare la propria personalità o i propri interessi. Siamo molto più vulnerabili con un abito stampato, tendiamo a straparlare, che lo vogliamo o no. Tinte unite, superfici non lavorate. La vicepresidente non voleva straparlare, voleva apparire davanti alle telecamere della televisione, ai fotografi e al pubblico come una figura tutta d'un pezzo, capace di offrire protezione.

Mentre si metteva degli orecchini in perfetto pendant con l'ombretto e gli abiti, si domandava, immaginandola come se fosse un ricamo, fino a che punto quella freccetta avrebbe potuto incrinare la sua immagine: il principio di una scalfittura sulla sua armatura di blu impenetrabili sarebbe stato come un punto rombo o un punto stelo con le foglie?

Inaugurò il congresso, poi dovette partecipare ad un evento in cui una associazione di giornalisti le consegnava un premio e, infine, ad una cena con una delegazione di imprenditori ucraini. Di ritorno, si sentì inaspettatamente contrariata nel constatare che era già l'una passata. Non arriverò in tempo. A meno che la freccetta non mi stia aspettando.

Giugno dell'anno precedente

La figura dell'avvocato con la giacca gonfiata dal vento sembrava provenire da un altro mondo, più antico e solitario, mentre percorreva la discesa del parco dell'Ovest sotto la pioggia. Il ragazzo aveva insistito perché si incontrassero in quell'avvallamento circondato dagli alberi. Il fatto era che ne avevano parlato la notte prima, quando nulla sembrava presagire quella tempesta con una burrasca che avrebbe distrutto qualsiasi ombrello. Ciò nonostante, a parere dell'avvocato, il ragazzo mostrava i sintomi della paranoia. Non aveva voluto incontrarlo in un bar perché nella maggior parte c'erano le telecamere, non gli aveva dato il numero di telefono perché non usava



più il cellulare, è come portarsi addosso un sonaglio, gli disse, e anche se l'avvocato gli domandò: "E il lebbroso chi sarebbe?", il ragazzo non rispose, aveva già riattaccato o forse lo aveva fatto quando aveva sentito la domanda.

Lo trovò lì, bagnato fradicio, i capelli scuri e corti dal taglio irregolare, il naso aquilino e l'espressione vagamente attonita, come se non riuscisse a spiegarsi perché ci fossero delle goccioline d'acqua sulle lenti dei suoi occhiali e una nebbia che offuscava il mondo.

– Possiamo andare in un bar adesso? – disse quasi gridando l'avvocato in mezzo al vento.

– Sì, sì, però parliamo per strada.

E così fu, a voce alta, con i loro corpi sferzati da una pioggia fina e costante, che il ragazzo cominciò a raccontargli che quello di Rete Elettrica non era stato propriamente un errore.

– Non voglio che tu mi faccia molte domande durante il processo. Preferisco così, anche se alla fine dovessi pagare una multa o dovessero condannarmi a qualche mese.

– Mi stai dicendo che volevi che ti scoprissero?

– Ho dei problemi, Eduardo.

Il ragazzo si tolse gli occhiali per pulirsi con l'orlo della maglietta. Gli luccicavano gli occhi come se avesse la febbre, ma non trasmetteva nessuna sensazione di debolezza.

– Perché vuoi che ti difenda io?

– Ho fiducia in te. Dobbiamo sembrare credibili. Il multimetro non era rotto, l'ho manomesso io dopo.

Avanzavano tra dei vecchi alberi che la pendenza faceva sembrare ancora più vecchi. L'avvocato obbligò il ragazzo a fermarsi sotto uno di quelli e si accese una sigaretta.

– Potrebbero darti più di qualche mese. Accesso non autorizzato a sistemi informatici, frode nella fornitura elettrica e qualsiasi altra cosa trovino. Forse dovrai andare in prigione.

– Per questo ho bisogno di te. Non voglio andare in carcere, credevo che con la storia del processo mi avrebbero licenziato. E invece non lo hanno fatto.

– Ripeti.

– Cercavo di fare in modo che mi lasciassero in pace, ma non ci sono riuscito.

Il ragazzo si guardò attorno. Controlla che non lo seguano? Cerca un posto asciutto dove sedersi? Che gli succede ora?

– Che cazzo, ma proprio sotto quell'albero ti dovevi fermare?

L'avvocato reagì bruscamente, era stufo di quel tempaccio assurdo e anche di non capire.

– Se non la smetti di parlare in codice e non mi racconti che succede, io non ti difendo.

Crisma lo guardò sconcertato.

– Scusa, non c'entra niente. È una storia vecchia. Una ragazza, sai, quello era il nostro albero. Mi sembra che siano passati mille anni.

Mille anni, il ragazzo andava su per i trenta, o forse anche meno. Che ne sapeva lui di storie vecchie? Otto anni prima, quando l'aveva conosciuto, univa la sua attività di hacker a quei videogiochi di poteri magici, nemici e territori incantati. A volte parlava come se si trovasse ancora in quei mondi. Tuttavia, qualcosa nella sua voce strideva e tremava. L'avvocato conosceva bene il punto che faceva più paura, quello che precede la perdita del controllo, quando gli ostacoli si accumulano e il panico incombe.

– Chi è che deve lasciarti in pace?

Invece di rispondere, il ragazzo ritornò sul sentiero, in silenzio. L'avvocato presagiva uno dei suoi soliti brutti raffreddori estivi l'indomani.

– Basta.

Erano arrivati all'entrata del parco, si poteva sentire con chiarezza il rumore di motori, clacson e della gente che parlava. Il ragazzo si fermò.

– Dimmi di cosa si tratta o cercati un altro avvocato, ce ne sono parecchi migliori di me. Gli occhi del ragazzo evitarono il suo sguardo mentre gli diceva:

- Sono indiani. Di Mysore. Mi hanno portato da loro una volta. Non so per chi lavorino.

– Dobbiamo cercare un posto dove non piove – disse l'avvocato.

Il ragazzo si avvicinò e gli sussurrò:

- Oggi no. Non credo che mi seguano, non credo che siano qui fisicamente. Però giocano pesante, Eduardo. Prima di vederci di nuovo devo apportare alcune modifiche al tuo cellulare e controllare il tuo computer. Dobbiamo anche trovare un posto che non sia né pubblico, né una delle nostre case.

– Sei paranoico – disse l'avvocato.

– Ti giuro di no.

Quindi il ragazzo si mise a camminare molto velocemente, come se avesse già calcolato che sarebbe arrivato in tempo per attraversare con il verde al semaforo all'uscita del parco. L'avvocato non cercò di seguirlo. Con delicatezza spense il mozzicone, lo ripose nel cellophane che proteggeva il pacchetto di sigarette e che aveva tirato fuori perché detestava gettare i mozziconi per terra.

GENNAIO

La vicepresidente salutò l'agente di guardia al portone per la notte. Mentre saliva in ascensore si ripropose di non andare subito sul computer appena rientrata. Andò prima in camera, cambiò i

vestiti ufficiali con dei pantaloni neri un po' lisi e un maglione di cotone bianco, grosso e confortevole.

E quella freccetta? Un ragazzino di quattordici anni che giocava a fare la spia o un hacker russo che cercava di impossessarsi di quanti più computer possibile? Quella freccetta non conosce nulla di me, ad eccezione del mio IP, una serie di numeri privi di significato quanto quelli di qualsiasi numero di telefono.

Erano quasi le due quando la vicepresidente si sedette davanti al pc. La sorprese trovarlo acceso. Lo spegneva sempre, proprio per non facilitare il compito a degli ipotetici intrusi.

– Forse stavolta me lo sono dimenticato – mormorò a voce bassa, senza poter evitare di sentire una certa trepidazione.

Mosse il mouse per riattivare lo schermo: la freccetta saltava da un lato all'altro tracciando dei semicerchi. La vicepresidente staccò le mani dal mouse e dalla tastiera per essere sicura. La freccetta continuava a salutare.

Il suo pc aveva la fotocamera disabilitata, si era preoccupata lei di farlo. Passava tutto il giorno sotto la luce dei riflettori, con tutti gli obiettivi puntati addosso e l'ultima cosa che voleva era essere vista mentre chattava con un amico o navigava su internet. Pertanto, si rilassò e si concesse di sperimentare.

Quando prendeva il mouse, la freccetta le obbediva come se fosse un semplice cursore e non fosse governata da una presenza estranea. Però se lo lasciava andare o semplicemente smetteva di muoverlo, la freccetta volava, di nuovo libera, da un lato all'altro dello schermo.

Va bene, vediamo se conosci la mia lingua.

La vicepresidente aprì un documento di testo e scrisse:

- Ciao.

Immediatamente la risposta si compose da sola nel documento:

- ciao.

– Che cosa vuoi? – chiese la vicepresidente.

– mmm...

La vicepresidente sorrise senza volerlo. Dopo, come se si fosse risvegliata, si vide lì, ad aspettare le parole di un intruso e si mise in guardia. Non sapeva nemmeno il nome del suo interlocutore, se era uno, una o molti. Stava per chiederglielo, ma preferì non farlo. Si trovava in netto svantaggio. Forse sa cose su di me, sicuramente più di quelle che so io di lei. Forse è un cinese che conosce la mia biografia, il mio incarico. “Su internet nessuno sa che sei un cane”. Può essere una giornalista, un deputato, qualcuno dei miei collaboratori.

La vicepresidente si alzò. Fin dal primo momento aveva fantasticato su un completo sconosciuto, estraneo al suo mondo, un nerd dell'informatica. Non appena cominciò a pensare a qualcuno del suo ambiente, percepì per la prima volta la portata dell'intrusione. Che imprudente era stata. Lei, quella ermetica, quella che mai, o quasi, perdeva la calma, quella che riusciva a trovare il tempo per ponderare ogni ipotesi e prevedere tutto, che giocava ai marziani con uno sconosciuto. La freccetta poteva anche essere controllata dagli stessi responsabili della sicurezza informatica della Moncloa. Forse è un test e non me lo diranno mai, però le chiacchiere finiranno per diffondersi: la vicepresidente si lascia abbindolare da un intruso, si invischia senza avvisare la sicurezza.

Camminava per la stanza e immaginava la reazione dei suoi agenti di scorta se un estraneo entrasse nel suo appartamento aprendo la porta con un grimaldello e lei non dicesse niente. Non era la stessa cosa, la sua incolumità fisica non era minacciata. Inoltre, la freccetta era arrivata ad un computer che conteneva solo informazioni irrilevanti. E se mi venisse voglia di dirlo, i film che ci farebbero. È la mia vita, la mia vita privata, le poche briciole che ancora mi restano.

Tornò alla sedia, era disposta a mantenere la sua relazione con l'intruso a patto che questi le offrisse qualche garanzia, magari una prova della sua identità. Ma come?

Un movimento di lettere la distolse dalle sue elucubrazioni.

– avevi l'assistenza remota disattivata – diceva la freccetta.

– Per sicurezza – rispose -. Mi hanno detto di farlo.

– l'ho riattivata.

– Continui a non dirmi che cosa vuoi.

– aiutarti.

L'orgoglio lampeggiò negli occhi della vicepresidente. Aiuto? Non ho bisogno di aiuto, volle dire, anche se sapeva che era una frase stupida. Non ho bisogno dell'aiuto di chi non mi ha nemmeno detto il suo nome sarebbe stata una replica più adatta. Però se voleva lamentarsi poteva spegnere il computer. La freccetta lo sapeva bene tanto quanto lei. Decise di nascondere l'orgoglio, inghiottirlo e continuare il gioco. Disse:

- E cosa mi chiederai in cambio?

– ti chiederò il “vizio maggiore”

La vicepresidente fece caso alle virgolette con un leggero tremore. Sembravano indicare una citazione e c'era un romanzo che trattava del “vizio maggiore”. Quel romanzo era il suo libro preferito e, precisamente per questo, non l'aveva mai menzionato quando le chiedevano dei suoi gusti letterari o di suggerire un titolo per l'estate. Le venne in mente la città di Mosca vista dall'alto di un edificio che la domina tutta. Il sole color butano accende di riflessi le finestre dei

piani orientati a ovest. Poi si scatena una tempesta e una strana comitiva abbandona in volo la città. La vicepresidente scrisse:

- “Numi, numi! Com’è triste la terra di sera! Come sono misteriose le brume sulle paludi! Chi ha vagato in queste brume...”<sup>29</sup>.

La freccetta le tolse il controllo dei tasti per continuare la citazione:

- “...chi ha volato su questa terra portando su di sé un peso troppo gravoso, lo sa”.

Ho ragione, si riferisce a quel romanzo. Può essere un caso. Anche se fosse entrato in casa mia, anche se, oltre alla mia password, la freccetta disponesse di una copia delle mie chiavi e fosse riuscita ad evitare la scorta, non avrebbe potuto trovare informazioni a riguardo. Nella mia copia del romanzo non ci sono appunti, né sottolineature, nemmeno una dedica. Però le sembrava tutto così assurdo, nessuno era entrato in casa sua, più semplicemente quel romanzo era un classico, l’avevano letto milioni di persone e ad alcune, come a lei, saranno rimaste impresse nella memoria delle frasi. Si domandò quale fosse il fine dietro alla richiesta di un difetto altrui e la risposta le apparve con fastidiosa chiarezza: per non doverne soffrire. Provò stanchezza e sonno. Prese il mouse e condusse la freccetta verso il pulsante di spegnimento.

– te ne vai? – comparve scritto nel documento.

La vicepresidente sospirò. Era stata scontrosa e un po’ snervante in gioventù. Tuttavia, la sua dedizione alla politica le aveva insegnato a mettere cortesia in tutti i suoi gesti. Non volle, perciò, disconnettersi senza salutare.

– Sì. Buonanotte.

Nel letto, si immerse in un sonno inquieto e disordinato. Alle quattro di mattina si svegliò scoperta. Cercò di rimettersi a dormire, ma gli occhi le si riaprivano. Si alzò a prendere un bicchiere d’acqua dal frigorifero, il freddo la aiutava a conciliare il sonno.

Mentre tornava verso la camera con il bicchiere in mano, vide la porta semiaperta del salotto e vi entrò. Si sedette sul divano. Dormiva con un vecchio pigiama con delle papere disegnate che aveva comprato ad Amsterdam parecchi anni prima. Lo conservava da tempo nell’armadio, le dispiaceva buttarlo via. In quei giorni lo aveva ritirato fuori, ma senza più nostalgia. Non sarebbe più tornata ad essere quella donna, una segretaria di stato che era volata in Olanda con un sottosegretario. Non si sarebbe più affacciata alla finestra di un hotel nascosto vibrante di desiderio, con il seno turgido, la testa alta e le labbra perfettamente definite dal rossetto rosso, sicura nella sua nudità. Non lo rivedeva da tanto tempo quando venne a sapere che era morto. Era un professore universitario. Poche settimane dopo quel viaggio, lui lasciò per sempre la politica per tornare alle sue lezioni. Quella decisione mi fece male, avrei sofferto meno

---

<sup>29</sup> La traduzione italiana di tutti i passi tratti da *Il maestro e Margherita* è di Vera Dridso (Bulgakov, 2014).

se fosse andato con un'altra donna. Lo lasciò poco dopo, senza rancore, senza paura per il futuro, senza averlo mai rimpianto. Però magari fosse ancora vivo, solo quello, sapere che da qualche parte la sua voce riempie ancora le aule, mi farebbe compagnia.

Guardò le sue mani lunghe che si protendevano sul tessuto verde acqua, le immaginò che pettinavano i ricci di una testa giovane e sentì una leggera nostalgia, né bruciante né triste. Bevve l'acqua e, quando appoggiò il bicchiere sul tavolo, avvertì un rumore e assieme un fascio di luce. Il suo computer acceso. Si avvicinò con cautela, come se sperasse di trovare al di là dello schermo la persona che l'aveva messo in funzione. Cercò la finestra nera della volta prima, ma il monitor rimaneva spento, solo il rumore delle ventole e due o tre spie luminose indicavano che qualcosa stava funzionando al suo interno. La vicepresidente pensò a quel demonio in background, pensò al disco rigido come un posto ignoto dove succedevano cose sconosciute e le venne voglia di dormire, consapevole del fatto che stavolta avrebbe riposato bene, che sarebbe stato un sonno tranquillo.

#### LUGLIO DELL'ANNO PRECEDENTE

L'avvocato e il ragazzo si dirigevano verso un locale mezzo abbandonato vicino alla stazione della metro Buenos Aires. Un conoscente dell'avvocato una volta aveva un negozio lì. Ora il proprietario aveva ceduto l'attività e gli aveva lasciato una chiave del locale, autorizzandolo ad usarla finché non si fosse presentato un acquirente.

Quando uscirono in strada, arrivò una zaffata di spazzatura ferma da giorni, di scorze di arance marcite, di borse che nessuno aveva raccolto. Attraversarono via dell'Albufera, un autobus stridette fermandosi ad un semaforo. Girarono l'angolo all'altezza di un negozio di abbigliamento. C'era un tratto di strada al buio per due lampioni fulminati; sembrava che la notte racchiudesse lì dentro delle gallerie spezzate. Le attraversarono. Di nuovo sotto la luce, l'avvocato vide per terra un pacchetto di biscotti vuoto. Anche quel cellophane blu acceso con una stella dorata e il disegno di un enorme biscotto ripieno di cioccolato trasmetteva disordine, ma non lo inquietò, sembrava provenire da un altro universo. Il pacchetto rimase indietro, cercò le chiavi nella tasca.

Accese la luce, un neon annerito ai lati. Cavi sul pavimento, due vecchie tavole, una sedia, uno scaffale, un ventilatore, una poltrona cenciosa recuperata dalla strada. Per fortuna, il proprietario, che sperava di cedere in breve tempo il locale, manteneva l'elettricità e l'acqua.

Il ragazzo si sedette sulla sedia e lasciò la poltrona all'avvocato.

- Ho portato da bere, birre e Coca-Cola fresche. Ho anche del whisky – disse indicando l'ultima mensola.

– Coca-Cola – disse il ragazzo. – Io stavo lavorando per una filiale di Aastra Technologies. Pensavo che mi avrebbero licenziato. Ci sono... cose che non sopporto, mi hanno licenziato altre volte. Dovresti vedere come sono certi posti, senza orari, senza diritti, va bene tutto perché sono convinti che sia tu a dover ringraziare loro per averti assunto. E invece mi dicono di parlare con uno dei responsabili e questo tizio mi suggerisce di iscrivermi ad un corso remunerato di intercettazioni in ATL. Sembrava che il mio profilo li interessasse. C'erano venticinque candidati e ne avrebbero scelti solo sei.

– E ti hanno preso – disse l'avvocato in piedi, con due lattine in mano.

– Sì. Il corso non mi è andato male. È pane per i miei denti, mi piace. Il concetto di intercettazione di Ericsson assomiglia un po' a un grande "man in the middle", un sistema di controllo che né i gestori telefonici né i centri autorizzati legalmente hanno. O meglio, c'è nell'hardware di entrambi; tuttavia, il software può essere maneggiato solo da chi conosce gli strumenti di monitoraggio. Altre persone vi accedono con delle chiavi, però pochissime possono interagirvi. Io ho imparato a farlo. Poi mi hanno messo a lavorare nella divisione di rete. Dovevo controllare tutti i log delle persone che usavano quel software e prevedere i loro problemi. Sono anche parecchio bravo a farlo. Lo dicono tutti. Ho passato un anno ad aspettare un minimo di riconoscimento, qualcosa di diverso dalle sole parole; non so, meno ore, un aumento di stipendio, maggior possibilità di azione. Zero assoluto: volevano solo farmi fuori, sai come funziona, no?

– Non ne ho la minima idea.

Il ragazzo agitò le mani.

– Ci sarà un'età, come nel calcio, immagino. Il cervello funziona al centoventi per cento, fai scorrere gli occhi per pagine intere di codici e vedi dove c'è un errore, lo trovi al primo colpo. Però non dura per sempre. Non so, ad un certo punto si perde, come l'acuità visiva, e non ci sono occhiali che tengano. Io volevo continuare ad imparare. Se non lo fai ti bruci e poi non servi più.

– Entrano in gioco qui gli indiani?

– Sì, in un IRC mi avvicina uno, un tale orpheus37, mi fa alcune domande molto concrete sulle mie conoscenze e mi dà un indirizzo per contattarlo. Ok, immaginavo che la cosa non fosse del tutto legale. Ma mi dice di no, che lui lavora per un'azienda, che mi avrebbero anche fatto la fattura. Avrei dovuto creare un trojan per un test di sicurezza. Era piuttosto facile. Io ho il mio arsenale, quello che il tizio mi chiedeva non erano più di due o tre notti di lavoro. Me lo pagavano bene. E l'ho fatto.

– E ti hanno fatto la fattura?

– "Networking Start SL", il nome era piuttosto buffo.

– E poi ti hanno chiesto di fare qualcos'altro di più losco?

– Non è andata esattamente così. Mia sorella ha avuto una brutta storia. Conviveva con un tipo e lui se n'è andato, si è portato via i soldi e l'ha lasciata senza niente. Mia sorella mi ha chiesto dei soldi. Cioè, cazzo, mi sono quasi emozionato che li stesse chiedendo a me, a me che sono più in disoccupazione che al lavoro, a me che non ho mai niente.

Il ragazzo schiacciò la sua lattina di Coca-Cola vuota. Sembrava stare dietro ad un vetro. Sembra un passerotto in un acquario.

– E così sei andato a cercare orpheus di nuovo – disse l'avvocato.

– Sì è fatto vivo lui.

– Proprio al momento giusto.

– Sì, l'ho pensato anch'io. Ho pensato che quel tipo potesse aver letto i messaggi di mia sorella. Ma io ci sto attento, ti assicuro che non è facile entrare nei miei computer.

– È stato un caso, quindi?

– Non lo so, guarda. In quel momento l'ho presa così, un caso. Ora, penso che quei tizi conoscessero anche quello che aveva mollato mia sorella. So che è pazzesco. Non dico che sia davvero andata così. Ma l'ho pensato.

– Va bene, vai avanti.

– Volevano un lavoro particolare. Avrebbe dovuto insospettirmi il fatto che decantasse così il mio trojan. Non era niente di che, lo sapevo, ma lo sentivo parlare e pensavo: e se avesse ragione? Se fossi migliore di quel che io stesso credo? Quindi viene e mi dice che mi pagano un viaggio in India, a Mysore, via Londra. Tre giorni, c'era di mezzo un ponte, non dovevo nemmeno mancare al lavoro. E mi offre un anticipo.

– Sempre con la fattura?

– Era un anticipo..., io me la sono bevuta. Mi offrì giusto giusto il doppio di quanto mi aveva chiesto mia sorella. Ho pensato: li do a Silvia, conservo l'altra metà senza toccarli e, se poi non mi convince la faccenda, li restituisco e chiedo un prestito per l'altra metà.

L'avvocato continuava ad osservare il ragazzo, le sue mani ora sotto le cosce, i suoi piedi che si muovevano come alette di gomma.

– E quindi ci sei andato.

– Sì, in prima classe. Mi aspettano all'aeroporto e mi portano in un hotel moderno, in un quartiere molto lontano dalla zona turistica dei palazzi. Il giorno dopo, un tizio tedesco e uno indiano mi invitano a mangiare. L'indiano aveva più o meno la mia età, il tedesco sarà stato come te o forse un po' più grande.

– Volevano ATL, di sicuro, informazioni riservate.



- Sì, sì. L'avevo immaginato ancora prima di accettare il biglietto. Per creare dei trojan di certo non c'è bisogno di portarsi nessuno in viaggio. La parte importante non era quel che facevo, ma dove mi trovavo.

- E hai accettato.

- Ho accettato il viaggio. Pensavo che, a seconda di quello che mi avrebbero chiesto, avrei potuto accettare o no di farlo. Già lo so che è da ingenui. Però non succede mai niente, e a me stava succedendo qualcosa. Orpheus era piacevole, aveva il senso dell'umorismo, non sembrava assolutamente un mafioso. Be', in realtà tutto aveva un certo che di preoccupante, però una volta che ci sei dentro...vabbè, lasciamo stare. Ci sono andato.

L'avvocato aveva terminato il caffè. Io non ci sarei andato, nemmeno a vent'anni, ma non sono migliore per questo.

- Che ti hanno chiesto di fare esattamente?

- Dunque, non volevano chiavi di accesso. Non sono stati grossolani. A loro interessava poter controllare il sistema degli aggiornamenti. Mi hanno lasciato intendere che la mia azienda si era appropriata di qualcosa che era di loro proprietà e che ora loro volevano quel software per usarlo da un'altra parte. Non ho creduto a una sola parola, e loro lo sapevano. Guarda, so che ci sono di mezzo i soldi, ma quello che mi ha preso di più è stato che mi stavano chiedendo di fare qualcosa di piuttosto difficile. Mi lusingava il fatto che mi credevano capace di farlo. Ho detto che dovevo pensarci. Questo è successo la sera, a cena. Il giorno dopo sono venuti a prendermi abbastanza presto e mi hanno portato in una specie di casa di campagna. Da fuori sembrava uno chalet come quelli di qua, abbastanza pacchiano. Neanche dentro sembrava troppo strana finché non arrivavi ad una stanza gelida, piena di server. Dietro c'era un piccolo corridoio e poi una stanza silenziosa con una decina di persone che stavano lavorando, quasi tutte della mia età, due ragazze, il resto maschi, alcuni non erano indiani, mi hanno salutato tutti, sono stati gentili, e tutto ad un tratto ti senti parte di qualcosa. Qualcosa di cui hai sempre fatto parte e non lo sapevi.

L'avvocato si contorse sulla vecchia poltrona. Cominciava a soffrire di claustrofobia a causa del caldo e dei vetri coperti con la carta da pacchi. Cercò di immaginarsi nella via accanto, scura, vuota. Il ventilatore rinfrescava appena e il suo rumore, invece, sembrava trascinarli dentro al motore di un veicolo. Anche se lo considerava un completo disastro, il ragazzo continuava a risultargli simpatico. Ora si era alzato e indicava una porta.

-Sì, lì c'è un bagno, funziona.

L'avvocato si ricordò quel giorno al parco, l'albero sotto il quale si era fermato a fumare e che per il ragazzo aveva un legame con una storia. Si domandò come sarebbe oggi la ragazza dell'albero. Durante l'università non era stato uno di quelli che saltano le lezioni per stare sdraiati

sull'erba. Non era stato nemmeno il tipico hacker da film, non era entrato in contatto casualmente con nessun sistema, nessuno l'aveva cercato come stavano cercando il ragazzo. In mezzo a queste due fasi, c'era stato un tempo in cui sembrava che tutto sarebbe stato diverso, li chiamava i suoi anni d'azione. Non che avesse fatto inseguimenti in auto o si fosse lanciato da un ponte su un treno in corsa, però aveva gridato con il megafono, scavalcato recinzioni per mettere il silicone nelle serrature, se l'era giocata. Fu solo un periodo, non l'aveva mai raccontato al ragazzo, perché era tutto molto lontano e non era mai più riuscito ad essere all'altezza di quei momenti. Ora che il ragazzo era venuto a cercarlo, gli tornavano in mente.

Il ragazzo uscì dal bagno mettendosi gli occhiali. Doveva essersi lavato la faccia.

– Come hai già immaginato, ho accettato. Ci sono riuscito, l'ho fatto da dio. Pensavo di aver finito, invece no. Ogni due mesi tornano a chiedermi di ripetere la stessa operazione con qualche modifica. Per questo mi sono inventato la cosa di Rete Elettrica. E non è servito a niente. Sono dappertutto. Sicuro che hanno mosso qualcosa per evitare che mi licenziassero – disse.

– Non ti hanno licenziato perché l'azienda ha investito su di te. Ed esiste ancora la presunzione di innocenza.

– Forse hai ragione. Ma fa lo stesso.

– Come posso aiutarti? - L'avvocato non era sicuro di volerglielo chiedere davvero, ma lo fece ed era sincero.

– Non puoi. Sarebbe pericoloso per te e anche per me. Devo mantenere la calma e sperare che tutto finisca il prima possibile.

– Ma mi piacerebbe...

Il ragazzo si alzò in piedi e lo interruppe, si era tolto gli occhiali, i suoi occhi sembravano molto grandi.

– Almeno ho potuto raccontarlo a qualcuno. Questo è un sollievo. Però non devi fare niente. Davvero. Devo resistere. Non c'è alternativa.

Continuarono a parlare fino all'alba in quel posto isolato dal mondo. Non avevano portato i cellulari. Avevano scelto deliberatamente un posto che non si trovasse nell'intrico generale dei bit. Il ronzio del ventilatore volava per la stanza come un insetto. Il neon si spegneva per alcuni secondi, allora si guardavano senza vedersi. Quando la luce tornava, i colori dei loro vestiti riacquistavano volume e sembravano entrambi le figurine di un gioco.

GENNAIO

Al mattino presto, la vicepresidente si riunì con il ministro della Difesa e la sua omologa di un paese latinoamericano. Il ministro avrebbe potuto essere suo figlio. La ministra aveva sei o forse

otto anni in meno di lei, ma la vicepresidente si sentiva molto lontana da entrambi. Quell'incontro era una farsa. Tutto era già stato deciso tre giorni prima, tra l'ambasciatore degli Stati Uniti, il presidente del paese latinoamericano e lei. Erano lì perché i due ministri avessero l'impressione di essere stati coinvolti. E non era un'impressione da poco, dal momento che avrebbe permesso loro di mostrarsi convincenti davanti alla stampa e all'opposizione. La vicepresidente dava le carte, posizionava i palloni, cominciava una frase che loro avrebbero dovuto completare, come se l'intera frase fosse stata idea loro fin dal principio. E solo quando i due, sedotti dal loro ruolo, deviavano da quanto stabilito, lei riprendeva in mano la situazione.

– Un contingente di cento specialisti sarebbe l'ideale. Abbassare la cifra potrebbe essere mal interpretato dai nostri alleati, non è così? – diceva con voce morbida ma inflessibile.

Quella mattina doveva essere resa pubblica la quantità e la qualità – ingegneria militare, lavori di sminamento e operazioni speciali – degli aiuti che il paese latinoamericano avrebbe prestato alla base spagnola in un paese orientale. Quanto al corrispettivo, il vero nocciolo della questione, ironizzò tra lei e lei la vicepresidente, anche quello era stato negoziato prima. In cambio dei cento specialisti e dell'impopolarità conseguente a quella decisione, avrebbero garantito al paese latinoamericano una quantità ragionevole di certezza della pena per alcuni cittadini spagnoli, non molti, che direttamente, ma anche molto indirettamente, avevano legami con i gruppi armati che operavano nel paese.

I due ministri parlavano e gesticolavano seduti su delle ampie poltrone rivestite da un tessuto chiaro, del colore dell'interno di un melone. La vicepresidente li guardava senza vederli. Se c'è una cosa che anima una nazione, se da qualche parte è riposta la sua sostanza, il suo nucleo essenziale, è nella certezza che hanno i cittadini di poter essere perseguiti dalla legge solo se fanno qualcosa di sbagliato, che tutti riconoscono e accettano come tale. Poi arrivo io e questa certezza la vendo. E, oltretutto, nel male, mi sembra anche la scelta migliore. La riunione andò avanti trentacinque minuti.

Mancava mezz'ora alla riunione successiva, però sapeva che in quell'intervallo di tempo sarebbe stata continuamente interrotta da domande e comunicazioni. Rinunciò ad usare quel tempo per sé, si occupò di risolvere mille piccoli inconvenienti. Solo quando mancavano otto minuti alla nuova riunione, entrò nella cabina armadio. Lì non la disturbavano, a meno che non ci fosse qualcosa di molto urgente. Non aveva veramente bisogno di cambiarsi d'abito, voleva solo silenzio. Doveva comunicare ad un ex ministro quale sarebbe stata la sua sorte e doveva avere tatto, dal momento che si riteneva responsabile del fatto che quell'uomo avesse perso il posto. L'idea di estrometterlo era partita dal presidente, ma lei non aveva alzato un dito per difenderlo e in molti sapevano del suo disaccordo con le proposte che avrebbe fatto l'ex-ministro.

Scelse dei pantaloni magenta, lo stesso colore della giacca; mantenne la camicetta bianca della riunione precedente e si profumò i polsi con un gesto automatico.

L'ex ministro arrivò puntuale. Notò subito che cercava il suo sguardo. Non la sorprese. Aveva avuto molti anni per rendersi conto che, contrariamente a quanto pensavano molti, la sconfitta generava sicurezza. Lo sconfitto era caduto da una grande altezza, certo, ma significava anche che aveva già toccato terra. Presto però scopre, e aveva potuto constatare anche questo, che si può anche continuare a cadere e la paura ritorna sul suo viso. La vicepresidente non si scompose nel concedere all'ex ministro quel suo momento di audacia, di gloria. Schivò il suo sguardo, interpretò anche il ruolo di quella che sentiva un certo timore di fronte ad un uomo che aveva sconfitto in un combattimento sleale.

Poi, considerò conclusa la recita e cominciò ad allungare i silenzi per mostrare che c'era qualcosa di più sotto: gli stava offrendo un regalo e, a parte il punto in cui i loro interessi si erano scontrati, entrambi condividevano uno stesso orizzonte. Pochi minuti più tardi, l'ex ministro accettava il nuovo incarico; con la dignità ferita, ma lo accettava. D'altra parte, l'ex ministro non era nuovo del mestiere e sapeva che, in politica, una partita ben giocata ma persa, non serviva a nulla. Vincere o non esistere era la regola madre, da quella nascevano tutte le altre.

– e i principi?

La vicepresidente si sottoponeva a volte a delle domande di giornalisti immaginari. Ma quella volta, senza volerlo, aveva immaginato la freccetta, i suoi caratteri minuscoli che si componevano sullo schermo.

– I principi vengono dopo – replicò.

– significa che sei d'accordo con l'affermazione che in politica il fine giustifica i mezzi?

– No, chiunque tu sia. Significa che in politica ci sono solo mezzi.

– quindi la politica sarebbe fare e basta, senza capo né coda.

– È un agire con la musica, che però mettono gli altri.

L'ex ministro aveva lasciato la sua stanza da due minuti. Vincere le elezioni per cambiare qualche cosa, non c'era altra alternativa. L'ex ministro aveva pensato che con le sue decisioni giuste avrebbe ottenuto l'appoggio della maggioranza. Ma non era successo e in certe comunità autonome avrebbe significato retrocessioni, abusi, più vantaggi per il Partito Popolare. La vicepresidente sosteneva che ogni risultato elettorale insoddisfacente lasciava una scia di misure sociali abbandonate, proprietà pubbliche vendute e business sfrenato le cui conseguenze sarebbero ricadute su dei corpi vivi, con i loro nomi e la loro desolazione.

Quando Julia Montes tornò nel suo ufficio, chiese alla sua segretaria personale che si informasse se era possibile rinviare il pranzo con il ministro dell'Interno. Lo era, avevano entrambi un momento libero alle venti.

– Alle venti, allora.

– Dove mangerai?

– A casa. Vediamo se così riesco a staccare un po'.

Riuscì ad arrivare a casa alle tre e un quarto. Si riscaldò del girello di vitello in salsa. Poi andò al computer. Si era decisa a porre fine alla storia della freccetta. Era un rischio inutile che non poteva permettersi. E tantomeno poteva continuare a lavorare sapendo che dietro a tutto quello che diceva o pensava c'era una piccola botola aperta.

Avrebbe portato il computer alla Moncloa. Per questo aveva voluto tornare a casa, per svincolarsi da quel passo falso, dal suo possibile errore. Avrebbe eliminato la conversazione che avevano intrattenuto e, nel pomeriggio, avrebbe chiesto che riformattassero il disco rigido. Esigerò riservatezza: non devono analizzare quello che c'è dentro, devono cancellare tutto. Potrei buttarlo via e comprarne un altro, però poi, guardando il pc nuovo, penserei che la freccetta mi aveva in qualche modo sconfitto. E se sapesse come entrare nella mia rete? Dirò che aumentino il livello di protezione dai possibili intrusi, userò più spesso uno di quei dispositivi mobili che odio.

Aveva a disposizione solo venti minuti prima che passassero a prenderla. Nel computer acceso cercò il documento con la conversazione della notte precedente. Dev'essere questo: documento 1. Tasto destro, elimina. Subito un nuovo documento comparve davanti a lei.

– ciao.

La vicepresidente non rispose.

– mi consegnerai?

Anche stavolta rimase in silenzio.

– gli elettori vogliono segreti. sognano che sarkozy, zapatero o condoleeza rice abbiano perversioni nascoste, una passione insaziabile o un piano. scoprire che sono piatti, che in questa vita di misterioso non c'è altro che un andirivieni di riunioni e cene e stanchezza quando scende la sera, li delude. io sono il tuo segreto, mi caccerai?

La vicepresidente alzò gli occhi sopra lo schermo. Cercava lo sguardo senza volto della freccetta.

– Credi di sapere tutto – scrisse lasciandosi trasportare, come se pattinasse -. Hai visto le pagine che visito, le parole che ho cercato e, immagino, una lettera cominciata e mai inviata. È poco. Mi hai sentito gridare nel sonno? Ti sei accorto di come mi tremano le mani dopo un intervento? E le gelaterie? Cosa sai delle gelaterie?

- :)... le gelaterie?

La vicepresidente non poté evitare di sorridere. Le piaceva stare sola, in casa, senza che nessuno potesse vederla o che entrasse all'improvviso. Scosse la testa e scrisse lentamente:

- Tutti immaginano la mia stanchezza, la mia espressione di solitudine, qualcuno arriva immaginare il momento in cui, crollata ogni resistenza, vestita e distesa a pancia in giù, soffoco i singhiozzi nel cuscino. E invece dimmi se hai osservato il mio viso mentre leggo i nomi dei gusti dei gelati davanti al bancone. Parliamo della panna. Riesco a raccogliarla quando galleggia nel gelato ormai divisa in piccoli pezzetti o la mangio a parte con la palettina? E il pentimento? A volte faccio un gesto... metto la mano davanti agli occhi a mo' di visiera, come se la luce del sole mi desse fastidio. Non è la luce, è il pentimento. Di cosa? Credi che la mia ambizione si misuri con un compasso? Credi che io sia vecchia e che spesso ripensi alla mia infanzia, al mare, alle mani di mia madre? Pensi che comprerei dei giochi erotici su internet se potessi non usare la mia carta di credito?

– so molto poco, vicepresidente.

- Il mio incarico, questo è evidente. Il tono della mia voce. Le foto pubbliche. Le ultime misure che ho approvato.

– questo lo sa chiunque legga il giornale e cerchi video tuoi.

– Ti conosco? – chiese la vicepresidente.

– no – disse la freccetta.

– Me lo giuri?

– sì.

– Ma che importa, il tuo giuramento non vale nulla. Meno di niente. Credi che io sia un'esibizionista?

– no.

– Tuttavia, qualsiasi altra persona considererebbe la tua intrusione come una sfacciata aggressione, stai violando la mia intimità.

– ho corso un rischio – disse la freccetta.

– È così. Almeno non sei il responsabile della sicurezza informatica della Moncloa. Se lo fossi non mi avresti lasciato arrivare fino a qui. Sarebbe stato troppo forte dovermi affrontare dopo. Ti saresti ritirato prima.

– e, se fossi un tuo nemico politico, non mi sarei fatto vedere e ti avrei spiato in silenzio – disse la freccetta.

– Come posso essere sicura che non sei un giornalista? – domandò la vicepresidente.

Trascorse un lungo minuto senza risposta, e un altro ancora. Poi la freccetta scrisse:

- dimmi il nome di un giornalista che conosci e non rispetti, uno qualunque. dammi ventiquattro ore e ti porterò dentro al suo computer. potrai entrarci attraverso il mio, senza lasciare tracce. se io fossi un giornalista e decidessi di rendere pubblica la nostra conversazione, racconteresti che per convincerti ho violato la privacy di uno dei miei colleghi: nessuno me lo perdonerebbe.

- È così facile entrare in un altro computer?

- bisognerà vedere chi sceglierai. forse dovrò chiederti di posticipare leggermente la scadenza, trentasei ore, non credo che mi servirà di più.

- Mi stai tendendo una trappola, sai che non posso accettarlo. Mi offri qualcosa, ma, in realtà, non lo stai facendo davvero. Io ne uscirei più compromessa di te.

- vuoi che sia io a scegliere il giornalista?

- Non ho detto questo.

- tanto lo sceglirei comunque.

La vicepresidente si guardò le mani. Tre vene le attraversavano, come l'impronta di un uccello, ma le sue dita rimanevano lunghe e agili sulla tastiera.

- Mi aspettano, devo andarmene.

Era rimasta in silenzio. Aveva ceduto? Voleva davvero giocare con quel fuoco?

Prese, non senza stanchezza, il suo fardello, la sua carica di ragionevolezza e solitudine. E scrisse soffermandosi sulla superficie leggermente concava dei tasti:

- No.

Uscì dalla stanza accompagnata dal rumore del suo portatile ancora acceso.

#### LUGLIO DELL'ANNO PRECEDENTE

Quel giorno il ragazzo arrivò a casa sua un po' prima del solito. Un collega si era offerto di accompagnarlo in auto. Nonostante ciò, vicino al portone c'era un indiano ad aspettarlo.

- Ciao, sono Prajwal. Devo parlarti.

- Non ti conosco.

- Ma sai da parte di chi vengo. Come va con il lavoro?

- Bene.

- Andiamo a casa tua?

- Meglio un bar.

- Non sono cose di cui parlare al bar.

- Non ti conosco. Non voglio farti salire a casa mia.

- Hai paura?

– Sì.

– Dai, guardami. – L'indiano sembrava più giovane del ragazzo, era magro come lui e un po' più basso -. Sono venuto da solo.

– Preferisco che camminiamo.

Passarono davanti ad un negozio dell'usato, una donna stava abbassando la serranda metallica. Arrivarono in via Fuencarral.

– È tranquillo – disse indicando uno Starbucks -. Se vuoi, entriamo.

L'aria condizionata fece rabbrivire il ragazzo. Ordinarono due caffè.

L'indiano scelse un tavolo in fondo, molto vicino alla porta dei bagni.

– Vuoi lasciare il lavoro? – chiese l'indiano.

– No, no.

– Qualcuno a Mysore non ha creduto alla storia di Rete Elettrica. Pensano che tu lo abbia fatto per farti licenziare.

Il ragazzo fece spallucce.

– Perché l'hai fatto allora?

– Perché era divertente. Perché sapevo farlo. Lo facciamo tutti, o tu sei diverso?

– Non sei stato attento.

– Sì invece. Il multimetro era rotto. E non mi hanno licenziato.

Chiamarono un nome e il ragazzo si alzò per prendere i due caffè.

– Mercoledì faranno il prossimo aggiornamento. Se perdiamo il software che abbiamo lì dentro, perdiamo anche il contratto. Sono molti soldi. Molta gente che lavora.

– Finora non vi ho mai deluso. Perché sei venuto?

– Magari hai bisogno di aiuto.

– No. Ho già fatto tutto. Aspetto solo il pretesto per entrarci. Di norma accedo alla sala centrale il lunedì.

– E se questo lunedì non dovessi andarci?

– In quel caso mi inventerei qualcosa. Ma ci vado tutti i lunedì. Non vedo il motivo per cui potrebbero esserci dei problemi.

– Hai fatto un buon lavoro con il codice.

– Grazie.

– È una catena, sai? Dipendiamo tutti l'uno dall'altro.

L'indiano si alzò.

– Io rimango ancora un po' – disse il ragazzo.



L'indiano non lo sentì, furtivo e rapido si trovava già vicino alla porta. Il ragazzo estrasse un quadernetto e una matita dalla tasca. Le mani sapevano di caffè.

Gli indiani erano riusciti ad introdurre un software illegale nel sistema generale di intercettazioni telefoniche spagnolo. Avevano isolato una parte della memoria dello switch e dotato il loro software della capacità non solo di mantenersi fuori dai registri, ma anche di alterare quei comandi che avrebbero potuto rivelare la sua presenza. Però, temevano sia il momento dell'aggiornamento del software sia quello dell'aggiornamento del sistema, dal momento che entrambi potevano produrre delle interferenze che avrebbero potuto attirare l'attenzione. Su indicazione degli indiani, il ragazzo aveva studiato a fondo il cosiddetto caso greco. Ad Atene, nel 2004, era stata portata avanti un'operazione simile. Per vari mesi, i telefoni di più di cento persone, alte cariche, diplomatici, attivisti, sono stati tenuti sotto controllo illegalmente con un software simile. Ciò che ha fatto sì che si scoprisse tutto fu proprio un errore nella consegna dei messaggi di testo, innescato dall'aggiornamento del software illegale. Non appena gli ingegneri si misero ad indagare sulle cause dell'errore, non fu difficile arrivare al software nascosto. Perché, di fatto, è quasi impossibile nascondere qualcosa in un sistema estraneo una volta che è cominciata l'indagine. In quella storia di Atene era stato implicato un tecnico, un ingegnere di trentotto anni che, sembrerebbe aver scoperto quello che stava succedendo e che, giusto il giorno prima di renderlo pubblico, si suicidò. O lo "suicidarono", questo era quanto sosteneva la famiglia, dal momento che stava per sposarsi, non aveva lasciato una lettera d'addio, non era depresso e le autorità non avevano permesso di realizzare una seconda autopsia. Si chiamava Costas Tsalikidis, gli piaceva collezionare giocattoli antichi, il ragazzo cercò altre informazioni e si ritrovò a guardare la sua fotografia e a pensare che sarebbero andati d'accordo.

Ora gli indiani volevano fare un altro passo, decisamente più compromettente e concreto: mettere su un sistema di telefoni ombra per intercettare le chiamate dei numeri selezionati, una copia ridotta del sistema legale di intercettazioni. Insistevano che si trattasse solo di una guerra tra aziende. Speravano di dimostrare che ATL non aveva risolto i suoi problemi dopo il caso greco e volevano farlo perché ATL e una corporazione israeliana si erano appropriati del software di intercettazione che loro stavano sviluppando. Non era credibile, ma il ragazzo accettò comunque la risposta.

E ora stava lì, spaventato, a cercare di risolvere un problema con il codice in un bar. Nella sua azienda lo sorvegliavano tutto il tempo. Lo facevano anche prima, ma dopo il fatto di Rete Elettrica di più.

Riuscì a concentrarsi, per quaranta minuti esistette solo il codice e quando terminò era quasi sicuro di aver risolto più del trenta per cento del problema. Respirò profondamente mentre

tornava nel bar e il mondo fisico gli ricadde addosso. Gli venne da chiedersi se tutte le persone che stavano prendendo il caffè agli altri tavoli, la maggior parte di loro in compagnia, fossero perseguitate da un indiano, il suo indiano. Si domandò se la sua vita sarebbe stata sempre questo ammasso di piatti rotti, di lavori che non quadravano, l'amicizia come il dentifricio che un giorno c'era ma che, una volta uscito, non può più rientrare. Non si era mai aspettato che fosse tutto perfetto, però una metà almeno sì. Era troppo la metà? Un quarto, un quinto? Di quanto doveva scendere ancora? Erano così tutte le vite se uno le guardava da dentro o c'erano delle ossa che si spezzavano con maggiore facilità? E tuttavia, anche con le ossa rotte, c'erano alcune persone che ci riprovavano e avevano fiducia nelle proprie forze.

## GENNAIO

La vicepresidente si trovava a soli cinque minuti dalla Moncloa quando ricevette una telefonata dal suo capo di gabinetto: riunione urgente con il presidente, un aereo che volava da Madrid a Santander si era schiantato durante l'atterraggio, per il momento non c'erano superstiti. Le vittime si aggiravano attorno alla cinquantina di persone. La compagnia aerea era spagnola e, in teoria, sembrava aver superato tutti i test di sicurezza.

Madrid – Santander, un mercoledì di gennaio: la vicepresidente ripercorse mentalmente tutti i programmi dei suoi amici e conoscenti. Pensò poi a tutte le cose che sarebbero rimaste da fare quel pomeriggio. Vide una processione interminabile di dolore. Cercava di ponderare i possibili errori, il protocollo operativo, i punti deboli mentre si susseguivano davanti a lei, uno dopo l'altro, dei volti emaciati. Conosceva quelle facce, sempre diverse ma con quello stesso misto di solitudine, rabbia e disperazione. Ai funerali, alle sepolture, agli incontri con le vittime. E, di nuovo, lei non aveva nessun conforto da poter offrire: assistenza sollecita ai familiari, spiegazioni, appoggio psicologico ed economico, il governo si sarebbe mobilitato. Ma conforto, la parola che sarebbe stata sufficiente a farli stare meglio, non ne aveva.

Il presidente e la ministra dello Sviluppo erano appena arrivati. Nell'aereo viaggiavano due bambini e un neonato. C'era anche un noto cattedratico di biologia. Distribuirono il lavoro in fretta. Non era ancora stata scartata l'ipotesi di un'eventuale negligenza da parte dell'amministrazione: errori nel sistema di ispezione, corruzione, un'eccessiva tolleranza di determinate inadempienze alla normativa. Dietro ad ogni parola si celava una paura bruciante della responsabilità, un'angoscia che si sovrapponeva alla coltre di dolore e lacrime che avrebbero dovuto affrontare per settimane.

Le offrirono del caffè e la vicepresidente, contrariamente alle sue abitudini, accettò. Sapeva che avrebbe trascorso la notte a lavorare. Tra i diversi compiti che le erano stati affidati

c'era trattare con i dirigenti della compagnia, ma prima di farlo doveva poter contare su tutta la documentazione possibile e, in quelle circostanze, non poteva delegarne completamente la ricerca, anzi.

Terminata la riunione, si chiuse nel suo ufficio. Richiedeva documenti per telefono, faceva liste, inviava domande via mail, il tutto a porte chiuse poiché aveva bisogno di circondarsi di silenzio e di vuoto, prima di essere completamente assorbita dalla folla. Desiderava che la colpa di quell'incidente fosse del destino, qualsiasi cosa fosse, del caso. Non poteva preferire che la colpa fosse dell'amministrazione, non un errore, una trascuratezza, omissione o mancanza. E nemmeno che fosse colpa della compagnia, dal momento che poteva sfociare in un coinvolgimento anche del governo. Si domandò se, qualora fosse stato il caso, avrebbe negoziato con la compagnia aerea e non volle risponderci.

La giornata fu dura, ma non per le ore di lavoro senza un attimo di riposo. Lo fu perché, come accade sempre quando si tratta di arrivare fino in fondo a qualcosa, i pasticci vengono a galla e prendono il controllo della situazione. Scosse la testa, le costava scrollarsi di dosso la pesantezza delle cose lasciate a metà, insabbiate, del marcio. L'amministrazione, per esempio, aveva svolto ispezioni a sufficienza, ma, studiando le carte nel dettaglio, presto si scopriva che la frequenza con cui si effettuavano era di gran lunga minore di quella necessaria. C'erano troppe imprecisioni, cicatrici che non suggerivano inadempienza ma pigrizia, forse stanchezza, carenza di mezzi e di organizzazione.

Come tutti i perfezionisti, la vicepresidente, di solito, non era troppo esigente con i subordinati a lei più prossimi: perdonava l'errore e non chiedeva loro di renderle conto del loro operato; non ce n'era bisogno. Sapeva che la misura di riferimento era il suo perfezionismo, tutti si misuravano con quello e non con le sue parole. Il suo raggio di influenza, però, non arrivava più in là del suo gabinetto e di alcune alte cariche. Il resto rimaneva nei ranghi della mediocrità, con delle punte di incompetenza. Se ci fosse stato un perfezionista come me in ciascuno dei rami delle diverse amministrazioni coinvolte, forse l'aereo non sarebbe esploso atterrando. Anche se questo non potrò saperlo finché non si scoprirà la causa scatenante dell'incidente. Quello che so è che, alla fine, le cose si spezzano sempre in due pezzi o anche di più.

Qualsiasi tentativo di mantenere la sua vita senza sbagli, correzioni, simmetrica, falliva. Il suo livello di esigenza aveva avuto, a volte, delle conseguenze avverse, come chi riesce a fare una giocata perfetta e con quella perde la partita. Non voglio giustificare gli errori. Però, dove li metto? Stanno qui, mi circondano.

Arrivò a casa alle tre di mattina. Si fece una doccia e si mise a letto senza controllare il portatile. Dormì bene ma, anche se aveva messo la sveglia alle sette, alle sei e mezza si svegliò

inquieta. Preparò una tazza di caffè con due pasticcini e si diresse verso il computer. Analisti, consulenti, colleghi e nemici in varie occasioni le avevano detto che la sua immagine pubblica trasmetteva serenità. Se sapessero quanto desiderava in quel momento aprire un ventaglio che fosse abbastanza grande ed entrarci dentro. Sì, perché ogni ventaglio è uno specchio, ogni specchio è una porta e ogni porta è un'apertura da cui fuggire vestita da carnevale. Lei e il suo pigiama con le papere selvatiche, lei e il suo folle desiderio di ballare alle sette di mattina con la sua tazza grande di caffè, mentre fuori la aspettavano il freddo della distruzione e la disgrazia. Non poteva scappare e, una parte di lei, ma solo una parte, non voleva nemmeno farlo visto che aveva davvero fiducia nel suo personaggio, confidava nel fatto che apparire davanti alle telecamere come una madre saggia, come la stregona della tribù, avrebbe aiutato a trovare uno sfogo al dolore, un balsamo forse, e delle spiegazioni. Quando il computer terminò il suo processo di ibernazione, digitò le password ed entrò sul desktop. La freccetta non si muoveva, nulla sembrava cambiato a parte...sì, lì nell'angolo in alto a sinistra, c'era un nuovo documento nominato Regalo.

La vicepresidente lo aprì. Era cosciente del fatto che al solo clic del mouse avrebbe potuto innescare un attacco che avrebbe distrutto in pochi minuti tutto il disco rigido. Tuttavia, immaginò che la freccetta avrebbe tranquillamente potuto farlo prima e, oltretutto, il suo disco rigido era l'ultima delle sue preoccupazioni in quel momento. Si aspettava una lettera, frasi fredde come degli aculei di ghiaccio o forse dei mulinelli di foglie. Sperava, non le importava ammetterlo, in una dichiarazione d'amore ribelle e adolescente. Trovò, invece, un documento con data, firma e quello che sembrava essere un timbro.

Report number: AZ / 25 / 11. La data precedeva di tre settimane quella del giorno dell'incidente aereo. Nella sezione "Answer from RSE requested" c'era una X sulla casella YES. Tuttavia, non vi era alcuna risposta nella sezione corrispondente. Nella sezione chiamata "Description" si evidenziava la mancanza di personale nella compagnia aerea, per cui quello era stato il quarto volo effettuato da un comandante vicino alla pensione e da un copilota inesperto. Chi scriveva riteneva che quella poteva essere una combinazione congeniale in altre professioni, ma che non lo era sicuramente a bordo di un aereo pieno di passeggeri; parlava anche delle possibili conseguenze, "effects on safety". Infine, segnalava che quella era la seconda volta che inviava il report, ma che nessuno si era mai degnato di rispondergli. Nel riquadro "Originator" compariva una firma piuttosto difficile da interpretare. Ciò nonostante, alla pagina seguente era allegato un dossier riguardante un guasto al sedile del pilota-copilota in cui compariva la stessa firma, ma un po' più nitida. La vicepresidente riconobbe il nome: entrambi i documenti erano

stati scritti dal pilota dell'aereo coinvolto nell'incidente. Il secondo dossier, invece, conteneva una risposta da parte di un ingegnere, datata e firmata giusto nove giorni dopo.

La vicepresidente immaginò mentalmente le domande che avrebbe dovuto fare non appena fosse arrivata alla Moncloa al fine di confermare l'autenticità dei documenti. E se erano autentici, fino a che punto poteva utilizzarli? Tuttavia, si disse che non valeva ancora la pena di rispondere a quella domanda. Li stampò e li mise nella sua borsa. Volle dire qualcosa alla freccetta, ringraziarla anche se sapeva che non poteva, né doveva farlo; la situazione era assurda e inquietante. Nonostante tutto, fu sul punto di scrivere lo stesso qualcosa, una parola qualsiasi, per esempio: rimani. Ma non lo fece.

#### LUGLIO DELL'ANNO PRECEDENTE

Il giorno del processo, il ragazzo gli sembrò più magro, più trascurato. Vestito con una giacca e una camicia dal colletto bianco, aveva l'aspetto di un impiegato di un'agenzia di viaggi, un uomo giovane, ma già sconfitto. L'avvocato constatò per l'ennesima volta la scarsità delle conoscenze del giudice e del magistrato sul funzionamento delle reti. Per un po' anche lui era stato come loro, guardava icone e parole cliccando con il mouse come se fosse un interruttore, senza porsi domande sui programmi che c'erano dietro, quelle copie di un pezzetto specifico di ingegno, quei protocolli operativi capaci di alimentarsi di energia elettrica e funzionare, secondo le loro regole, ad una velocità insolita, irraggiungibile per la mente che li aveva pensati.

Servendosi di periti e di una ampollosa presentazione con tanto di effetti speciali, sostenne che l'accesso sarebbe potuto avvenire da remoto da qualsiasi altro numero, al momento impossibile da rintracciare. Contestò anche la validità dei tabulati telefonici e si appellò all'interruzione della catena di custodia, insistendo che non ci fosse nessun altro legame a parte quello tra il suo assistito e i capi d'accusa.

Quando terminò l'udienza, l'avvocato si propose di accompagnare il ragazzo alla metro.

– È successo qualcosa di nuovo? Il ragazzo infilò una mano nelle tasche dell'avvocato, cercando il suo cellulare. Si accertò che fosse spento e, ciò nonostante, staccò anche la batteria.

– Mi avevano detto che mancava solo un aggiornamento, ma adesso vogliono mettere su una rete di telefoni ombra e mi hanno dato diversi numeri. Non so se riuscirò a resistere.

– Potresti fare una denuncia anonima. Se ti scoprono, almeno con la denuncia sarai tutelato.

– Dalla legge sì. Ma da loro? Ti ho già raccontato la storia di quel greco, Costas Tsalikidis, mi viene in mente ogni giorno.

– Lascia che ti aiuti.

– Come? Non ci si può fare nulla. Sopportare.

La donna seduta accanto a lui si era addormentata. Di fronte, una ragazza teneva in braccio il suo cucciolo come se fosse un bambino. La sua mano distesa era più lunga del corpo del cane, che lo guardava negli occhi, forse senza vederlo. Le orecchie del cucciolo si drizzavano completamente ad ogni rumore forte e improvviso. La ragazza non riusciva a contenere il suo orgoglio.

– Puoi venire a vivere a casa mia. Le settimane ti passerebbero più rapidamente.

– E credi che con il passare delle settimane si dimenticheranno di me?

– Se non hanno più bisogno di te...

- Ma li ho visti in faccia.

– Non andrai a denunciarli, loro questo lo sanno.

– Pensa al greco, al suo “suicidio”.

– Magari non poteva più sopportare il peso di quello che gli stava succedendo. Uccidere qualcuno comporta sempre delle complicazioni, non è così facile.

– Io invece credo che ogni volta ne porti sempre di meno.

La ragazza del cucciolo persisteva nel suo stato di estatica felicità. Di fianco a lei, un uomo dalle braccia grosse guardava con diffidenza i movimenti del cucciolo.

– Vieni a stare da me per qualche giorno, sarai più al sicuro, per favore.

– Ci penserò. Davvero, non lo dico tanto per dire, ci penserò.

Quando l'avvocato arrivò a casa sua, l'ascensore profumava di Amaya. Un sogno? La trovò in terrazza che fumava.

– Amaya, che ci fai qui?

– L'estate scorsa mi hai dato le tue chiavi, quando avevo prestato casa mia a mia sorella e al suo fidanzato, ti ricordi? Poi non hai voluto che te le restituissi. E siccome oggi avevo una cosa molto urgente...

- Perché non mi hai chiamato?

– Sono un po' preoccupata, ho pensato che fosse meglio dirtelo di persona.

L'avvocato si manteneva a mezzo metro di distanza. Lei spense la sigaretta sulla ringhiera arrugginita e gettò lontano il mozzicone. Poi gli passò davanti, sfiorandolo.

La camicetta bianca, la gonna nera, non ha il reggiseno. Ti desidero così tanto che, se lo sapessi, non vorresti più vedermi.

– Sono venuto solo per dei documenti – disse l'avvocato -. Dimmi che è successo, non ho molto tempo.

Senza alcuna fiducia nel fatto che ci sarebbe riuscito, cercava di creare una certa distanza, indifferenza. Conosceva Amaya dall'università, aveva militato con lei e, da subito, aveva sognato di averla, pur sapendo che era impossibile. Lei non lo vedeva, punto. Lo trattava con amicizia, qualche volta si era confidata con lui, ma non le sarebbe mai passato per la testa di scopare con lui e, tantomeno, di vivere con lui. Era come se ci fossero delle liste e lui appartenesse ad un'altra, come se gli fossero state assegnate delle altre donne, ma non lei. Era bella, ma non tanto da darle il diritto di disprezzarlo, e, infatti, non lo disprezzava, ma non captava i suoi segnali di desiderio, e tantomeno ne inviava quando stava con lui.

– Devi aiutarmi. Ti intendi ancora di computer? O conosci qualcuno che ne sappia?

L'avvocato si immaginò mentre le diceva: “voglio abbracciarti”.

Disse:

- Siediti e raccontami.

– C'è un tizio che mi sta facendo gaslighting. Abbiamo lo stesso ruolo, anche se i nostri lavori non si incrociano. Lui passa il tempo a postare delle foto mie modificate su un profilo Facebook che dev'essere suo. È subdolo. Mi ritrae in posti dove non sono mai stata, mi cambia i vestiti, mi mette accanto a delle persone che non conosco.

– Perché dici che è suo?

– Non posso provarlo, ma lo so.

– Pensi di denunciarlo?

– Sì, ma questo tizio ha le mani in pasta dappertutto, sai, conosce tutti, è un affabulatore. Ho bisogno di prove prima di farlo. Se no, di sicuro non otterrei nulla e io sono anche nel comitato aziendale della banca, non posso permettermi di commettere un errore così.

– Parlerò con qualcuno di cui mi fido. Cerca i messaggi che ti ha inviato, il suo indirizzo e il numero di telefono se ce li hai. Segnami la pagina dove posta quelle foto. Non inviarmele via mail. Stampa tutto il materiale e me lo porti un altro giorno.

– Te l'ho già portato – disse lei -. Tutto. – E gli diede una cartellina.

– Amaya...

- Dimmi.

– Ci sei stata a letto?

– No. Ci è stata una festa l'anno scorso, eravamo tutti molto ubriachi, anch'io. Ci siamo baciati e niente di più. E non perché non mi ricordi, eh.

– Non volevo farti un interrogatorio, ma ho bisogno di avere tutti i dati.

– Certo.

– Non credo che abbia accesso al tuo account di posta, però, per ogni evenienza, tu cambia la password e, nel caso in cui dovessimo scriverci, usa un argomento generico, chiedimi del film che mi hai prestato.

– Il film, ok.

Scesero assieme con l'ascensore. L'avvocato le strinse la mano e disse:

- Non ti preoccupare, sono sicuro che si sistemerà tutto.

Lei assentì.

– Grazie.

Quando uscirono in strada, videro un taxi e lei lo fermò.

– Vado in banca, ti accompagno da qualche parte?

– No.

L'avvocato continuò per la sua strada, stanco come se avesse camminato per ore. Poteva vivere senza Amaya, lo faceva da anni. Quando smise di militare decise di smettere anche di vederla e così aveva fatto per cinque anni. Però poi si erano ritrovati e avevano riallacciato un'amicizia vissuta da parte di lui come un dolore intenso, intermittente, sempre in agguato. Dal di qua della barricata l'aveva vista fidanzarsi, avere un figlio, separarsi, fidanzarsi di nuovo e rimanere sola e... In quegli anni lui aveva avuto delle storie; qualche volta aveva pensato che sarebbero durate nel tempo, che forse avrebbe avuto una figlia, che magari sarebbe uscito dalla sua tana per comprare pannolini e tricicli. Non funzionava mai. Non era per Amaya, o sì? Quando hackerava cercava di prescindere dal mouse, gli piaceva il prompt dei comandi, la modalità testo e, forse, era quello che si aspettava dalla vita. Un comando che si esegue o non si esegue, non la confusione di processi interrotti, mescolati, falliti. Non voleva vedersi costretto a ricorrere alla modalità grafica del computer, né all'intimità grafica della vita quotidiana e, quando lo faceva, cercava di mantenere la consapevolezza che un movimento di mouse su di un'icona corrispondeva sempre e comunque ad una riga di testo. Nella modalità testo, ogni comando corrispondeva ad una richiesta di eseguire un'azione e per questo, quando si digitava il nome corretto di un comando anche senza esserne del tutto consapevoli, questo veniva eseguito lo stesso. Nella modalità grafica, i computer si impallavano, gli ordini si scontravano tra di loro. Nell'intimità grafica della vita reale, il racconto spariva in un eccesso di informazioni, non voglio sapere tutto quello che ti piace se non stai con me, perché fa male, ho bisogno di un po' di mistero. Dalla sua tana si era abituato ad amare Amaya senza chiedere troppo, senza tornare alle riunioni per cercarla né aprire quei messaggi che lei inviava a diverse persone alla volta. Ora avrebbe dovuto farlo.



Due consulenti della vicepresidente verificarono i dati contenuti nel documento. Non solo l'età del pilota, che era comparsa su tutti i giornali, ma anche la scarsa esperienza del copilota, dato che nessun mezzo di comunicazione aveva evidenziato, sicuramente perché si trattava di un uomo non troppo giovane; erano esatti anche i dati riferiti alla carenza di personale e ai voli realizzati con coppie di piloti poco idonee. Quando vennero distribuite le copie del dossier, Julia Montes sentì di dover spiegare come avesse ottenuto quelle informazioni; si limitò a dire che la fonte era riservata.

Il peso degli impegni da sbrigare le fece dimenticare la questione fino all'arrivo dei tre rappresentanti della compagnia aerea. L'incontro fu più teso di quanto si aspettasse. Attribuivano la causa dell'incidente all'orografia dell'aeroporto; se avessero costruito le piste più lontane dai dislivelli del terreno, come tra l'altro avevano raccomandato varie istituzioni aeronautiche internazionali, l'aereo avrebbe effettuato un atterraggio di emergenza, senza che si verificasse nessuna esplosione. La vicepresidente citò delle altre istituzioni che, invece, approvavano quell'ubicazione e insistette sulla necessità di capire quale fosse davvero il problema. La conversazione si arenava in ogni punto toccato nella discussione, i rappresentanti della compagnia davano per scontato che il governo, o per omissione o per insufficienza nelle infrastrutture, accettasse di dividere la colpa. La vicepresidente interruppe il tira e molla offrendo loro un caffè.

Ci furono un paio di minuti di titubanza, cenni di assenso, attesa.

– Liscio.

– Macchiato, grazie.

– Anche per me liscio, grazie.

Nel frattempo la vicepresidente aprì un cassetto, tirò fuori il dossier della freccetta e lanciò in aria una moneta immaginaria. Visto che la moneta era immaginaria, le disse: fa che esca testa, e testa uscì. La vicepresidente riprese la parola.

– Siamo venuti a sapere – disse accarezzando il foglio – che il pilota dell'aereo coinvolto nell'incidente aveva presentato due lamentele scritte alla compagnia. Ci sorprende che questo elemento non sia stato portato a nostra conoscenza.

I rappresentanti della compagnia aerea si guardarono in faccia con scompiglio. Poi, i toni dell'incontro si calmarono. Solo al termine, quando si stavano già salutando, il rappresentante con il grado più alto si avvicinò alla vicepresidente.

– Mi aiuterebbe molto sapere da dove proviene quella soffiata.

– È un dato che non posso fornirle – rispose la vicepresidente con una vena di preoccupazione che il rappresentante non riuscì a cogliere.

Quella notte, quando arrivò a casa, Julia Montes si sentì di nuovo, come ormai non le succedeva da mesi, prigioniera del suo incarico. Desiderava scendere in strada ed entrare nell'internet caffè del quartiere vicino. Però non poteva farlo da sola; tantomeno con la scorta. Nei momenti complicati della sua vita era riuscita a mantenere la stampa lontana da alcuni eventi rilevanti: una malattia, una relazione personale. Allora non fu difficile chiedere la collaborazione di coloro che la circondavano. Però per la freccetta, per un capriccio assurdo e imprudente? Non poteva nemmeno raccontarlo ai suoi amici più stretti, perché l'avrebbero rimproverata per il rischio che stava correndo e lei sapeva che il rimprovero sarebbe stato giusto.

Ah, se avesse potuto smettere di essere vicepresidente per un'ora. Sarebbe andata all'internet caffè, avrebbe trascritto nel motore di ricerca i codici e le parole che aveva copiato la prima volta che aveva visto la freccetta in azione. Anche se non si trattava altro che di frammenti di programmi, forse potevano darle qualche indizio sul tipo di persona che stava dall'altra parte. Poteva chiamare sua sorella a Saragozza, ma cosa poteva dirle se non che stava giocando con il fuoco. Si ricordò quindi di Max, suo nipote di ventidue anni. Fortunatamente non viveva con i suoi genitori, ma stava in un alloggio per studenti a Madrid. Max stava terminando ingegneria informatica e, inoltre, se prometteva di non raccontare niente a nessuno, l'avrebbe sicuramente fatto.

– Pronto, c'è Máximo?

– Sono io, chi parla?

– Ciao Max, sono Julia, tua zia.

– La vice!

– La vice. Hai da fare?

– No. Stavo guardando un film, ma lo metto subito in pausa.

– È bello? – E la vice sperò che lo fosse, che fosse bello, per avere una scusa per non chiedergli nulla.

– Non tanto.

Va bene, gli dico di venire.

– Potresti passare un attimo da casa mia?

Max accettò. Venti minuti dopo, l'agente di scorta, avvisato dell'arrivo del giovane, gli apriva il portone. La vice lo aspettava di sopra, con la porta aperta.

– Vieni, entra. Vuoi bere qualcosa?

Capelli corti, di profilo a volte poteva assomigliare ad una ragazza. Non era alto e il suo volto glabro lo faceva sembrare più giovane. Julia temette di aver commesso un errore ad averlo chiamato, sollevò appena le spalle. Fatto trenta, facciamo trentuno. Ed entrò in argomento:

- C'è un intruso nel mio computer.

- Un virus?

- No. È un intruso, qualcuno che mi parla.

- Una persona?

- Sì, così sembrerebbe.

- Ok, vuoi che ti reinstalli il sistema operativo?

- Ehm, no, per ora. Però voglio premunirmi. Se arriva il momento in cui ho bisogno di eliminarlo, vorrei sapere cosa dovrei fare.

- L'ascia. Nel mondo anglosassone chiamano scram l'arresto di emergenza di un reattore nucleare, ma serve anche quando devi fare qualcosa in modo molto sbrigativo, chiudere le porte e le finestre molto rapidamente. Sono tre passaggi, te li scrivo?

- Sì..., scrivili. Ad ogni modo, non si tratta di chiudere porte e finestre. Mi lascerebbe isolata. Voglio poterlo eliminare, che non torni.

- Eliminarlo, è una parola. - Max bevve la birra e la guardò - Non è mai facile, o no? Ti stanchi di un amico e non puoi far in modo che si smaterializzi. Rimane lì. Puoi smettere di rispondere al telefono se ti chiama, eliminare alcuni file, però lui continua ad esistere, se vuole verrà a cercarti oppure non farà niente.

La vice nascose le mani dentro le maniche lunghe della felpa. Era un gesto remissivo che aveva deliberatamente abbandonato nella sua vita pubblica. Infatti, la lunghezza delle maniche delle sue camicette e giacche arrivava sempre solo fino all'avambraccio, come se volesse dare l'impressione di essere sempre con le maniche rimboccate, disposta a far fronte a qualsiasi tipo di incarico. Solo a casa, o a volte quando si riuniva con i suoi collaboratori più vicini, ritornava ancora a quella abitudine dell'adolescenza di infilare le mani nel guscio.

- Sei un hacker? - chiese.

- No. Anche se ti dico che una delle prime regole degli hacker è non avere mai la presunzione di esserlo.

- Parlami di loro. Che cosa cercano nei computer altrui?

- Più che nei computer, gli hackers penetrano nei sistemi. Di solito non cercano la persona che sta dietro alla macchina, ma solo la macchina. Cercano falle, anomalie.

- Be', vista così sembra una cosa un po' sinistra, oscura diciamo. Una specie di gusto per le cose fatte male.

- Dipende - disse Max -. A volte le debolezze di un mostro aiutano a liberarsi di lui. Cercano le anomalie perché queste permettono loro di oltrepassare dei limiti che, secondo loro, non dovrebbero esserci.

– Approfittano degli errori altrui.

– Forse. Però hanno le loro regole. Non agire mai per vendetta, né per interesse personale o economico. Non danneggiare un sistema intenzionalmente. Non hackerare sistemi poveri che non potrebbero riprendersi dopo un attacco forte.

– E le rispettano?

– Quelli che conosco, sì. Ad ogni modo, ce ne sono sempre meno. Sai, prima era diverso. Internet era agli albori. Era una rete di sentieri e tutti i sentieri erano liberi. Ora le aziende e gli stati vogliono controllare non solo dove vai, ma anche per dove passi e con che mezzo di trasporto. Ma cosa te lo dico a fare.

Parlarono per più di un'ora. La vicepresidente mostrò a Max i codici che aveva copiato.

– Sono pezzi di uno strumento per nascondere processi – disse Max -. Non sembra un ragazzo inesperto che copia e incolla ordini che non capisce.

Max rimase in silenzio. La vicepresidente pensò che stesse osservando i suoi capelli, aveva dei ciuffi come le creste di un uccello esotico, non si era preoccupata di pettinarsi in tutta la giornata. In realtà, Max stava guardando lei.

– Fai attenzione – le disse -. Se c'è un intruso, saprà molte cose su di te.

– È solo il mio computer personale.

– Quindi non ti connetti da qui al lavoro, da questa stessa rete?

– No, sono linee diverse.

– Meno male. Un'altra cosa: il tuo computer ha la fotocamera?

– Sì, ma l'ho disattivata, vedo già troppe telecamere durante il giorno.

– Però se qualcuno è entrato nel tuo computer potrebbe averla riattivata facendo in modo che l'interfaccia grafica indicasse comunque che era disattiva.

– Potresti verificarlo?

– Sì, anche se può essere che la attivi e la disattivi ogni volta.

– E se copro la fotocamera con un pezzo di nastro isolante?

– Perfetto. Il tuo intruso, per quanto ne sappiamo, ha un accesso solo virtuale. E in ogni caso, se qualcuno leva lo scotch, te ne accorgi.

– Certo che ha un accesso solo virtuale. Vivo circondata da agenti di scorta. Non ti preoccupare.

– Perché lo lasci restare?

– Stanchezza, immagino. È una storia lunga da raccontare.

Max cominciò a infilarsi la giacca e scrisse qualcosa su un foglietto.

– Tieni, è un indirizzo mail che uso solo con alcune persone. Se succede qualcosa di strano, mi scrivi lì da un altro computer. Ah, quando copri la videocamera, cerca di coprire anche il microfono, se non è integrato dovrebbe essere lì vicino.

Max se ne andò e la vicepresidente tornò al computer. Quella macchina era diventata qualcosa di vivo, qualcosa che poteva sorprenderla, accompagnarla. Come rinunciarsi? Poteva spiegare ad un ragazzo di vent'anni, che da sua zia si aspetterebbe una certa maturità, rassegnazione, tailleur eleganti, intelligenza, astuzia, silenzio e il dolce protrarsi della vita fino alla morte, che trepidava come se le fosse stato concesso un dono, una presenza eccitante e, nello stesso tempo, capace di tranquillizzarla? All'inizio sembrava solo un gioco, ma il dossier del pilota non era parte di un piano, gli incidenti non si pianificano, eppure qualcuno aveva pensato che ne avrebbe avuto bisogno e glielo aveva dato senza che ci fossero di mezzo né ordini né ricompense. Dimmi che è così, che dall'altra parte nessuno ti sta pagando e dicendo cosa devi fare. Dimmi che se un giorno dovessi chiederti aiuto per qualcosa che non sia frutto dell'inerzia, mi aiuteresti.

Intrigata, Julia guardò verso il tondino di vetro nella parte alta dello schermo. Nessuna spia luminosa, però non ricordava se nella sua videocamera si accendeva o meno una lucetta quando stava registrando. Si diresse con passo deciso verso l'armadio dove teneva la cassetta degli attrezzi. Tagliò un pezzetto di nastro isolante nero, tornò in salotto e, senza esitare, con un gesto rapido, lo attaccò sopra la lente della fotocamera. Coprì anche il forellino del microfono. Poi mosse il mouse per far sparire il nero piatto del salvaschermo. E lo vide, questa volta non era un documento, ma un file video o un mp3. Il ritrovamento la destabilizzò, sentì di nuovo che si stava spingendo troppo in là, che non poteva permetterselo. Si immaginò a cliccarci sopra e a trovarci un video con immagini spiacevoli. Nonostante tutto, senza nemmeno verificare di che tipo di file si trattasse, cliccò sull'icona. Musica. Degli accordi osceni come delle armi, degli spari che andavano a ritmo, pensò. E poi quella voce: "Mother, tell your children not to walk my way, tell your children not to hear my words [...] Mother, can you keep them in the dark for life, can you hide them from the waiting world". Di' ai tuoi figli che non seguano il mio esempio, che non ascoltino le mie parole. Puoi mantenerli nell'oscurità per sempre, nasconderli dal mondo in agguato? La vicepresidente guardò il pezzetto di nastro isolante nero, la faceva sentire sicura che non potessero vederla, e unì la sua voce a quella che ora diceva: "Mother, tell your children not to hold my hand". Quello non era rock, ma qualcosa di più oscuro e intenso. Tuttavia, le piaceva la voce, sembrava che la stesse chiamando.

SETTEMBRE DELL'ANNO PRECEDENTE

L'avvocato si allontanò dalla baia e si diresse verso un piccolo bar non lontano da lì. Il rumore delle onde lo seguiva come un respiro. Era martedì, il bar era quasi vuoto. Sciarpe. Il proprietario le collezionava, sciarpe da calcio. I proprietari dei bar spesso collezionano cose. Immaginò che non fosse tanto per loro, ma più che altro per i clienti, che forse così si sarebbero ricordati di portar loro qualcosa quando andavano lontano. L'avvocato era andato a Malaga ad un congresso sulle aziende del settore della sicurezza. E poi si era preso un giorno libero. Voleva restare solo.

– Birra? – chiese un uomo della sua età dall'altro lato del bancone.

– Sì, grazie.

Il bar era buio, si sarebbe potuto trovare dovunque e non a meno di cinque minuti da quell'angolo di mare. Si sedette all'ultimo tavolo, quello più lontano dalla porta. Vedere il quadro generale, vedersi minuscolo in quel paese. Nella sua testa sentì nitidamente Amaya, imitava uno di quei dischi di rilassamento: “Dissipa la pesantezza, sentiti come una di quelle macchiette sparse in un quadro impressionista: da lontano compongono il disegno, sono un pezzetto concreto di un cappello, dell'acqua, ma da vicino non significano nulla, una macchia assolutamente informe. Immagina il quadro per intero, togliti importanza, sei una macchia informe, una macchia informe...”.

L'avvocato si immerse nei suoi ricordi. Lui e Amaya attaccavano cartelli comunisti alle tre del mattino.

– Lì – e lei indicava la parte centrale di un muro con su scritto: “vietato affiggere cartelli”.

– Questo è provocare però.

– Questo è lasciare il segno. Marcare il territorio. Se cedi, ti accerchiano.

– Sono troppo prudente – si scusava lui.

– Io credo che nessuno sia niente. O che siamo un programma aperto, i fatti ci cambiano a mano a mano.

E nel frattempo, stavano già passando la scopa cosparsa di colla sopra alla parola “proibito”. Quella situazione gli produceva un'euforia nervosa e non la smetteva di parlare.

– Hai presente quei film dove c'è una scena di un incendio in paese? Compare sempre qualcuno che organizza lo spegnimento del fuoco in modo tale che nessun secchio d'acqua resti inutilizzato. Che fa in modo che non si accalchino tutti davanti all'estintore, né che aggrediscano le fiamme a caso ma partendo dalle zone più critiche. Forse io sono fatto per quello.

– E avanti con questa tua vocazione cristiana. Puoi essere uno così per un po', ma non ci sono incendi tutti i giorni. Dovrai pur fare qualcos'altro, o no?

L'avvocato finì la sua birra e tornò al bancone. L'uomo era impegnato al registratore di cassa.

– Posso offrirle una birra?

– Può.

– Ha senso dell’umorismo?

L’uomo rise.

– Quanto me lo paga?

– Non le basta una birra?

– Cazzo, guarda che sono un cameriere.

– Il bar è suo?

– Per metà.

– Lei la sa la storia del quadro generale?

– No.

– Ma sì, dai, quella di prendere le distanze, vedere che siamo solo delle macchie informi, che, come diceva quello scrittore: “Tutto è terribile, ma niente è serio”<sup>30</sup>. Prima io guardavo il quadro generale; però, da un po’ di giorni a questa parte, la telecamera si abbassa, continente, stato, città, paese: lì, in quel punto esatto ci sono io, e sono un pezzo chiave, come in uno di quei puzzle di cinquemila pezzi, dove basta perderne uno solo e tutto perde di significato.

– Non le credo.

– Esagero, ma lei sa di cosa sto parlando.

– Che è successo?

– Eduardo – disse e gli tese la mano.

– Juan – replicò l’uomo, che lo superava in altezza di quasi due spanne.

– C’è un ragazzo – disse l’avvocato -. Ha dei problemi, non vuole che lo aiuti. Del resto non saprei nemmeno io come farlo.

– Perché non vuole che lo aiuti? Orgoglio?

– No, se fosse per orgoglio non lo considererei nemmeno. È per paura.

– E lei non ha paura?

– Sì, molta. Per lui e per me.

– A volte non fare nulla è un modo di fare qualcosa.

– Un modo per farlo bene o per farlo male? E perché a volte? E quali volte?

L’uomo non rispose.

---

<sup>30</sup> Il riferimento è allo scrittore spagnolo Francisco García Hortelano (1963-2008), conosciuto con lo pseudonimo di Francisco Casavella.

L'avvocato pensò a tutte le storie che aveva ascoltato quell' uomo, inizi senza una fine, sviluppi distorti dall'angoscia. Sentì una gratitudine rotonda come una biglia, senza ammaccature né questioni in sospeso.

– Mi dica una cosa: le sciarpe le colleziona per lei o perché le persone pensano a lei quando viaggiano e gliele portano?

– Vuole portarmi una sciarpa? – disse l'uomo.

– Sì, mi piacerebbe.

– Allora fallo pure – disse.

L'avvocato rise.

– Hai un biglietto da visita o un numero di telefono?

L'uomo glielo scrisse sul retro di un sottobicchiere da birra. L'avvocato se ne andò verso la parte alta del paese. Si ricordava di un belvedere da dove si poteva vedere il profilo della costa per varie decine di chilometri. Assieme questa vista sperava di trovare anche una visione più chiara di se stesso.

Si sedette su una delle due panchine di pietra della piazza semicircolare. Il mare doveva essere agitato, anche se da quell'altezza percepiva appena le piccole increspature bianche. Non lo preoccupava il processo, sperava che assolvessero il ragazzo. Però la storia delle intercettazioni degli indù, o indiani, era diversa. Da troppo tempo ormai si manteneva distante dal punto in cui comincia il pericolo, dove non si tocca più e l'acqua è buia. Nei suoi anni di azione, una volta saltò la recinzione di un'azienda giornalistica per mettere la colla nelle serrature perché il giorno seguente ci sarebbe stato uno sciopero. Era andato, come al solito, con Amaya, sapevano che ci sarebbero stati degli agenti della sicurezza e si erano messi d'accordo per dividersi il lavoro. Lei, la più esperta, avrebbe riempito le serrature, mentre lui li sorvegliava da vicino e, se fosse stato il caso, li avrebbe distratti. Tutto procedeva più o meno bene finché non lo aggredì un cane e lui non seppe reagire. Allora vide come stratonavano Amaya. Quando riuscì a liberarsi dal cane, corse verso di loro, li arrestarono. Amaya passò due notti in commissariato perché aveva dei precedenti. Lui uscì prima. Andò a riprendere Amaya quando la rilasciarono, sembrava che stesse mordicchiando uno stelo di erba secca con l'angolo della bocca contratto in una specie di sorriso. Poco dopo, lui lasciò l'organizzazione comunista e smise anche di vederla. Forse il suo orgoglio non aveva saputo sopportare l'impotenza, il non aver saputo cosa fare. C'entravano anche il passare del tempo, l'esaurirsi degli impulsi e della temerarietà giovanili. Assieme ad Amaya c'erano degli altri compagni che proseguirono e lui se li lasciò alle spalle, si diede molte ragioni: politiche, per delle divergenze; il tempo, sentimentali, perché non ne poteva più di essere il



confidente di Amaya, suo amico e niente più. Però aveva lasciato e, come succede a volte, si era anche lasciato andare e aveva smesso di tenere le spalle e la schiena dritte.

Per tutta l'università aveva cercato di dimostrare che poteva fare l'avvocato senza stare dalla parte dei poliziotti, ma dei ladri. Suo padre era morto in un incidente stupido poco prima che lui entrasse nell'organizzazione. Quando la lasciò, piano piano, gli scarsi giorni in cui suo padre gli aveva parlato del suo lavoro cominciarono a riavvolgersi nella sua testa. Anche se suo padre non era stato uno di quegli uomini che, con orgoglio, consigliano ai loro figli di seguire i propri passi e di entrare nel corpo di polizia, non era nemmeno di quelli che si vergognavano, di quelli che si proponevano di investire ogni singolo euro che gli avanzava per cercare che i figli superassero il loro orizzonte professionale. Non si vergognava della sua professione, ma di come lo obbligavano a svolgerla. "Non voglio fare il lavoro sporco per nessuno. Non siamo qui per raccogliere la spazzatura". Tuttavia, non protestò mai, non era riuscito a trovare il modo. Brutte esperienze con il sindacato lo avevano portato a prendere le distanze dalle rivendicazioni corporative. "Un animale ferito che si fa da parte", così si era descritto suo padre. Non ferito da un'arma concreta, ma dall'esercizio quotidiano di una professione tradita. In una discussione in cui un adolescente carico di ideali rinfacciò a suo padre la rassegnazione e una certa complicità con le parti più oscure del sistema, si limitò a rispondere: "Non più", per poi aggiungere: "Dove sono quelli che si ribellano? Non ci sono. O cedono o se ne vanno".

A venticinque anni, l'avvocato cominciò a frequentare delle lezioni di karate, anche se non era bravo, nemmeno mediocre. Aveva deciso di stare da solo, voleva essere almeno capace di difendersi e di difendere gli altri non solo con le leggi, ma anche con il corpo. Poi si iscrisse a un club di tiro a segno e imparò a sparare. Lì conobbe un vigilante che era stato accusato di aver aggredito due ragazzi che erano usciti da un negozio con delle borse piene, appositamente preparate per eludere i sistemi di sicurezza. Il vigilante li aveva inseguiti e aveva lottato con loro, ma negava che quella fosse un'aggressione. L'avvocato ascoltò la storia sospettoso. Non poteva togliersi dalla testa la prepotenza, la violenza gratuita, con cui le due guardie se l'erano presa con Amaya mentre lui era impegnato a lottare con il cane. Tuttavia, ricordava anche la smorfia, quasi un sorriso, di Amaya mentre diceva loro: "Vi pagano per questo?". Lo aveva emozionato, perché suo padre non era solo l'uniforme che indossava, come molti credevano, e lei si era rivolta a loro andando oltre alla loro funzione. L'avvocato accettò di difendere il vigilante e non solo non si sentì a disagio, ma gli piacque anche. Portavano le armi, la prepotenza li caratterizzava, però non erano altro che persone normali che si guadagnavano da vivere. Sono così pochi quelli che scelgono cosa vogliono essere. E di questi, ce ne sono così pochi che possono comportarsi in modo veramente professionale, così come se l'erano immaginato prima di cominciare. Iniziarono

ad arrivarli nuovi casi. Negli uffici di collocamento, alle porte dei negozi, nelle urbanizzazioni, nei corridoi della metro c'erano delle persone che fungevano da barriera, la loro unica funzione era farsi vedere, servivano da muro di contenimento per difendere qualcosa che non era loro. E anche se a volte, quando entravano nel suo ufficio esibendo spavalderia e corpulenza, li odiava, non era così la maggior parte delle volte. Si sparse la voce. Finì per diventare l'avvocato dei buttafuori da quattro soldi. Gli altri avevano alle spalle dei servizi legali, spesso dei grandi uffici. Alla fine, la sua rete di clienti gli aveva fornito una specie di protezione informale aggiunta, e ci si era abituato.

Sebbene non approvasse l'ingenuità del ragazzo, invidiava in un certo qual modo la sua imprudenza nell'aver accettato l'offerta degli indiani. Essere in cima, su uno scivolo molto alto, e lasciarsi cadere. Fare il passo che ti porta lì dove le nostre regole del gioco non servono. Perché lo aveva fatto il ragazzo? Il debito di sua sorella non era altro che un pretesto, così come l'essersi stancato della sua azienda. Perché uno dovrebbe giocarsi la possibilità di una vita ragionevole e non stravolta dagli eventi? Pensò all'intensità del desiderio, quando tutta la prudenza scompare. Non era quello il carattere del ragazzo, però. Invece, sottoscriveva assolutamente le parole che Amaya citava spesso: "Non esiste fortezza che sia inespugnabile, né prigionia che non abbia un difetto".

Aveva voglia di fumare. Guardò l'ora e, frastornato, si rese conto che forse non sarebbe riuscito ad arrivare in tempo per prendere il treno. Uscì correndo. Si domandava se almeno gli avrebbero rimborsato una parte del biglietto. Pensava alle chiamate che doveva fare. Avrebbe potuto compromettere la difesa di uno dei suoi assistiti se non fosse riuscito a presentare in tempo il ricorso. Poteva rintracciare il procuratore? Sentiva l'aria di settembre tra le mani e sulla faccia.

## GENNAIO

Vedere ogni settimana per anni le stesse poltroncine con la tappezzeria grigia e l'intelaiatura nera, i giornalisti che aspettano ai loro posti, i fotografi ai piedi del tavolo alla ricerca di un primo piano di quel giorno. Anche se c'erano conferenze stampa migliori e peggiori, in questa seconda legislatura sembravano essere tutte difficili. Poche volte era riuscita ad avanzare delle proposte e spesso le sue azioni davano l'impressione di essere dei palliativi a dei problemi che non erano riusciti a risolvere in tempo.

La vicepresidente parlò con serenità. Non le piaceva troppo la nuova riforma della giustizia penale, ma era un ambito in cui si sentiva a suo agio viste le sue conoscenze in campo legale. Dopo, come succedeva sempre, non ci fu nessuna domanda da parte di qualcuno che

avesse letto la riforma o che avesse almeno dato retta alle parole della ministra o alle sue, cosa che, nonostante il passare gli anni, continuava a sembrarle penosa. I giornalisti si interessarono solo a quel paio di argomenti polemici che avevano tenuto impegnata la stampa per tutta la settimana. E così arrivò la domanda che sarebbe stata inevitabile quel giorno.

– Cosa ne pensa del giudizio ottenuto dal ministro della Sanità nel barometro del Centro di Ricerche Sociologiche?

La vicepresidente aveva provato la risposta pochi minuti prima.

– È ammirevole che qualcuno che si è appena unito all'esecutivo si sia guadagnato la fiducia dei cittadini. Ed è un lusso per questo governo poter contare su persone come lui tra i suoi membri.

Tutti sapevano che il ministro della Sanità le aveva soffiato il titolo di membro più apprezzato dell'esecutivo. Tutti aspettavano una sua reazione e forse un'incrinatura, una smorfia inattesa o un'ironia mal calcolata. Non successe niente di tutto ciò, aveva abbastanza esperienza e, inoltre, forse la perdita del primo posto l'aveva turbata meno di quanto si aspettasse.

– allora, non ti ha fatto l'effetto di un pugno nello stomaco? – immaginava che le chiedesse la freccetta.

– Ovviamente sì. Ha ferito la mia vanità. Mi ha dato fastidio.

– cos'è che ti dà fastidio?

– Il ministro è così malleabile. Dicono che l'intelligenza consiste nell'adattarsi con flessibilità alle situazioni. Quel merito, tuttavia, in certe situazioni diventa un demerito, anche se non sembra.

– il ministro è anche più giovane di te.

– Di dieci anni, sì. Ma non è la sua giovinezza che mi ha battuto, ma la sua rapidità ad adattarsi. Lui ha... come dire, automatizzato il meccanismo e questo gli permette di essere veloce. Tuttavia, tutto ha un prezzo. "Il contrario di parlare non è ascoltare, è aspettare", lui fa così. La cosa preoccupante è che finisce per sembrare un merito, sembra che tu non abbia bisogno di sapere altro.

– e, nonostante questo, dici che la notizia ti ha turbata meno di quanto ti aspettassi.

– Lo penso davvero, ma non lo dirò in pubblico, non mi crederebbero.

– perché lo pensi?

– Ho perso questa gara da tempo. Un'altra cosa è che qualcuno, compresa qualche versione di me stessa, se ne renda conto adesso. D'altra parte, smettere di essere i favoriti è un sollievo. I rivali smettono di preoccuparsi tanto di te, così puoi sorprenderli in un secondo momento.

– potresti essere più esplicita?

– Ora no.

La ministra della Giustizia, che l'aveva accompagnata nella conferenza stampa, le stava dicendo qualcosa. Un trenta per cento dell'attenzione della vicepresidente rimase concentrato sulle sue parole, il restante settanta per cento si domandava a cosa pensasse la ministra quando non faceva la ministra. Forse non c'è un solo momento in cui questo le succede. I giovani fortunati credono che riusciranno sempre a far quadrare il cerchio. Ma è più avanti che i pezzetti che non si sono incastrati ti si presentano davanti, con gli occhi di un cane randagio, e poi ti mordono.

All'imbrunire, già a casa, lesse quello che la freccetta le diceva:

- non mi è piaciuto il tuo intervento di oggi.

Taci, ho già parlato con te questa mattina, volle rispondergli. Ma pensò: lei si muove anche se io non la muovo, non è una mia invenzione.

– Era un atto convenzionale, irrilevante – scrisse -. Nessuno si aspettava che dicessi niente.

– io sì.

– Tu? E chi sei tu? Non hai nemmeno il coraggio di dirmelo. Immagino che tu sia uno di quelli delusi dal partito socialista, uno di quelli che pensa che avremmo potuto far diventare la Spagna una repubblica delle banane non allineata, fuori dall'Unione Europea. Vi abbiamo tradito, dite? Ma chi abbiamo tradito? Non ti ricordi la frase di González? “La gente votava no alla NATO sperando che vincessero il sì”. È lo stesso per tutto: si sono astenuti dal voto a favore della Costituzione Europea, però volevano che venisse approvata, desiderano vivere in un paese moderno, che funziona.

– hai parlato con queste persone?

– Io devo discutere solo con i dieci milioni di persone che votano per il PP. E in questo non mi sei d'aiuto.

– posso farlo, se vuoi.

La vicepresidente lasciò il mouse e si alzò. La convinzione sempre più forte che la sua carriera stava giungendo ad una strada senza uscita le pesava. Vale di più una rinuncia al momento giusto che rovinare l'intera traiettoria proprio alla fine. La vicepresidente contemplò con estraneità quegli anni in cui nulla l'avrebbe spinta ad alzarsi, incontrare personalità importanti, sorridere e ridere davanti alle telecamere. Rinunciare al termine della legislatura, accettare un lavoro in secondo piano. La politica era l'organizzazione della vita. Lei aveva qualcosa da dire rispetto a quella organizzazione, voleva che continuassero a tenerla in considerazione. Vide con tristezza le vite fantasma degli altri: ci sono lì venti corpi, e arriva chi ha

il potere per farlo e dice: tu, tu e tu, c'è posto solo per tre, gli altri sono fantasmi. Lei lavorava per far sì che aumentasse il numero delle persone tenute in considerazione, non dei fantasmi. E nutriva dei ragionevoli dubbi che quelli che sarebbero venuti dopo di lei avrebbero voluto fare lo stesso. Girò la testa in senso orario e poi di nuovo in senso contrario. Doveva fare questo esercizio e altri ancora perché aveva le vertebre cervicali anchilosate. Solamente i pazzi compiono il loro destino. Tornò al computer.

– Dimmi che cos'hai? – digitò lentamente la vicepresidente.

– trenta casi di residenze per anziani che usano i fondi della legge di dipendenza<sup>31</sup> in modo fraudolento.

– In che comunità?

– tre del PP e due del PSOE.

– Cosa fanno esattamente?

– fanno figurare anziani, stanze e posti che non esistono. Licenziano anche i dipendenti e affidano il servizio ad aziende che si intascano più della metà del denaro che gli spetta senza i documenti di gara né bandi.

– Ma che prove hai che questi posti non esistono? Sei stato lì? Hai fatto delle foto? Nemmeno io dispongo dei mezzi per fare in modo che altri ispezionino quei centri e si dà il caso che tu ce li abbia? Puoi dimostrare la frode di queste aziende?

– la gente è distratta. ho lettere, liste di nomi di morti, richieste di un posto rifiutate con la data. ho anche gli stipendi che guadagnano le donne assunte e il denaro che ricevono le aziende. non serve inviare un ispettore, basta contare con le dita.

– Va bene.

– cos'è che va bene?

– Ho capito, vuoi che te lo chieda.

- ...

- Saresti così gentile da farmi avere quei documenti?

– ogni tuo desiderio è un ordine. a presto.

Tutto rimaneva uguale sullo schermo. Il cursore pulsava sulla pagina e tuttavia, se la freccetta diceva la verità, la vicepresidente era rimasta sola. È un suicidio politico. Dietro a quella freccetta c'è qualcuno che vuole farmi fuori. Abbandonò il computer e si diresse verso il divano fabbricato in Danimarca. Un capriccio. Ne aveva qualcuno. Sapeva che erano oggetto di scherno da quelli di destri, e anche da quelli di sinistra. Amava il piacere. Le piacevano il tessuto del sofà, i

---

<sup>31</sup> Si riferisce alla legge 39/2006 del 14 dicembre, meglio conosciuta come “legge di dipendenza”, che regola i servizi e le prestazioni erogati dallo stato a favore di persone in situazione di dipendenza.

colori, la forma e le piaceva guardarli o distenderci sopra il suo corpo. Se avesse dovuto privarsene, lo avrebbe fatto. Però aveva denaro a sufficienza. Si era preoccupata di mantenersi al di sopra di un certo livello di entrate. Non si abbandonava neanche a lussi smodati. Passare la mano e sentire un tessuto che non produce elettricità statica, che non è né appiccicoso, né troppo morbido. Si distese su un fianco, la guancia sulle sue due mani e queste sul divano.

La vicepresidente vide una fabbrica malandata con delle lavoratrici mature, grasse da non potersi muovere, i volti appesantiti con degli occhi che ormai non riescono a distinguere il filo sotto la macchina da cucire. Hanno fatto loro questa tela. No, in Danimarca le fabbriche non sono così. Non posso pensare a tutto. Vide allora una fila di abeti su un pendio vicino al mare. E sentì delle voci, cantavano: “Sollevati, indole mia, dalla spaccatura; sali, peccato mio, dal ventre della terra, oh spiritello, da sotto al pioppo”. Un giorno avrebbe portato quella musica in ufficio, Hedningarna. Carmen l'avrebbe capita.

Al lavoro preferiva non parlare delle cose che le piacevano veramente. Aveva costruito una zona intermedia, un falso cuscinetto di melodie, romanzi, paesaggi che le piacevano, ma non abbastanza da farla emozionare. Gli altri libri, l'altra musica, i luoghi in cui si rifugiava, non li aveva detti a nessuno. Erano il suo privato, il posto in cui rimanere sola o in compagnia di qualcuno di diverso, non avrebbe voluto ritrovarsi lì con una moltitudine di persone, proprio come non avrebbe mai raccontato delle passeggiate con suo padre in riva al mare. Tuttavia, immaginò un momento rubato a quella voragine: nel suo ufficio da sola con Carmen, senza telefoni, con il mondo in pausa, le avrebbe detto: “Ascolta questo” e le avrebbe tradotto il testo: “Quando mi metterò a cantare il mio incantesimo, trasformerò i mari...”. Carmen era forte come lei, o forse di più: gli occhi duri; il coraggio di rischiare di perdere la stima o il saluto degli altri; l'arte di preparare una batteria non solo di risposte a parole, ma anche di azioni concrete e di alleati che le avrebbero messe in pratica, che avrebbero rispettato i patti e che, quando poi avessero chiesto qualcosa in cambio, lei avrebbe dato loro quello che chiedevano senza cedere nemmeno di un palmo. “Quando mi metterò a cantare il mio incantesimo...”. No, non posso portare questa musica alla Moncloa, Carmen, perché fa parte delle mie debolezze e non posso permettermi di fartele conoscere, no, nemmeno a te. “Calmati, cavallo dal crine spumoso, tranquillizzati e procedi al passo. Resisti e non stancarti, rimani sveglio e attivo fino all'alba”.

OTTOBRE DELL'ANNO PRECEDENTE

Quando l'avvocato vide che il ragazzo lo evitava, che non aveva modo di incontrarsi con lui nemmeno un momento, decise di usare la richiesta di Amaya. Il ragazzo non accettava di essere aiutato, però, forse avrebbe accettato di aiutare qualcuno. Dei suoi anni di comunismo

organizzato gli era rimasta una predisposizione alla guerriglia, a non lottare in spazi aperti e a mantenere il campo base nascosto, cose non dette, come chi conosce una lingua straniera e finge di non parlarla, di non capire. Per questo non volle raccontare al ragazzo, né a nessun altro, che in tutti quegli anni non aveva mai smesso, nemmeno per una settimana, di hackerare. In quel momento, non aver detto nulla delle sue abilità informatiche gli era tornato utile e poté dire al ragazzo di aver bisogno di lui per aiutare Amaya.

Per prima cosa andarono a caccia. Oltre alle reti Wi-Fi aperte che trovavano di tanto in tanto, con due buone antenne i computer individuavano dall'auto le connessioni wireless protette con chiave WEP, lanciavano un attacco e in meno di un'ora riuscivano ad ottenere la password. Avevano due portatili con gli indirizzi MAC modificati. Alle dieci di sera, avevano password a sufficienza e cominciarono a lavorare. Si connettevano ad una rete Wi-Fi per un'ora e poi passavano ad un'altra. L'IP da cui era stato creato l'account di Facebook e da cui erano state pubblicate le foto modificate appartenevano, secondo quanto verificarono, ad un bar con Wi-Fi vicino al domicilio dell'uomo della banca. Quando ottennero l'IP di casa sua, il ragazzo parlò con una botnet per sapere se era controllato da loro.

– Quanti soldi vorranno per questo?

– Non si prendono soldi dagli amici. Si chiedono loro le cose per favore e basta.

Aspettarono qualche minuto finché il ragazzo ricevette il messaggio:

- Ce l'hanno. Senti, sono molto stanco. Ti passo l'IP e il kit, me ne vado a casa. Puoi farlo senza di me, vedo che sei abbastanza aggiornato.

– Ti accompagno, continuiamo un altro giorno.

– No, no. Conviene farlo subito. Tu rimani, io sto qui vicino. La tua amica ti ringrazierà.

– Ti accompagno, sono stanco anch'io.

L'avvocato guidò in silenzio. Temeva di mettere troppa pressione sul ragazzo, di allontanarlo o spezzarlo. Si ricordò della ragazza della metro con il cucciolo tra le mani, così fragile, una pressione eccessiva lo avrebbe ucciso senza che nessuno se ne accorgesse. Devo pensare ad una soluzione. Devo offrirgli una via d'uscita e soltanto la mia disponibilità ad aiutarlo. Notò che il ragazzo guardava attorno a sé e poi verso l'alto, verso il suo appartamento, come se avesse paura di trovare la luce accesa.

- Ti chiamo domani e ti racconto – disse l'avvocato.

– Va bene.

Il ragazzo uscì dalla Mini.

– Senti! Non vuoi...

Non lo lasciò finire.

– Non ho bisogno di niente, dammi retta, per favore.

Abbastanza magro, non troppo alto, con la maglietta rossa che gli sporgeva da sotto al maglione, avrebbe potuto avere dieci anni di meno. In realtà, di spalle era identico a quando lo aveva conosciuto la prima volta, gli sembrò anche di riconoscere quel maglione con un numero stampato sulla schiena. Aspettò che entrasse. Poi tornò nella strada delle reti Wi-Fi, c'era pochissimo traffico, qualche taxi vuoto, qualche auto troppo veloce, le luci rosse dei freni che si allontanavano.

Trovò subito un posto per parcheggiare. La via era illuminata di una luce bianca, la preferita dai vigilanti; la luce gialla non permetteva di distinguere bene i contorni e, oltre a rendere le registrazioni poco nitide, dava un'impressione di abbandono. Compresse che lui si sarebbe trovato meglio sotto ad una di quelle luci, scelta che probabilmente lo metteva sullo stesso piano dei malfattori. La sua vecchia Mini verde bottiglia in quel momento era una stanza, un luogo connesso tra milioni di altri. Digitò l'IP e lanciò l'applicazione. Si meravigliò per la rapidità. Aveva già accesso al sistema. Il kit del ragazzo conteneva uno strumento che si sarebbe autodistrutto entro un paio d'ore per non lasciare tracce. Entrare nei computer personali non era qualcosa che faceva di solito, ma aveva bisogno di verificare l'identità del soggetto e decise di curiosare un po'. Passò a rassegna i file e ne aprì uno, un'immagine. Lo sorprese trovare una fotografia della vicepresidente del governo. Oltretutto, non sembrava nemmeno una foto di nessun evento ufficiale. La vicepresidente indossava dei pantaloni, forse di velluto, blu navy, un maglione grosso, color crema, e delle scarpe da ginnastica. Sullo sfondo c'erano delle montagne, appena coperte di neve. Un'ombra e un rumore lo fecero trasalire, chiuse di colpo l'immagine. Un adolescente con lo skate gli scivolò accanto, erano le due del mattino.

Il codice malevolo che aveva introdotto attraverso l'exploit sarebbe entrato in funzione quando avesse rilevato la connessione del computer, in un momento di attività molto bassa o nulla. In uno di quei momenti, il codice avrebbe visitato la pagina di un forum in cui aveva lasciato delle istruzioni. Una volta eseguite, i dati ottenuti sarebbero passati ad un'altra pagina del forum. L'avvocato avrebbe ricevuto un avviso, scaricato le informazioni e ne avrebbe depositate di nuove nel forum. Spense il computer: notava gli effetti dell'adrenalina, si sentiva vivo mettendosi in pericolo, nonostante la paura. A quel punto aveva una porta segreta aperta nel computer che aveva attaccato.

Tornò a casa. Il ritrovamento aveva cambiato il suo umore. C'erano ancora dei posti nascosti, dei cunicoli collegati tra loro. Mentre canticchiava una canzone, si propose di vedere il quadro generale: il tetto della sua Mini verde bottiglia come una pedina solitaria che avanza per la carreggiata, le altre pedine quiete ai due lati; dentro alla vecchia Mini, il mormorio del motore e



della sua voce che canticchia e svanisce, o forse no, forse il suo stesso telefono hackerato, sotto controllo, fa le veci di un microfono rimandando quel canto allegro e stonato a qualche circuito di telefoni ombra, come quelli che gestisce il ragazzo. E qualcuno prima o poi ascolta la registrazione, e forse allora anche quella persona ne canticchierà il ritornello, “fish swim, birds fly, lovers go, by and by...”, in una sincronia non autorizzata.

## GENNAIO

La vicepresidente, pensierosa, reclinava la testa sul vetro oscurato dell'auto ufficiale. Si dirigeva a casa di una persona che era stata uno dei personaggi chiave nella traiettoria del partito socialista. Luciano Gómez Rubio, quindici anni più vecchio di lei, aveva scritto parte della risoluzione a cui si oppose Felipe a fine anni settanta, nel 28° Congresso del partito. Proprio in opposizione a questa risoluzione, cominciò a svilupparsi l'abbandono del marxismo. Sebbene la risoluzione ottenne una vittoria numerica, fu di fatto sconfitta dalla ritirata dello stesso Felipe. “Il PSOE – diceva tra sé e sé – riafferma il suo carattere di partito di classe, delle masse, marxista, democratico e federale”. Il fatto che più del sessanta per cento dei delegati avesse votato a favore di quelle idee indusse Felipe González a decidere di non ripresentarsi alla rielezione in un nuovo esecutivo: “Bisogna essere socialisti prima di essere marxisti”, affermò in apertura. Il risultato ormai era storia, un congresso straordinario dove le tesi di González ottennero una vittoria schiacciante. Luciano si dimise dal suo incarico e scelse il silenzio. Anche se pochi se ne ricordavano, l'attuale presidente, a quei tempi, era stato a fianco di quell'uomo e, forse per giustizia poetica, gli aveva affidato degli incarichi di consulenza, anche se minimi, su questioni relative al ministero del Lavoro. La vicepresidente lo conobbe così e nacque tra loro una amicizia politica.

La vicepresidente temeva di essere stata precipitosa ad averlo chiamato, però allo stesso tempo era contenta di averlo fatto, del resto non immaginava un interlocutore migliore per il suo caso. La sua relazione con la freccetta era diventata assidua. Grazie ai documenti sulle residenze per anziani, il progetto di creare una commissione che indagasse sull'uso dei fondi della legge di dipendenza era stato portato avanti senza intoppi. Da allora la freccetta le aveva fornito vari documenti, a volte poco significativi, ma sempre utili. Con quelli la vicepresidente anticipò l'opposizione nel dibattito parlamentare, soppresse la stampa e agì con audacia di fronte ai conflitti tra i diversi ministeri. Fino ad allora, la freccetta non le aveva chiesto nulla in cambio. Aveva formulato delle critiche al suo lavoro, insinuazioni rispetto all'insufficienza del suo operato, ma non aveva suggerito nessuna rotta politica.

Aprì la porta Julia Martín, la moglie di Luciano, una ricercatrice conosciuta nel suo campo, la fisica dei solidi. Julia aveva occupato un posto rilevante al ministero dell'educazione durante i primi anni del governo del PSOE e fu una delle poche alte cariche che si dimise quando il PSOE annunciò la sua intenzione di fare campagna a favore della permanenza della Spagna nella NATO, andando contro al suo stesso programma. Julia si sentiva un po' a disagio davanti a lei, sapeva far ridere anche i sassi e sembrava una specie di formica atomica quando si spostava da un posto all'altro con il suo casco da motociclista e i suoi quasi sessant'anni. L'accompagnò in salotto e la salutò, con il suo casco nero infilato al braccio, aveva delle commissioni da sbrigare.

L'abbondanza di libri su tutte le pareti faceva sembrare il salotto più piccolo di quello che già era. La vicepresidente avrebbe preferito parlare con Luciano a casa sua o nel suo ufficio, però accettava la regola che è chi chiede aiuto a doversi spostare. Le sembrava significativo anche il fatto di parlare in un posto con dei mobili di scarso valore e carenza di spazio, dove non c'era ostentazione di modestia, ma solo trent'anni senza entrate straordinarie e di attività e preoccupazioni di ogni genere. Per alcuni istanti paragonò le sue incursioni immobiliari con quello che quella casa dimostrava. Scosse poi la testa, come per ricacciare indietro quel conato di coscienza.

Si guardò la mano, distesa sul bracciolo della poltrona a orecchioni, le unghie curate ma senza smalto, come le aveva sempre tenute. Luciano si stava preparando la pipa e sembrava non avere fretta. La crisi economica era comparsa su tutte le prime pagine dei giornali e in tutti gli argomenti di conversazione, forse Luciano si aspettava una domanda su questo tema. Sicuramente non su una freccetta che parla con me.

– Luciano, c'è un intruso nel mio computer, quello personale, privato. Non è un virus né niente del genere, ma qualcuno che mi parla. So che non sei tu, ovviamente, però a volte ho addirittura pensato che potessi esserlo. Per le cose che dice.

– Perbacco, e cosa dice, o dico?

– Mi sono spiegata male. In realtà non dice molto. Però, non so, intuisco che, se mi desse le sue opinioni più spesso, assomiglierebbero molto alle tue.

Con la pipa, Luciano Gómez le ricordava un Simenon meno corpulento. Gli anni, poi, lo avevano rimpicciolito. Anche lei, del resto.

– Ma quindi, cosa fa esattamente questo intruso? Ti scrive mail?

– È dentro al mio computer ed ha accesso a tutto quello che faccio quando mi connetto e...già lo so, avrei dovuto dirlo subito ai responsabili della sicurezza informatica del governo. E invece lo sto dicendo a te.

Luciano la guardò con un'espressione divertita.

– E quindi hai nel tuo computer uno di quei ragazzini hacker. E sembra che ti stia anche simpatico.

Il fumo della pipa si avvolgeva verso la cima delle mensole. C'era un tepore gradevole nella stanza. La vicepresidente fu contenta di essersi cambiata prima di andare lì. Si sentiva a suo agio con quegli indumenti e presto si tolse le scarpe per appoggiare i piedi sulla seduta e reclinarsi di lato, con la testa appoggiata alla sponda laterale della poltrona.

– Non ti ho detto tutto. Mi manda documenti. Accuratamente selezionati. Niente di top secret, però non sono nemmeno cose che può ottenere un adolescente qualsiasi. O forse sì; ad ogni modo, se gli è venuto in mente di andarli a cercare e propormeli deve esserci dietro una mente politica.

– Che genere di documenti?

– Diciamo che sono ambigui. Niente di illegale, ovviamente, non si tratta di ricatto né di spionaggio spicciolo. In teoria, chiunque dovrebbe poterci accedere. Però, la verità è che non tutti possono. E io li ho usati.

– Julia...

- Vabbè, non voglio neanche esagerare. Non li ho utilizzati per denunciare niente, non ho divulgato nemmeno un accenno di notizia alla stampa. Diciamo che mi sono serviti per discutere, per argomentare meglio.

– È una bomba ad orologeria.

– Potrebbe essere, lo so.

Julia tacque. Non si era mai azzardata a chiedere a Luciano di quel congresso decisivo, di quel momento, molti anni prima, in cui il partito socialista avrebbe potuto mantenersi fermo sulla volontà di cambiare. Lui evitava l'argomento, lo aveva notato in diverse situazioni, però questa volta aveva davvero bisogno di sentire la sua versione:

- Parlami di quel congresso, Luciano – disse e lo guardò negli occhi a lungo, senza durezza, ma senza battere ciglio.

Luciano sospirò.

– Il congresso straordinario, in cui Felipe González, e il partito con lui, abbandonò il marxismo.

– No, quello prima, il ventottesimo congresso. Quando avete vinto.

– Spero bene che non lo racconterai al tuo intruso.

– Per favore...

- Tutti vogliono che racconti questa storia, si dimenticano che faccio ancora parte del partito e del sindacato. Non me ne sono mai andato. - Il volto allungato di Luciano uscì dall'ombra.

- Il fatto di non avere la tessera del partito non mi impedisce di comprendere il tuo senso della lealtà. Guarda dove sono arrivata. L'abbiamo fatto noi, nel bene e nel male. Ci siamo sporcati le mani. Non farò finta che sia possibile stare dentro e fuori dal giro contemporaneamente.

- Ma non c'è nulla da raccontare. Dici che abbiamo vinto: "Un'altra vittoria come questa e tornerò ad Epiro da solo", quanto volte ci hanno ripetuto questa frase. La nostra fu la vittoria più pirrica che si ricorda dopo quella dello stesso re Pirro. Che differenza fa vincere con il sessantadue per cento, se poi quegli stessi che avevano votato a sostegno della nostra linea politica acclamarono Felipe, che se ne andava perché si trovava in disaccordo?

- Avreste potuto presentare un'altra candidatura. Non mi riferisco al congresso straordinario che ci fu dopo ma a quello stesso, anche se Felipe se n'era andato.

- Ricorda che se ne andò tra le lacrime di quelli che avevano criticato il suo eccesso di moderazione e la sua apparente svolta socialdemocratica. Ci furono molte lacrime a quel congresso.

- Il fatto è che non l'avete presentata. Credo che avreste vinto.

- Alfonso Guerra aveva dato indicazioni di astenersi ad un buon numero di delegati qualora avessimo deciso di farlo. Avremmo ottenuto, tutt'al più, un appoggio del trenta per cento e così non si può formare un esecutivo.

- Tuttavia, la commissione che fu incaricata di organizzare il congresso straordinario non era imparziale. Il suo intervento fu decisivo. Non dovrei dirlo, anche se, dopotutto, è una cosa risaputa. Con una commissione diversa, i delegati e i voti sarebbero stati distribuiti in modo diverso.

- C'erano poche probabilità.

- Non credo che sia stato per quello - disse Julia -. Dovevate rispondere ai centomila militanti, c'erano pressioni esterne, i fondi, gli attacchi da parte di El País. Vi aspettava una sconfitta esilarante, lo smembramento del partito, il disastro. Ma non siete riusciti a fare un tentativo. Se vi foste lanciati...

- ...da un burrone. Forse. L'ho pensato per i primi anni. Non lo faccio più da tempo.

Luciano guardò la vicepresidente e poi i suoi occhi si allontanarono, tranquilli, oltre la muraglia di libri che li circondavano. La vicepresidente pensava ad un manifesto che le aveva inviato suo nipote Max:

“Siamo i figli dell’elettrone. Il nostro tempo non si misura in giorni né in ore, ma negli irraggiungibili lampi della luce. [...] Potete comprare volontà, influenze, favori e privilegi, ma noi vi seguiremo nell’ombra. E quando meno ve lo aspetterete...saremo già dentro.” Magari potessi essere leggera e volatile come un elettrone.

– Non ti ho detto la verità – disse Luciano -. Sono passati trent’anni e ci penso tutti i giorni. Se avessimo continuato...ci siamo ritirati. E da allora continuiamo sulla stessa linea.

– Anche il PCE si ritirò, erano tempi confusi. Tuttavia, ora...

- Ora? Ora non rimane niente.

La vicepresidente non rispose. Forse voleva crederci. Al giorno per giorno, a provare a metterlo in pratica. Non è molto? Non è tutto? Se mettesse per iscritto su una lavagna quello che lei e la sua squadra facevano in una settimana, risulterebbe completamente coperta dalle numerose questioni che avevano affrontato. Nessuno poteva rimproverare loro nemmeno un momento di trascuratezza. Ma, a volte, guardo alla mia storia e credo, con violenta ingenuità, con disperazione e con un’energia che non so nemmeno io di avere, credo che non sia tutto già scritto, che potrei prendere la rincorsa e dar inizio a qualcosa di non pianificato.

– Si sta bene qui – disse poco dopo la vicepresidente-. Tra i tuoi sessanta e tanti e i miei cinquantatré anni, in questa stanza, siamo solo due pre-anziani. E due pre-anziani mi sembrano molto più capaci di fare qualsiasi cosa rispetto ad una vicepresidente e ad un consulente del ministero del lavoro.

– Ti illudi.

– Forse. Tuttavia, quando esco, quando parlo e so che non sto parlando solo per me, quando incarno l’istituzione e in quanto tale mi ascoltano e mi trattano in un certo modo, ho sempre la stessa impressione: come se mi lasciassero proiettare lontano, ma solo entro un certo limite, una linea che non può deviare, né guardare in altre direzioni.

– Bene, come pre-anziani in prepensionamento, e chiariamo che tu non lo sei per niente, potremmo guardare in tutte le direzioni, ma non avremmo nemmeno di un paio di metri.

– La freccetta che sta nel mio computer qualche passo l’ha fatto.

– Non parlerai seriamente? Julia, sai meglio di chiunque altro che questa storia è una follia. Mi vengono in mente almeno cento persone con tanto di nome e cognome che potrebbero avverti teso una trappola.

– Sì, ma considera il metodo. Anch’io ho pensato a persone che avrebbero voluto farlo. Ma avrebbero saputo come farlo? No. Avrebbero dovuto incaricare qualcuno. E in quel caso, l’incaricato sarebbe stato solo un esperto di informatica, non mi avrebbe parlato.

– Ci sono abbastanza giornalisti e politici che sanno come entrare in un computer.

– Qualcuno ci sarà. Tuttavia, la freccetta mi ha dato dei documenti che potrebbero compromettere anche lei.

– Lo dirai al presidente?

– Per il momento no. – La vicepresidente distese le gambe e tornò a sedersi con la schiena dritta. Sono una Cenerentola al contrario. Suona mezzogiorno e devo abbandonare i miei piedi scalzi e la mia poltrona per tornare ai vestiti eleganti e alla fredda carrozza -. Ti ho portato alcuni documenti e le conversazioni che abbiamo avuto. Ti chiedo di studiarli.

La vicepresidente aprì la valigetta e gli consegnò i fogli. Lui li prese dicendo:

- Ma io non so nulla di informatica.

– Non importa. Voglio che tu mi dica che tipo di mente pensi che ci sia dietro a queste carte. E cosa credi che stia cercando.

La vicepresidente si alzò. Avrebbe voluto rimanere lì, aspettare che arrivasse Julia, cenare con loro e parlare del presente come di un sasso lanciato contro il muro. Ma non poteva, non aveva tempo: il muro doveva sorreggerlo.

#### NOVEMBRE DELL'ANNO PRECEDENTE

In quel tratto, il Paseo de la Castellana sembrava un'autostrada nel mezzo della città. L'avvocato attraversò le otto corsie e continuò a camminare per un quartiere benestante. Anche se l'autunno era cominciato da un po', dai giardini proveniva un odore d'estate e di piante appena annaffiate. Trovò un bar discreto, vagamente inquietante. Il cartello che diceva che c'era il Wi-Fi era un foglio bianco plastificato e incollato sul vetro. Dentro c'erano appena tre tavoli e il bancone. Il suo corpo, un po' troppo largo, messo di profilo riempiva quasi tutto lo spazio tra il bancone e il muro. Un cameriere solo serviva una coppia di anziani. Visto che si trattava di un locale piccolo, non c'era modo di proteggere del tutto lo schermo da sguardi indiscreti. Indeciso, l'avvocato si guardava attorno, quando il cameriere si rivolse a lui:

- Vuole connettersi?

L'avvocato annuì.

Il cameriere uscì dal bancone e si diresse in fondo al bar. Dietro una porta socchiusa si intravedeva un bagliore arancione. Dall'altra parte c'era un'altra stanza un po' più grande con diversi tavoli e poca luce. Due ragazzi giocavano davanti allo stesso monitor e, in un angolo, una ragazza sola digitava sulla tastiera.

– La password di oggi è quarantanove ossi. “49” in numero, “ossi” in minuscolo e tutto attaccato. Cosa prende?

– Acqua naturale – disse l'avvocato.

Scelse uno dei due tavoli sul fondo e accese il portatile. Nel giro di mezz'ora i due ragazzi se ne andarono. La ragazza che era lì da sola aveva le cuffiette alle orecchie e un video in riproduzione sullo schermo. L'avvocato si concentrò sul suo compito. Il suo mondo di guardie gli aveva confermato l'indirizzo reale della vicepresidente e qualche altro dato che, messo a confronto con i file del computer, non lasciava spazio a dubbi: aveva accesso al computer personale della vicepresidente. L'IP che aveva digitato il ragazzo non era quello del tizio della banca di Amaya. Aveva confuso un numero ed entrambi vivevano nella stessa zona. Come poteva essere che il computer di un'alta carica fosse vittima di una botnet? Fece delle verifiche sulla sicurezza informatica delle alte cariche. Si dava il caso che con le persone sotto scorta anche su internet succedesse lo stesso che nella vita reale. In qualche momento, queste modificavano gli orari, dissimulavano, cercavano di ricavarci, in qualche modo, del tempo per loro, un momento di privacy. Così, c'erano ministri che ricorrevano al computer di un familiare, a uno vecchio e c'era anche chi, secondo quanto scoprì, usava la rete del vicino per navigare senza sentirsi controllato dai responsabili della sicurezza elettronica dei servizi di intelligence.

Chiuse il portatile e chiamò il ragazzo da una cabina. L'ultima volta gli aveva passato un foglietto con alcune frasi in codice da usare nel caso in cui avessero dovuto vedersi.

– Ciao. È un buon momento?

– Ciao. No, non molto. Mi hai svegliato. – rispose il ragazzo.

– Mi dispiace. Allora ti chiamo domani? Alle nove e mezza?

– Sì, va bene. Buonanotte.

In teoria, se l'avvocato aveva capito bene la scrittura del ragazzo, significava che si sarebbero visti entro venti minuti. Lui doveva aspettarlo in un bar che avevano già concordato. Sì, il ragazzo era lì, vicino alla porta, le mani nelle tasche, il naso aquilino rivolto verso il basso.

– Meglio se camminiamo – gli disse invece di salutarlo.

– Ho trovato qualcosa, per caso. È abbastanza interessante – disse l'avvocato.

– Qualcosa come cosa?

– Qualcosa come il computer personale della vicepresidente del governo.

– Sei sicuro?

– L'ho verificato.

– Immagino che sarà stata una falla temporanea, non credo che ci potrai tornare.

– Posso. Il trojan introdotto dai tuoi amici della botnet in effetti era efficace.

– Hai parlato di nuovo con loro? Come li hai localizzati?

– Non l'ho fatto: sei stato tu a digitare male l'IP che ti avevo chiesto.

– E che mi dici di quel figlio di puttana della banca?

– Niente, per il momento – disse l'avvocato.

– Cazzo, ti lascio da solo un momento e ti metti a giocare con gli IP della gente.

– Non è solo un gioco. Ci ho pensato...ho pensato che poteva esserci utile. Senti, c'è un posto che vorrei mostrarti. Ci vogliono venti minuti in macchina. Andiamo?

Il ragazzo non disse di no e, quando arrivarono alla Mini, entrò con naturalezza. Rimasero in silenzio fino al Cerro de los Ángeles. Quando uscirono dalla macchina, il ragazzo disse:

- Hai detto computer personale, è impossibile che sia tanto imprudente da tenere documenti di alto interesse nel computer del lavoro, figuriamoci in quello personale.

– Infatti, non ci ho trovato niente di lavoro.

– E come fai a sapere che è suo?

– Sono due giorni che lo esploro dall'interno. So anche che l'IP corrisponde al suo indirizzo reale. Casa sua sta a tre isolati dal bar con la connessione Wi-Fi che aveva usato il tizio della banca, la stessa sottorete.

– Ok, hai il suo computer personale, quindi?

– È un'opportunità.

– Un'opportunità di cosa? Il potere non ce l'hanno i vicepresidenti, né i presidenti. Quelli che hanno commissionato le intercettazioni, ecco, loro hanno potere.

– Se hanno tutto questo potere...perché ne hanno bisogno?

– Non ho detto che ce l'abbiano tutto. Ad ogni modo, sono convinto che potrebbero ottenere quelle stesse informazioni facendo delle pressioni, solo che preferiscono pagare invece di chiedere favori.

– Che tipo di informazioni sono? Lo sai?

– No; so solo che la maggior parte dei telefoni si ricollega alla banca. I politici lavorano per lei.

– A volte, mica sempre.

– Vuoi davvero contare quante volte? Ne saresti deluso.

– Per favore, figliolo, lo so, non mi parlare come se avessi vent'anni più di me. E ora, dimmi che non ti incuriosisce.

– Va bene, mi incuriosisce.

Imbruniva. C'erano delle altre auto parcheggiate, coppie sparse in giro, bambini che gridavano e diverse auto che se ne andavano. Lui e il ragazzo erano gli unici che ancora camminavano su quel pezzo di strada in direzione della terrazza panoramica. Al centro della piattaforma rettangolare, sul primo gradino di alcune scale più piccole coronate da un gruppo di statue, cinque ragazzini chiacchieravano e fumavano. Un po' più in alto, sulla destra, un uomo



solo guardava l'orizzonte, i gomiti conficcati nelle ginocchia, le mani che gli sorreggevano il volto. Passarono al largo e andarono ad affacciarsi al muro di pietra. Un ultimo bagliore rosso si nascose, la macchia scura della pineta copriva la collina. Più in basso, fin dove arrivava la vista, la città era il pubblico visto dal palcoscenico di una sala concerti, fiammelle di accendini e luci dei cellulari, fuochi e fumo.

– Non è niente male – disse il ragazzo -. Vieni spesso?

– Prima sì. Troppe volte. A quindici anni questa vista ti insinua nella mente dei deliri di grandezza, e poi è difficile farli andar via.

– Che deliri?

– Vedere tutto, conoscere tutto. E controllare quasi tutto.

– E non ti faceva girare la testa? Non ti veniva da vomitare? Non perdevi la testa? Controllare tutto. Io non controllo nemmeno il mio stato d'animo.

– Non esageriamo – disse l'avvocato.

Dietro di loro passarono gli adolescenti, in ritirata. Poi l'uomo solo scese le scale e si allontanò. Rimasero loro due sulla piattaforma di pietra. Al buio, nella foschia, Madrid tremolava ai loro piedi.

– Potremmo contattarla e, a tempo debito, parlarle della tua situazione – disse l'avvocato.

Una raffica di vento intemperante spazzò la nuca delle due figure appoggiate al muro.

Il ragazzo parlò lentamente, come se un freddo venuto da lontano gli impedisse di muovere bene la mandibola, come se battesse i denti.

– Avvicinati a lei, se vuoi. Io lo farei. Però non parlarle di me. Dovrai fare moltissima attenzione a non spaventarla, applicare di nuovo l'ingegneria inversa, sai, verificare com'è fatto e come funziona qualcosa che tutti vedono per arrivare a comprenderlo, modificarlo e anche migliorarlo. Nel tuo caso, immagino che sarà studiare i tratti del suo comportamento: stabilire le abitudini di una vicepresidente senza sentire quello che dice per telefono né quello che pensa, vedendo però, quello forse sì, quello che scrive e quello che cerca quando è da sola.

– Perché non lo facciamo assieme? Io sono un apprendista, tu ne sai molto più di me.

– Non hai mai smesso di hackerare – disse il ragazzo-. Me ne sono accorto l'altra sera. Mi hai chiesto aiuto per la tua amica solo per farmi uscire di casa. Non credere che non mi faccia piacere che tu voglia aiutarmi. Mi fa molto piacere. Non so come ringraziarti. Però adesso non puoi fare nulla. Hanno sparato all'ala del mio aereo, sto precipitando, se ho fortuna e c'è un paracadute, salterò giù in tempo o forse l'aereo atterrerà senza prendere fuoco. Però, finché non tocco terra, possiamo solo aspettare e sperare.

– Se riesco a far sì che mi risponda, quando potrò parlarle di te?

Il ragazzo lo guardò.

– Non lo so. Mai. Non puoi farlo finché non te lo dico. Se mi anticipi, ci faranno fuori. Devi aspettare, giuramelo.

– Lo giuro – disse l'avvocato.

Vie scure, strade, quartieri illuminati, piazze vuote, ancora case, ancora vie e strade, campi aperti, terra nuda, una città di sei milioni di abitanti e il peso dei giorni su ogni schiena e canali di tristezza. La notte non aveva coperto la città, sembrava piuttosto circondarla. Più sotto, lungo il pendio, un incendio di un filare di stoppe fece alzare un fumo chiaro verso il cielo. L'odore di fuliggine, di casa di campagna arrivò fino alle due figure. L'avvocato e il ragazzo alzarono la testa e proiettarono lo sguardo lì dove la notte precipitava sulle pianure sole e sui fiumi senza riflesso.

## GENNAIO

Sulla tastiera nera delle mani avvolte da delle muffole di color lilla. Le ultime falangi delle dita rimanevano quiete, senza decidersi a premere alcun tasto. La mano destra si diresse verso il mouse e lo scosse provocando un bagliore di luce sullo schermo. La vicepresidente aprì un nuovo documento. Le mani cominciarono a scrivere:

- Ci sei?

La freccetta si mosse.

– Senti...

- ...

- Ho stampato delle copie dei documenti e di alcune conversazioni, per un amico. Niente di ufficiale. Gli ho chiesto di non dirlo a nessuno.

– avresti potuto CONSULTARMI.

– Non so cosa fare con te. Hai molte informazioni sul mio conto, e se le utilizzassi? Ho bisogno di consigliarmi con qualcuno.

– utilizzarle a che scopo? non voglio ricattarti. voglio il tuo vizio maggiore, te l'ho detto già all'inizio.

– Le istituzioni non sono né coraggiose né codarde. E io non sono nient'altro che un ingranaggio di quest'istituzione.

– per favore. risparmiami la teoria. quanto ti fidi di questo tuo amico? sarà questa la nostra ultima conversazione?

– Mi fido ciecamente.

– dimmi il suo nome.

– Mi sembra giusto. Luciano. Luciano Gómez.

- dammi il tuo numero di telefono. per ogni evenienza.
- Mi stupisce che tu non possa ottenerlo.
- non ho tempo. non passo tutto il giorno cercando cose per te.
- Per cosa lo vuoi?
- se dovessi avere problemi.

La vicepresidente scrisse alcuni numeri.

- parlami dell'agio, dei sorrisi. com'è sentirsi sempre con le spalle coperte?
- Non lo sono sempre. Ho dei nemici.
- io non li chiamerei nemici.
- Cercano di distruggere la mia carriera, la mia reputazione e le mie proposte, ma non sono nemici?
- non potrebbero nemmeno mettere le mani sul tuo patrimonio.
- L'angoscia che proviamo nella vita non è solo economica. Con ciò non sto sminuendo il suo valore, ma non è l'unica.
- e?
- Hai dato per scontato che io abbia sempre le spalle coperte.
- ci sono preoccupazioni sotto le lenzuola. sotto al piumone nordico di piuma d'oca ci sono vagonate di preoccupazioni. avere le spalle coperte non vuol dire smettere di sentire. significa non essere morti di freddo.
- E tu lo sei?
- qualcuno che conosco sì.
- Non ti basta quello che faccio? La modernità, cercare di fare in modo che questo paese non sia considerato meno di quanto si meriti dal resto del mondo.
- un mondo che cade a pezzi.
- Non abbiamo creato noi questa crisi, ce ne sono state altre.
- ognuna è peggiore di quella precedente.
- Il mondo andrà avanti. Se negli ultimi tempi avesse governato il PP al posto dei socialisti, sarebbe aumentato il numero di persone vulnerabili.
- è già un numero alto.
- Ti garantisco che sarebbe più alto ancora.
- sono troppe persone in ogni caso. e continuano ad aumentare. sarebbe stato diverso se al governo ci fosse stata una vicepresidente diversa?
- Avrebbe fatto all'incirca quello che ho fatto io. Però, quando si governa un paese di quaranta milioni di persone, le sfumature possono avere effetti su centinaia di migliaia di persone.

– sei orgogliosa delle tue sfumature?

– In parte sì.

– che parte?

– La metà.

– è abbastanza. allora non hai bisogno di me.

– Forse ho esagerato.

– non mi sembra. lo credi veramente.

– D'accordo. Ci credo. Ma ho bisogno di te, non te ne andare.

– cosa vuoi tu da me?

– Sono stata molto malata, sai? La malattia non è solo affacciarsi alla morte. È quello, assieme a inconvenienti e umiliazioni. Non poterti alzare da sola. Immagino che sia una forma di povertà. Di non avere le spalle coperte.

– mmm...

- Certo, è peggio essere gravemente malati e anche poveri. Io non avevo problemi di intendimento, e ho ricevuto un'attenzione medica particolare. Non voglio far leva sul mio dolore, ma dirti che, quando sono stata male, ho visto quello che significava non poter agire, trascorrere in panchina il resto dei miei giorni. Per fortuna non è successo. Le cose sono andate per il meglio e sono tornata con la voglia di portare a termine uno per uno gli obiettivi che mi ero prefissata per questa legislatura. Ora si è scatenata la crisi, sta spazzando via miei obiettivi...e compari tu. Sei ancora lì? La freccetta si mosse da sola da sinistra a destra.

– sei stanca.

– Ho freddo. Hanno detto che stanno facendo delle prove tecniche con il riscaldamento, che l'avrebbero acceso. Però non lo accendono. Tu non ti accorgi della temperatura, vero? Quella che c'è qui.

– “mi accorgo” di quella del computer, lo fanno i sensori; di quella di casa tua, no. però non credo che lì faccia così TANTO freddo.

– È la seconda volta che usi le maiuscole oggi. Ho pensato che la tua tastiera non le avesse.

– dai, vai a dormire. copriti, così ti riscaldi.

– Ma non eri tu che dicevi che ho sempre le spalle coperte?

– sì, ma non sempre te ne accorgi.

Poi, senza che la vicepresidente premesse alcun tasto, il computer si spense. Lei si tolse le muffole violetta. Un ultimo resto di profumo parve dissiparsi nell'aria dalla pelle sottile dei suoi polsi. Sono come questo profumo, alla fine della giornata di me non resta niente.

I piedi del ragazzo, avvolti in un paio di scarpe sportive bianche, non facevano nessun rumore a contatto con il marciapiede. Dietro di lui, invece, delle scarpe eleganti che appartenevano ad un uomo alto risuonavano come un battito accelerato, sempre più vicine. Il ragazzo si fermò di colpo. Non si guardò indietro e non fece nemmeno finta di allacciarsi le scarpe. Anche i passi si erano fermati. Il ragazzo aspettò due, tre minuti. Poi si girò. Non c'era nessuno dietro di lui. Riuscì a vedere un uomo vicino che parlava al telefono vicino al semaforo. Le sue scarpe sembravano eleganti.

Al lavoro la giornata trascorse allo stesso modo. Lo sguardo sospettoso del ragazzo si soffermava un paio di secondi più del necessario su ogni volto, su ogni gesto, su delle mani che digitavano o su degli occhi che lo seguivano ad ogni angolo.

Nel pomeriggio andò nella sala di controllo e si trattenne qualche minuto in più del solito. Senza voltarsi, senza mangiarsi le unghie, lentamente e con metodo, ripeté i passaggi su cui si era esercitato per delle ore, così rimase lì dentro solo due minuti in più rispetto al solito.

Effettuò l'accesso all'archivio dove si registravano le conversazioni dei telefoni ombra, scaricò una copia di quelle che ancora non erano state salvate e cancellò le sue tracce. Erano le cinque e mezza. Tornò alla sua postazione con lo sguardo dritto, senza incrociarlo con quello di nessuno. Le sue mani tremavano sulla tastiera, doveva appoggiarle spesso. Un collega gli si avvicinò. Il ragazzo contrasse i muscoli del corpo mentre cercava di rilassare quelli del viso.

– Oggi sono venuto in auto, vuoi che ti dia un passaggio?

– No, grazie. Oggi non vado a casa.

– Ok.

Il suo collega se ne stava andando, ma si fermò un istante, come se volesse aggiungere qualcos'altro. Non lo fece. Il ragazzo rigirò il viso verso lo schermo. Chiuse gli occhi. Ticchettio di tastiere, respiri, nessuno parlava. Li riaprì concentrato all'ascolto: un colpo di tosse, le rotelle di una sedia, bip, oggetti che sbattevano. Stavano già mettendo via. Nell'ascensore qualcuno dava dei colpetti ritmici, leggeri, con la mano sul muro.

Scese dall'autobus a metà della corsa. Troppi stimoli, passi, volti, auto, troppi occhi in agguato. Entrò in un Internet caffè e si prese avanti con la questione di Amaya, l'amica dell'avvocato: visto che non voleva chiedere ancora l'IP, fece varie ricerche finché scoprì un file di password di database non protetto dall'estensione .php, un backup di configurazione, immaginò. Poté quindi leggere le informazioni in chiaro e con quelle accedere alla gestione della pagina in cui si trovavano le foto modificate. Non fece nulla che fosse visibile, si limitò a caricare un'applicazione che avrebbe permesso all'avvocato di navigare nel sistema dei file archiviati. La

chiavetta USB con le conversazioni registrate nel centro di monitoraggio gli bruciava nella tasca, gli trapanava le ossa.

Quando uscì, faceva già buio. Camminò per un pezzo; poi da un altro internet point, chiamò sua sorella.

– Pronto?

Dopo poco:

- Pronto? Chi parla?

Il ragazzo ascoltava il suo silenzio mentre vedeva passare i numeri digitali che indicavano il prezzo della chiamata.

– Ora riattacco.

Il ragazzo annuì con la testa, come a risponderle. Quando sentì il clic e il contatore tornò a zero, il ragazzo canticchiò lentamente:

- Sono nei guai / e non so come ne verrò fuori, / mi cercano degli amici / per qualcosa che non ho fatto.

Avrebbe potuto parlare con sua sorella, almeno salutarla. Però poi lei gli avrebbe domandato come stava e non era proprio capace di mentirle. Da molti anni aveva imparato che non doveva rompere le scatole. Non gliel'aveva detto nessuno, ma lui si era reso conto di avere un altro ritmo. “La mia colpa è giudicare la gente per quello che dice e quello che pensa, non per quello che sembra”, The Mentor, si identificò molto quando lo lesse. Anche se lui non si considerava più intelligente degli altri, come il Mentor, ma neanche il più stupido. Era una questione di messa a fuoco, in alcune cose era tutto perfettamente nitido, in altre era tutto più offuscato. Così si era abituato a chiedere che non lo aspettassero se si trattava di cose offuscate e a ricercare per conto suo i baud e i bit, lì dove si sentiva più a suo agio e capace. Però, ora si era mescolato tutto e gli dava la nausea.

Entrò nel bar più vicino.

– Cosa le porto?

– Un gin tonic.

– Gin?

– Bombay. – Il ragazzo rise tra sé e sé -. Sa qual è la cosa brutta?

– Non ne ho la più pallida idea.

– Puoi anche essere paranoico, ma questo non significa che non ti stiano seguendo per davvero.

L'uomo non rispose. Il ragazzo bevve il gin tonic come se fosse latte. Tornò per strada, la notte attenuava le minacce, le ombre si confondevano con le persone vere e le persone vere

sembravano solo delle ombre. Il ragazzo fischiava molto piano, guardava i cani come se loro potessero sentirlo.

GENNAIO

Tirò fuori un'altra sigaretta, anche se aveva superato di gran lunga le due sigarette giornaliere che si concedeva. Fumò. Inalava il tabacco con la stessa avidità con cui i suoi nipoti, da piccoli, inalavano l'aria quando il pianto capriccioso si trasformava in un singhiozzare disperato. Lei si ribellava alla disperazione. Aveva commesso un errore e fumava come se ogni boccata potesse cancellarlo, anche se sapeva che non era così.

Aveva alzato la voce con una direttrice generale davanti a cinque persone. Non avrebbe dovuto farlo. Anni prima riusciva a padroneggiare l'arte dell'inibizione, riusciva coscientemente a non reagire di fronte ad uno stimolo quando lo riteneva necessario. Negli ultimi tempi, però, aveva dei dubbi. Era sufficiente la perenne serenità? Poteva la correttezza compensare, non tanto la scorrettezza, ma il lento declino di tutto? La direttrice generale non se lo meritava. La sua unica giustificazione era la storia di quella rana che, quando viene gettata in una pentola bollente, salta; se invece rimane nella pentola e la temperatura sale lentamente, muore senza reagire in tempo. Certo, alzare la voce non era il modo migliore per interrompere l'inerzia, però non aveva né il tempo né la disposizione d'animo necessaria per adoperare dei modi migliori, lenti, sereni, studiati. Le risultava faticoso. Triste. Fumò affacciata alla finestra, immaginando il possibile viaggio della cenere verso il suolo, forse si sarebbe dissolta, o forse sarebbe caduta sulla testa di qualcuno, terra alla terra, cenere alla cenere.

Chiuse la finestra e tornò al suo tavolo. Ricontrollò il suo intervento sulla designazione di una località come sede della nuova base logistica dell'ONU in Europa. Leggeva in fretta e provava una certa soddisfazione per quella base che avrebbe portato attività economica e posti di lavoro nella regione. Anche se era un merito da poco, li avrebbe portati in quella regione e li avrebbe tolti alle altre regioni che avevano fatto richiesta. Suonò il telefono: Luciano Gómez Rubio, le dissero, era già entrato alla Moncloa. Mi piacerebbe cominciare qualcosa di nuovo, non spostare le cose da una parte all'altra, ma piantarle e vederle crescere. La avvisarono che Luciano era arrivato.

– Avanti.

– Che ci fai qui? – disse Luciano.

– Ma come? Nemmeno buongiorno?

– Nemmeno buongiorno, Julia. Che ci fai qui? Non sai che tu non sei tu? Tu ci rappresenti. Sei qui perché appartieni ad un partito, anche se non hai la tessera. Non hai il diritto di metterci in pericolo.

– Aspetta...

- So di molti casi di corruzione nel partito. Ne ho denunciato qualcuno. Ho perso degli amici. Continuerò a perderne. Un militante socialista non deve farsi corrompere. Potrà sembrarti antico, ma sai che è così che la penso. Non deve farsi corrompere finché è un militante. Se esce dal partito, affari suoi. Però se sta nel mio partito e io ne ho le prove, io lo denuncio.

– Corruzione? Per la freccetta? Per l'amor di Dio, Luciano.

Il cellulare di Luciano suonò molto piano. Luciano lo tirò fuori dalla tasca, guardò il numero della chiamata in entrata e, dopo aver riattaccato, lo lasciò sul tavolo.

– È anche peggio. I corrotti hanno un motivo. Invece tu che hai fatto? Hai venduto la vicepresidenza per un piatto di lenticchie? Perché un giorno ti è venuta voglia di farti corteggiare dall'uomo invisibile?

– Ritira la parola "corteggiare".

– No. Non mi riferisco al corteggiamento amoroso. Quell'individuo ti guida, fa cose per farti piacere. Ti assiste, te lo dice lui stesso.

– Non puoi sapere se è un uomo.

– Non lo so e non mi interessa. Non cambiare argomento.

– Io non ho venduto niente. Non può farci niente.

– "Farci", è proprio un dettaglio questo plurale. Perciò ti rendi conto che così comprometti il governo, il presidente, me, qualsiasi militante con questa stupidaggine?

Luciano era un po' più basso della vicepresidente, però, in quel momento, di fronte a lei, non lo sembrava.

– Ci sediamo sulle poltrone?

– Sto bene qui.

– Per favore – disse Julia -. Sono un po' stanca.

Luciano accettò.

Il beige del maglione della vicepresidente non si distingueva dal colore della tappezzeria. Solo le sue mani risaltavano e il grido fucsia dei suoi pantaloni.

– Luciano, non abbiamo sempre criticato la rigidità? Non abbiamo sempre detto che nel nostro sistema politico avrebbe dovuto esserci un posto per il fattore umano?

– Tenere in considerazione il fattore umano non può voler dire giocare con delle bombe a mano e vedere se qualcuna esplode.



– Non esagerare. Credi che sia qualcuno del Partito Popolare? Un giornalista, forse? Sinceramente, io lo escludo.

– D'accordo, escludiamolo. Che importanza ha? Chiunque sia, un lobbista straniero, un infiltrato nel nostro partito, un ragazzino di quindici anni, è gravissimo.

– Perché lo avrebbero fatto?

– Per controllarti. E infatti, già lo fanno.

– Non è vero. E se qualcuno mi ricatta, avrete la mia testa senza ombra di dubbio. Lo sai. Non mi aggrapperò alla vicepresidenza se dovessi mettervi in pericolo.

– Ma sarebbe comunque troppo tardi.

– So di non sbagliarmi. Nulla in quelle carte servirebbe per compromettere il governo. Avrebbero dovuto essere conservate meglio. Non c'è estorsione. Non ci sono intercettazioni, né violazione della privacy.

– Lo sai meglio di me che ora tutto sta cambiando, c'è un Wikileaks dietro ad ogni angolo, se quella freccetta è entrata nel tuo computer, anche altri possono farlo e mettere in rete le vostre conversazioni.

– Non lo farà; ad ogni modo, cancellerò le conversazioni, le farò sparire.

– In un computer non sparisce niente. Non è vero che se non salvi, le modifiche andranno perse: le modifiche vengono sempre registrate.

– Non esagerare, Luciano. Ovviamente, se la freccetta vuole, può salvarsi tutto. Ma non lo metterò in rete. Ho deciso di crederle.

– È un gioco intollerabile per qualcuno nella tua posizione. Perché lo fai, Julia? È da immaturi completi.

– La freccetta vuole qualcosa da me. Ma anche io voglio qualcosa da lei.

Sembrava che il freddo scomponesse l'aria in strati. Non nevicava, anche se da giorni si prospettava questa possibilità.

– Sto aspettando – disse Luciano.

– No, adesso no. In un altro momento, in un altro posto, te lo dirò.

– Non credo che ci sarà un altro momento. A fatica e perché ho fiducia nel fatto che cercherai di fare un passo indietro, anche se me lo hai reso molto difficile, dimenticherò questa storia. Ma non mi chiedere di più – disse e le restituì la cartellina con le conversazioni stampate, dicendo -: tienile tu, non voglio averci niente a che fare.

Julia guardò le sue scarpe a punta con il tacco sottile. I tacchi sono un'invenzione del diavolo. Era cosciente della gravità delle parole di Luciano però, per una volta, non era disposta a farsi carico di quella gravità.

– Come vuoi. La tua fiducia è molto importante per me.

Anche la figura di Luciano sprofondata nella tappezzeria del divano sembrava aver perso la sua gravità.

– Me ne vado, Julia. Hai molto da fare.

Si alzò.

– Molto e quasi nulla.

La vicepresidente, già in piedi, si protese leggermente per baciare Luciano sulla guancia.

– Non allontanarti.

– Non chiedermi di farlo – rispose lui.

Estrasse la pipa dalla tasca e si diresse alla porta.

La vicepresidente tornò al suo tavolo. Il cellulare di Luciano era rimasto lì. Per un istante le venne la fantasia infantile di aprire le sue cartelle, guardare i messaggi, le chiamate perse. Subito, adirata con se stessa, lo prese e uscì a cercare Luciano.

– Vuoi...? – le chiese la sua segretaria personale.

Julia avrebbe dovuto darlo a lei, una vicepresidente non corre per i corridoi. Ciò nonostante, girò al largo e trovò Luciano all'ascensore.

– Tieni – disse consegnandogli il cellulare.

– Grazie.

Luciano guardò la vicepresidente negli occhi. Lei non schivò lo sguardo. La ringraziò.

Mentre stava tornando nel suo ufficio, la chiamarono:

- Julia!

La vicepresidente trasalì. Era il ministro dell'Interno.

– Alvaro, che ci fai da queste parti?

– Sai, ho un'udienza e prima volevo passare a salutarti. Scusa se non ti ho avvisato. Hai due minuti?

– Due.

Entrarono nell'ufficio.

– Mi domando sempre chi si è seduto prima di me su una sedia, e chi lo farà dopo.

– Credevo che fossi un uomo d'azione.

– Naturalmente. Tutto è azione. Che cosa voleva il mio vecchio amico Luciano?

– Spero che tu lo abbia potuto salutare.

– L'ho visto da lontano, un vero peccato.

– Proprio.

– Quando puoi pranzare assieme a me?

- E sei venuto nel mio ufficio per chiedermelo?
- Perché no?
- Che vuoi, Alvaro?
- Una tregua. Te lo dico seriamente. Andiamo a mangiare il prima possibile.
- D'accordo – disse Julia e si alzò.
- Perfetto. Ci vediamo, Julia.
- Sì, ci vediamo.

#### DICEMBRE DELL'ANNO PRECEDENTE

L'avvocato parcheggiò la Mini alle undici passate. Aveva con sé un thermos di caffè e dei biscotti, era disposto a trascorrere lì diverse ore. Prima di entrare in contatto con la vicepresidente, doveva essere capace di muoversi tra le paure e i desideri di quella donna, come già riusciva a farlo tra i suoi script e i suoi file. L'avvocato aveva trascorso alcuni giorni ficcanasando nei documenti eliminati e nei dati di navigazione. Aveva troppo materiale: anche un computer non importante, usato per cercare pagine, vedere cataloghi, video, prendere qualche appunto, accumula dei battiti. Tutto conta, le volte che lei aveva visitato la stessa pagina, il tempo che aveva impiegato a scrivere un documento, perché non aveva voluto salvarlo. E poi doveva confrontarlo con il materiale pubblico, le interviste, le dichiarazioni, le apparizioni.

Fece una lista delle parole ed espressioni che diceva più spesso: perseveranza, sforzo, senza sosta, energia, determinazione, voglia, coraggio, dedizione e convinzione, fiducia, sono sicura, il futuro della Spagna e della gente, servitori pubblici, ambizione del paese, prime otto economie del mondo, speranza, devo essere all'altezza delle circostanze, vale la pena, rettitudine, rigore. Dio santo, sembra la prima comunione, il decalogo della brava bambina, forse quello di un avvocato che ha smesso di tenere la schiena dritta e combattere. Solo nel potere che accumuli sei diversa da me; lì ti limiti eccessivamente, immagino, lì ti perdi come io ho imparato a perdermi tra i bit e l'oscurità.

Cosa sa un uomo di un altro uomo? Cosa ne sa un uomo di una donna? Qualcosa però si sa. Conosco le mie debolezze e penso che le tue saranno come le mie, ma diverse nello stesso tempo. L'avvocato finì per trovare nei file delle tracce del sentimento che stava cercando, qualcosa che definì come “non posso essere solo questo”. Era una via di accesso, un lato debole presente nella maggior parte degli esseri umani e soprattutto in quelli che si impegnano, nei calvinisti. Da lì fanno breccia gli intrusi più pericolosi, anche se è proprio da lì che hanno origine le imprese più inspiegabili.

Per scovarlo, per prima cosa, aveva diviso i giorni della vicepresidente tra quelli normali e quelli tenebrosi. Questi ultimi, quelli dell'errore, i giorni in cui il controllo non riusciva a controllare e qualcosa andava storto, erano illuminanti. La loro periodicità variava, così come la loro intensità e la causa: a volte era un errore suo, altre una manifestazione di ingiustizia, trascuratezza o dismisura di qualcun altro. Però la reazione, come raccontava lei stessa nei documenti senza titolo che eliminava tre o quattro minuti dopo averli scritti, era sempre identica. Non si mortificava addossandosi tutta la colpa, né, all'estremo opposto, scaricava la colpa su quelli che, nelle dichiarazioni pubbliche, era solita giudicare con estrema durezza. No: in quegli sfoghi, in quelle lettere a nessuno, prendeva le distanze da se stessa, come se avesse un segreto. Come se la sua attività di vicepresidente fosse solo un destino che le avevano assegnato, un abito che non si confondeva con il suo corpo, con i suoi atomi.

L'avvocato pensò ad un cappotto verde, di lana. La vicepresidente se lo metteva, però poteva fermarsi, sbottonare i bottoni, lasciarlo sullo schienale di qualsiasi sedia e allontanarsi per qualche minuto con i suoi occhi, verdi anche loro, e fissi. In quei frammenti scritti di getto, la vicepresidente sembrava far visita a se stessa, forse come la responsabile di un'azienda va a visitare le succursali in paesi feroci e lontani. Una volta giunta lì, ascolta le difficoltà, ma mantenendo sempre una certa distanza. Poi scriveva delle parole che all'avvocato facevano pensare a dei rigurgiti di adolescenza: "da una parte c'è il sentimento, dall'altra, tuttavia, ci sono le cose che restano. Quello che resta non è una donna con i suoi fantasmi, ma una donna che lotta con la vita, in una città che ci esilia da noi stessi. E vaghiamo." A volte ricorreva a delle citazioni dai libri. Ce n'era una in particolare che aveva copiato in tre file diversi: "Numi, numi! Com'è triste la terra di sera! Come sono misteriose le brume sulle paludi! Chi ha vagato in queste brume, chi ha volato su questa terra portando su di sé un peso troppo gravoso, lo sa".

Dopo quasi due anni di sfoghi fugaci, secondo quanto suggerivano i suoi log di accesso ai documenti, la vicepresidente smise di scriversi. Ciò nonostante, c'erano delle altre prove di instabilità. Giorni in cui ricercava ossessivamente tutte le informazioni relative ad una persona, altri in cui apriva venti volte la pagina di un hotel e poi la foto di una camera, e quella pagina rimaneva aperta per diversi minuti, e poi la chiudeva, però se ne pentiva subito e la riapriva: a chi stavi pensando, Julia? Un giorno, in una cartella nominata 9, l'avvocato trovò vari file mp3 di un gruppo svedese-finlandese chiamato Hedningarna, "I pagani".

C'era una durezza strana in quel suono, una tenera crudeltà che faceva paura, come la natura incontaminata. Anche se non assomigliava per niente al suono bestiale dei gruppi che avevano accompagnato la sua adolescenza, qualcosa glieli ricordò. Dovette riconoscere che era potente, evocava satiri nudi nel bosco, era eccitante; quei suoni rassicuranti emanavano forza,

potere. Ogni canzone era stata riprodotta decine di volte, tranne una che sfiorava il centinaio, “Neidon Lauulu”: “Perdura nei miei pensieri, lo conservo nei miei ricordi, quel tempo dolce, ormai passato, quando da bambina cantavo...Ero libera dalle preoccupazioni; cullata da una brezza rilassante, correvo come una piccola scintilla, volavo come le foglie nei boschi...Non mi turbava niente allora, non mi preoccupava al mio risveglio questa pena che mi porto dentro, questo dolore del mio petto”.

Pena, un fardello di juta che circondava i suoi vestiti e bagagli molto pesanti, pentimento. A cosa pensava la vicepresidente? Qual era questo dolore? Di cosa si pentiva? Però la vita non funzionava solo con delle chiavi, non tutto si può aprire solo con una password. Quanto sono bugiardi quei terapisti maledetti che spiegano tutto a partire da un unico fattore scatenante. E i registi nei film: quel poliziotto non è riuscito a risolvere un caso e da allora non è più lo stesso, quell'agente non è riuscito a salvare il presidente e per questo..., quante menzogne. Non c'è un dolore che spiega tutto, né l'infanzia, né un episodio, sarebbe facile se fosse così.

L'avvocato si guardò attorno, nessuno per la strada, nessun rumore. Spense il portatile, lo mise sotto al sedile e uscì dall'auto. Cominciò a camminare in cerca di una via più larga, da dove poter proiettare lontano lo sguardo. Faceva freddo, come se fosse arrivato il primo segnale dell'inverno. Girò l'angolo e si trovò su una strada in pendenza. In fondo alla strada, dove la superficie si faceva più pianeggiante, si distingueva un bagliore più chiaro, anche se mancavano un paio di ore all'alba. L'avvocato appoggiò la schiena al tronco di un albero e rimase in silenzio, osservando quel chiarore. Qualcosa fece rumore dietro di lui. Girò la testa e vide una finestra con le inferriate al piano terra di una casa. Una giovane donna l'aveva chiusa. Si guardarono per un attimo e lei si girò.

Chissà, pensò l'avvocato, se c'erano dei punti di non ritorno. Lui ne aveva avuto uno, ma il temperamento, le circostanze, le piccole vite all'interno della vita avevano fatto sì che si diluisse. Era stato molto tempo prima, in un ospedale, un pomeriggio con quello stesso freddo mattutino che stava sentendo in quel momento. Mentre sua madre era dentro ad un macchinario che avrebbe diagnosticato quale oscuro processo si stava sviluppando nel suo corpo, lui guardava dalla finestra del piano terra dell'ospedale la notte serrata che due lampioni accesi cercavano debolmente di scalfire. Sua madre non voleva che lui l'accompagnasse, ma alla fine aveva ceduto. E lui era arrivato fino alla soglia del macchinario, da lì era permesso dare la mano alla persona che era dentro a quel tunnel. Però, quando sua madre entrò, già mezza spogliata, gli chiese di aspettarla fuori. L'avvocato aspettò cinquanta lunghi minuti in piedi, vicino ad una finestra con le inferriate. Si girò solo un paio di volte per guardare le altre persone che come lui erano in attesa, per ricambiare il saluto di una di loro, per salutare un padre e una figlia che uscivano. Per il resto

del tempo diede le spalle alla gente, con il viso dietro alle sbarre, immaginando sua madre dentro al macchinario, anticipando la diagnosi che sarebbe stata di un'aspettativa di vita di pochi mesi.

Al piano terra di quell'ospedale, affacciato ad una finestra che, dopo tanti anni, poteva ancora ricostruire con precisione, giurò che non avrebbe permesso alla vita di scivolargli solo addosso: c'era troppa oscurità, dolore a tonnellate; per questo, durante le tregue, che fossero di settimane o anni, lui avrebbe inseguito la coda della cometa, uno scintillio profondo, come quello dell'autobus che, illuminato all'interno, passò a pochi metri di distanza da lui diradando la notte. Lì, il futuro avvocato si immaginò selvaggio, non aspirava all'eroismo, ma alla costruzione di un carattere che fosse come uno strumento resistente ed efficace per incanalare l'energia. Non era riuscito nell'impresa. Orari, denaro, contrattempi avevano fatto diventare la sua vita esattamente come tutte le altre, solo più piena di transazioni e piccoli pentimenti. La tempesta ha affondato la nave, non ho più secchi per buttare fuori l'acqua, gli aveva detto sua madre in uno degli sprazzi di lucidità delle ultime settimane. E gli disse anche, accarezzandogli i capelli: "Naviga, veliero mio, senza paura", quei versi che lui stesso le aveva insegnato quando era piccolo.

I punti di svolta che ci sono capitati, che ricordiamo, non ci cambiano. La loro delicata persistenza risveglia appena la nostra ambizione di essere migliori. L'avvocato accese la sua ultima sigaretta. Ripiegò il pacchetto come se fosse un cartone del latte da gettare nel bidone della spazzatura e poi ancora. Giocherellò con quel cartone rigido tra le dita. Scoprirò il tuo punto di rottura, verrai con me a sciogliere i nodi che non abbiamo fatto. Hai detto: "La mia vita ha pochi segreti. Che non si sappia molto di me non ha molto senso. Si sa poco perché c'è poco da sapere". Ma non lo capisci, vogliamo credere ai segreti. Quando ci sono, sentiamo la necessità di attribuire loro più potere di quel che hanno, e quando non ce ne sono, pensiamo che non sia vero, che magari sono ben nascosti, ma ci sono. Vogliamo credere ai segreti, che importa se sono pochi? Ne basta solo uno, perché, dopotutto, un segreto è la possibilità di scegliere un'altra strada, un'altra destinazione. Io sono la tua sentinella.

FEBBRAIO

Era venerdì e, data la l'assenza del presidente, Julia Montes doveva presiedere il Consiglio dei Ministri. Anche se si percepiva appena, nella sala si sentiva il rumore della pioggia. La vicepresidente lo amplificava nella sua testa mentre ascoltava i ministri. La luce grigia e soffusa del giorno non riusciva a attraversare le grosse mantovane alle finestre. Oltre alle due lampade a paralume, avevano acceso anche le luci a soffitto, che si riflettevano con fastidiosa nitidezza sulla superficie ovale della tavola.

La vicepresidente conduceva la riunione agevolmente. Le sue, di solito, erano più rapide di quelle del presidente, e non solo per la sua personale inclinazione a prendere delle decisioni concrete invece di continuare un dibattito privo di risvolti operativi, ma anche come segno di rispetto nei confronti del presidente. Allungare i consigli, invitare alla riflessione e alla produzione di idee innovative proprio quando lui non c'era le sembrava inadeguato, quasi sleale. Però così si annoiava. Dopo la commissione dei segretari di stato e dei sottosegretari del mercoledì, era già stato tutto discusso e deciso. Le uniche novità erano due o tre minuzie decise all'ultimo minuto durante la pausa caffè precedente all'incontro.

Prese una caramella alla menta dalla scatoletta di argento che ogni ministro aveva davanti a sé. Poco dopo squillò il telefono del Ministro dell'Interno. Un messaggio, un altro dopo due minuti; poi niente. Ancora non sapeva perché voleva vederla. Avevano preso un paio di appuntamenti, entrambi saltati per degli imprevisti prima del ministro e poi suoi. Non sembrava essere qualcosa di urgente. Neanche quei messaggi che ha appena ricevuto Alvaro sono urgenti, nonostante abbia fatto una faccia di circostanza dopo averli letti. Lo fa per dissimulare. Se fossero stati davvero una cosa seria, avrebbe fatto una faccia dispiaciuta, avrebbe fatto finta che fosse stata una sciocchezza, il tutto per dare a vedere che era sempre un passo avanti rispetto al resto del governo.

La vicepresidente sollevò le spalle. Era in politica da troppo tempo. Ne aveva viste troppe.

Mentre ascoltava il ministro della Sanità, lasciò vagare lo sguardo sui portatili collocati davanti ad ogni ministro. C'erano da poco più di un anno. E il gesto che facevano ancora abitualmente i ministri era quello di spingerlo in avanti per liberarsi un pezzetto di tavolo dove avrebbero distribuito fogli e cartelline. I portatili contenevano solo i documenti di cui si sarebbe parlato durante la riunione. Non erano per uso personale ed erano connessi alla rete intranet della Commissione Virtuale, dove venivano caricati i documenti sugli argomenti che sarebbero stati discussi nel consiglio. Fino a poco tempo prima li aveva considerati solo un mero strumento, però ora li guardava come si fa con gli obiettivi delle macchine fotografiche in cui si vedono riflessi gli occhi dei fotografi. Forse la freccetta sarebbe stata capace di accedere anche a quelli, anche se nello stesso tempo sperava di no, c'era il Centro di Crittografia Nazionale dell'intelligence a proteggerli e non poteva sperare che non funzionasse bene.

La vicepresidente sorrise. Pochi minuti prima che cominciasse il consiglio, le avevano comunicato una bella notizia, personale, irrilevante, ma inaspettatamente gradevole. Il suo prossimo viaggio oltreoceano era stato rimandato di almeno sei settimane. Assaporava ancora il sollievo di non dover risolvere in modo precipitoso tante cose. Per il resto, non vedeva nessuna

luce all'orizzonte. Alcuni ministri si sforzavano di raccontare delle piccole vittorie, dei progetti portati avanti, di fatti che indubbiamente avevano valore, ma che non riuscivano nel modo più assoluto a penetrare, e nemmeno a scalfire il blocco nero della crisi. E dovevano continuare a lavorare, a firmare contratti, accordi, piani. Ciascuno di quei progetti avrebbe inciso notevolmente sulla vita di alcune persone. Era come fare una gara e cercare di arrivare diciassettesimi invece di diciottesimi. E andava fatto.

Arrivò un messaggio al suo secondo telefono. Strano. Pensò al presidente o ad una vera e propria tragedia familiare. Lo lesse senza che si notasse troppo. Era il ministro dell'Interno: "Non possiamo rimandare anche oggi – diceva -. Dopo la conferenza stampa". La vicepresidente non rispose. Fin da bambina aveva sempre detestato quell'usanza di passarsi bigliettini o messaggi in classe o in qualsiasi altro luogo. Alvaro non la guardava e lei continuò come se nulla fosse.

FEBBRAIO

Il mandatario arrivò negli uffici della banca in taxi. All'ingresso mostrò pigramente il suo documento. Statura media, occhi verdi molto chiari, abito scuro e una cravatta rosso bordeaux, i capelli disordinati, un po' stempiato.

– Può salire. Nono piano, la seconda porta a sinistra.

Il mandatario non aveva una valigetta, nemmeno una cartellina. Nell'ascensore giocherellò con una chiavetta USB arancione e bianca che aveva tirato fuori dalla tasca.

– Ciao, Irlandese. – Era il vicepresidente esecutivo, magro, alto, perfettamente calvo e occhiali dalla montatura in acciaio.

Il vicepresidente lo aveva preceduto di poco per aprire la porta.

– Parleremo qui.

– La sala dei segreti.

– Se vuoi chiamarla così. Diciamo che è quella che viene bonificata con una frequenza maggiore rispetto alle altre.

Il vicepresidente si sedette a capotavola del tavolo rettangolare.

– Ebbene, che succede? – disse il mandatario, che aveva lasciato libera una sedia tra di loro e si era seduto su quella dopo.

– Lo saprai tu cosa succede, no?

– Io non so nulla. Stanno facendo il lavoro. Io direi anche bene. Che problemi ci sono?

– Qualcuno ha fatto una copia delle conversazioni registrate.

– Non credo.



- I nostri soci di Telefonica<sup>32</sup> hanno le prove.
- Lo hanno fatto e hanno anche lasciato una traccia?
- Mi dicono che è stato un lavoro fatto molto bene, ma si sono dimenticati di un dettaglio elementare. Sembra che siano entrati, abbiano fatto una copia dei dati e abbiano cancellato le tracce. Tuttavia, non gli è venuto in mente di verificare che non ci fosse nessun altro nel sistema in quello stesso momento. E c'era. Sfortuna.
- Non solo sfortuna. C'era l'uno per cento di possibilità che ci fosse qualcuno, come l'hanno scoperto?
- Non sono affari miei, però c'è una certa logica, è stata una sfortuna doppia perché a chi era entrato in quel momento nel sistema è venuto in mente di controllare se, oltre a lui, c'era qualcun altro.
- So chi è stato e perché. Non possiamo permetterlo. Ti faccio le mie scuse.
- L'Irlandese imitò il gesto di scoprirsi il capo e portare il cappello al petto.
- Voglio dei risultati. Presto.
- L'Irlandese annuì.
- Bella camicia – disse il vicepresidente esecutivo -. Sempre a infrangere le regole con audacia.
- Ho dedicato molto del mio tempo a conoscerle. Se non le conosci, non le puoi infrangere.
- Come le imparate...voi?
- Noi? – l'Irlandese rise -. Ti riferisci...alla gente? Cosa siamo per voi? Il ripieno, api operaie, scenografia?
- Risparmiami questo teatrino di rancore sociale. Ero solo curioso.
- Questo ti fa onore. Vedi, si deve ascoltare molto e si deve aver paura di fare brutta figura in società, questo affina l'attenzione e la tensione. Ci vuole del tempo, questo è chiaro. E devi fare delle scelte. Non puoi imparare tutto. Io, per esempio, ho rinunciato alle piscine. Non so tuffarmi di testa.
- Vabbè, senti...voglio quel materiale, Irlandese.
- Qualcosa in particolare?
- Lo stesso degli altri giorni. Dati utili, ma niente in particolare.
- Il ragazzo cerca un'assicurazione sulla vita. Che coglione.
- Non mi interessano i dettagli.
- Immagino che tu te lo possa permettere. Quante ore ha registrato?

---

<sup>32</sup> Principale compagnia di telecomunicazioni spagnola.

– Un giorno e una notte di quattro telefoni ombra su sette.

– Di che giorno? – Due giorni fa.

Il vicepresidente si alzò.

## FEBBRAIO

Il ministro dell'Interno era già nel ristorante. La vicepresidente sapeva che il ballo era cominciato, ci si aspettavano dei cambiamenti nel governo e lei era passata da essere la reginetta della festa ad essere quella di cui ci si ricorda con un gesto distratto quando la festa è finita, quando i più intimi e affezionati continuano la serata in qualche posto particolare e allora qualcuno dice: “Ma Julia?”, e allora gli altri si guardano tra di loro e presto dimenticano sia la domanda sia che Julia non c'è, nessuno l'aveva invitata.

Mentre avanzava tra i tavoli, si immaginò il pranzo, antipasti e primo, secondo e dolce, caffè con scaglie e cubetti di cioccolato, e le sembrò eterno:

- È sopraggiunto un imprevisto, Alvaro. Ti dispiace se saltiamo gli antipasti?

– Anche il primo, se vuoi. Sembra che ci sia del buon pesce. Ci dividiamo un rombo?

Non mi va molto, ma almeno ci eviterà la trafilata del menù. Fece un sorriso impeccabile e uno sguardo che non lasciava trasparire il tedio.

– Perfetto – disse -. Dimmi.

– Ci sono in giro delle indiscrezioni, come sai. Sinceramente, credo di essere in una posizione migliore della tua in questa partita. Però il presidente è imprevedibile, gli piace esserlo.

La vicepresidente sorrise al cameriere che le versava il vino affinché lo assaggiasse. È una iena. Ora glielo dico.

– Va bene – disse rivolgendosi al cameriere.

E quando questi ebbe riempito i calici:

- Sei una iena, Alvaro.

– O uno sciacallo? Meglio non pensare ai cadaveri. È spiacevole e non credo che sia l'immagine più adatta. Non ti considererei mai un cadavere politico, Julia. Puoi anche uscire dal governo, ma non dal giro del potere.

Alvaro è imprudente, ma così tanto?

– Abbiamo saltato gli antipasti e il primo. Che ne dici di saltare anche i convenevoli?

Il ministro la guardò lentamente.

– Sei stata precipitosa e io direi che adesso non sei nella posizione migliore per fare questo tipo di mosse – disse.

– Non so di cosa tu stia parlando. E non faccio giochetti, Alvaro, non ne ho il tempo.

Sulle mani del ministro, che stringevano le posate, si concentrava tutta la tensione che non era invece visibile sul suo volto. Sembrò avvertire lo sguardo e si contorse un po' a disagio. Allora disse:

- Per favore, Julia. Avete fatto trapelare il favore che Telefonica stava per fare ai miei amici. Che sono stati anche i tuoi, se non ti ricordi?

Che gioco è questo di accusarmi? O non sta giocando e allora che sta succedendo? È stata la freccetta? L'espressione severa e contrita di Luciano sorvolò sul rombo e le patate arrosto.

- Ti riferisci, immagino, al nostro gruppo di comunicazione preferito: che ci guadagno io a far trapelare un'operazione che, ti ricordo, non mette il governo proprio in buona luce?

- Dai..., li volete deboli; volete che dipendano da voi. Ma davvero pensavi che sarei rimasto in silenzio? Di solito non sei così...stupida.

- Grazie.

Quella spolverata di prezzemolo aveva proprio lo stesso contorno della penisola Iberica. La vicepresidente mangiò un pezzetto di rombo e cercava, nel frattempo, di mettere assieme i pezzi. Il ministro poteva far riferimento solo a quell'articolo di giornale in cui si rivelava che Telefonica era disposta a comprare una percentuale elevata del gruppo di telecomunicazioni amico pagando le azioni ad un valore considerevolmente più alto di quello che avevano sul mercato. Julia conosceva quei dati, anche se non era presente all'incontro in cui il governo aveva dato il via libera all'operazione. Però non avevano potuto nasconderglielo, Alvaro sapeva che le sue fonti le erano leali. Tuttavia, lei non aveva fatto trapelare nulla ed era sicura che nemmeno Carmen, l'unica persona con cui ne aveva parlato, l'avesse fatto.

- Alvaro, sarò sincera, e spero di poterti chiedere di fare lo stesso a breve. La fuga di notizie non viene da me, né da nessuno dei miei. Sai che in questo momento giocare ad essere ambigui sarebbe molto facile.

Fu lei ora a guardare lui, che occhiaie, dormi quanto me o forse anche meno. E non sei del tutto attento. A che pensi?

- Spero che non ci si stia aprendo una breccia che non ci aspettiamo - aggiunse Julia.

- Che breccia?

- Il sistema di intercettazioni Sitel. Non mi è mai piaciuto. E nemmeno la commissione interministeriale che abbiamo messo assieme. Finirà per costarci caro il fatto di aver evitato la Legge Organica.

- Andiamo Julia. Le leggi passano in secondo piano rispetto ai dispositivi. Tutto passa in secondo piano rispetto ai dispositivi. Quando qualcosa si può fare, si fa, in biologia, in informatica, nella difesa. Poi arrivano gli altri a fare la predica: non è così che funziona. Avevamo

Sitel, non potevamo smettere di usarlo. È vero che una volta che apri una backdoor in un sistema, lì rimane e possono usare anche altri, se sanno come farlo. Bisogna correre dei rischi.

– Le intercettazioni in Grecia, Italia...credi che anche qui ascoltino le nostre conversazioni?

Il ministro si pulì la bocca con il tovagliolo e bevve il vino lasciando il calice vuoto, come se dentro non ci fosse mai stato nulla.

– Credo a molte cose e a nessuna.

Lo sguardo della vicepresidente si scostò di nuovo sulle mani del ministro, magre, nervose. Percepì le sue senza guardarle, non doveva lasciar trasparire neanche la minima inquietudine e, tuttavia, qualcosa le bruciava dentro: improvvisamente la freccetta poteva essere una pedina in una trama più grande e lei un'ingenua fuori dal comune. E se Alvaro sa qualcosa della freccetta? Parlerò con lei.

– Sei tanto stanco come me – disse-. Nemmeno tu hai figli. Perché continuiamo a farlo? Non abbiamo bisogno dello stipendio, né di mantenere la nostra influenza.

– Mi piace, e so che capisci quello che voglio dire.

La vicepresidente annuì. Non condivideva le idee del ministro, avevano alleati e propositi diversi e, nonostante tutto, lui era tra quelli che le erano più vicini. Quella vicinanza però non le trasmetteva nessuna tranquillità, anzi.

Bevve dell'acqua per schiarirsi la voce.

– Quindi, potrebbero davvero essere lì ad ascoltarci. Alvaro, in questo momento uno scandalo così farebbe cadere il governo.

– Hai parlato tu di questo. Io credevo che la fuga venisse da voi. E c'è di più, magari viene da voi e non lo sai.

Quindi era questo che volevi dirmi. La vicepresidente non rispose. Pensò alla fine, era più vicina di quanto avesse previsto e prima di andarsene doveva portare a termine la missione che le aveva affidato il presidente. Pensò anche, con un certo sollievo, che Alvaro non era informato di questa missione, altrimenti avrebbe cercato in tutti i modi di farla parlare.

Terminarono i loro piatti in silenzio. Rinunciarono al dolce. Il ministro prese un caffè liscio e la vicepresidente si scusò, la aspettavano.

#### DICEMBRE DELL'ANNO PRECEDENTE

Curiosò in una delle bancarelle che c'erano davanti allo stadio, berretti, magliette, bandierine, sciarpe. Alla fine, l'avvocato chiese una sciarpa di una piccola squadra della seconda divisione che giocava nella Copa del Rey. Immagino che l'uomo del bar non ce l'abbia. Gliela diedero senza

borsetta, lui cercò di infilarla piegata nella tasca della giacca, ma non ci stava. Alla fine, se la mise al collo e arrivò così al suo appuntamento.

C'era già una tazza di caffè sul tavolino.

– Sono in ritardo?

– No, no, sono io ad aver staccato prima – disse Amaya -. Me ne vado tra poco. E quella?

– Le spuntò un accenno di sorriso guardando la sciarpa.

– È per uno che le colleziona, me l'hanno venduta senza borsetta – disse ancora in piedi.

I capelli corti di Amaya le lasciavano il collo scoperto. Si sedette di fronte a lei per non guardarlo. Nonostante tutti i suoi propositi di trattare Amaya in modo solo amichevole, di non lasciarsi trascinare da una storia che esisteva solo nella sua testa e che da lì non sarebbe mai uscita, si sentiva già emozionato e inaspettatamente triste.

– Che ti succede?

– A me?

– A chi se no? Hai una faccia triste.

– È che stavo provando a vederci, tu ed io, come parte di qualcosa di molto più grande, il quadro generale, sai, un po' di indifferenza per farti sorridere, ma mi viene una malinconia enorme a pensare che siamo così piccoli che un soffio può portarci via.

– Non funziona così – sorrise lei -. Se ti viene un attacco di malinconia è perché continui a dare importanza alle cose.

– Però mi viene proprio quando non gliela do.

– Se la togli importanza alle cose è perché credi che ce l'abbiano. Se non ne hanno, non gliela puoi togliere.

– E la gente che muore? E le persone che vengono uccise? Sì, sì, innocenti, bambini decapitati, terremoti, neanche tutto questo ha importanza per te? Non ti vorrei mai come medico: mi devi tagliare la gamba destra e mi tagli la sinistra, tanto vale, visto che non ha importanza.

Amaya rise.

– Cazzo, perché ridi? Guarda che sono tragicamente serio.

– Bambini assassinati, terremoti, la tua gamba sinistra.

– Non è la stessa cosa, ma anche quella ha il suo valore.

– Io ti opererei bene. La tua vita mi sembra molto seria, la stessa cosa non posso dire della mia. Non è abbastanza seria da essere presa sul serio. E con questo non voglio dire che non mi piaccia con un po' di follia. Al contrario.

– E quelle degli altri sì?

– Quelle degli altri sono degli altri.

– Posso iscrivermi ad un corso, imparo a prendere la vita meno sul serio in due settimane. Guardi questa bustina di zucchero, la apre? Non la apre? Il fatto di aprirla è una questione di vita o di morte? Il problema è che sì, Amaya, a volte lo è, te lo posso giurare, e tu non lo sai.

– Quello che non capisco è come tu possa divertirti tanto ballando, dovrei essere terrorizzato, se ogni passo è decisivo.

– Pensiamoci, per ballare bisogna alzarsi in piedi, ma, pensa al sangue, che quello che dà il ritmo, è solo un liquidino rosso, cinque litri di niente. Quindi immagino di sì, fare caso al polso sanguigno dovrebbe ricordarci che da qui a cent'anni...tutti calvi. È chiaro che la questione, a questo punto, è: se da qui a cent'anni saremo tutti calvi, vale la pena comprare i prodotti per la calvizie?

Amaya rise di nuovo. L'avvocato la guardava pensieroso.

– Sì, ne vale la pena. Per questo siamo qui, dobbiamo fermare quello della mia banca adesso e non tra cent'anni. Come va con il tuo amico?

– Bene, abbiamo l'IP da dove ha caricato i primi dati, è di un cyber caffè non lontano da casa sua. Poi è andato in altri. Sicuramente basterebbe seguirlo, ma non credo che la polizia abbia tempo per un'operazione del genere. Abbiamo anche accesso alla sua pagina. Potremmo metterci qualcosa che invii i suoi log direttamente alla polizia.

– È facile da fare?

– Al momento no, ma è una questione di tempo.

– Se l'ha fatto da un cyber caffè, può sempre dire che è stato qualcun altro.

– A meno che non lo colgano in flagrante.

– Però le cose che ha fatto, caricare foto mie con dei vestiti che io non indosserei mai, sono sciocchezze. Pedinerebbero mai una persona per così poco?

– Se è solo per un vestito diverso...

– No, non è solo quello...lo ha fatto ad altre persone. Ho parlato con altre due e si rifiutano di denunciarlo. Non vogliono finire ad essere minacciate da un pazzo. E la polizia non ha mezzi per proteggere le donne. Questa società crea molta più gente squilibrata di quello che si immagina.

L'avvocato guardò Amaya e per un momento credette di comprendere quell'individuo che, non potendo toccare l'Amaya analogica, cercava di impossessarsi di quella digitale. Respinse il pensiero quando vide l'espressione stanca e, nello stesso tempo, ferita di Amaya.

– Non so che fare, Eduardo. È un incubo. Forse possiamo spaventarlo, lasciare qualcosa sulla sua pagina, un avvertimento, così che sappia che qualcuno ha le prove che è lui.

– Parlami di lui.

– “E com’è, a cosa si dedica nel tempo libero?” Lo vedo solo al lavoro e agli eventi sociali di lavoro, non partecipiamo quasi mai alle stesse riunioni, a volte sì, prendiamo il caffè con lo stesso gruppo di persone, però nulla di più.

– Che reputazione ha? Cosa pensano di lui le altre due persone con cui hai parlato? Perché sei così sicura che sia lui?

– È molto socievole, ma a volte sta in silenzio e rimane a guardarti come se stesse ridendo dentro. Con me c’è stata quella storia alla festa. E se i cyber caffè si trovano vicino casa sua... E poi, non importa chi è, bisogna fermarlo.

– Potremmo lasciargli un avvertimento, ma è rischioso.

– Preferisco così, invece di continuare con la sensazione di essere nelle sue mani, di non poter fare nulla.

Amaya guardò il telefono. L’ora? Aspetta un messaggio? Sta con qualcuno?

– Devo andare.

Se le dicessi che ho un segreto, rimarrebbe. Ma non lo farò.

Lei cercava con lo sguardo il cameriere.

– Lascia, pago io – disse l’avvocato -, tu hai fretta.

## FEBBRAIO

Erano anni che Julia e l’Irlandese non si vedevano. Incontrarlo a quel ricevimento a cui non pensava nemmeno di andare l’aveva leggermente innervosita. La vicepresidente allora aveva trentadue anni, erano passati vent’anni da quando si erano lasciati. Dopo si erano visti, sempre assieme ad altre persone e senza che tra i due vi fosse alcun disagio, al contrario i rapporti erano cordiali, le battute, l’amicizia erano evidenti a tutti e non obbedivano a nessuna volontà di finzione. Dopo un po’ di tempo, tuttavia, il figlio minore dell’Irlandese morì in un incidente stradale e lui sparì dal mondo dell’economia. La sua presenza al ricevimento non avrebbe dovuto sorprenderla più di tanto; da diversi anni il suo nome era collegato a varie fondazioni benefiche e di ricerca. Non solo era logico che si trovasse lì, ma la vicepresidente avrebbe anche dovuto accorgersi del suo nome nella lista degli invitati che le avevano fornito. La inquietava il fatto di non averlo notato, visto che aveva imposto a se stessa l’obbligo di mantenersi sempre all’erta; non poteva permettersi altri problemi. Quando arrivò il momento di salutare l’Irlandese, non provò nulla di particolare. Attirò la sua attenzione la sua cravatta di un verde muschio che faceva risaltare il verde brillante dei suoi occhi chiari. Una camicia a quadretti piccoli sotto ad un abito grigio antracite gli dava un’aria elegante e sfrontata. Entrambi mantennero la compostezza, educati, gioviali nonostante gli anni. Tuttavia, qualcosa aveva cominciato a martellarle in testa con

insistenza. Le vene le pulsavano sulla fronte e sulla nuca mentre salutava, sorrideva e prestava attenzione a commenti fugaci, insinuazioni, preghiere. La vicepresidente si sedette ad un tavolo assieme al vicepresidente olandese di Spiker e alla direttrice generale di SAAB Svezia. Non era lui ad averla innervosita. Però ho fatto qualcosa di male. Ho commesso un errore e ora non riesco a capire quale sia.

Quando la direttrice di SAAB si interessò al ruolo delle donne nelle discipline scientifiche in Spagna, la vicepresidente ricordò con chiarezza il volto di Helga, la moglie dell'Irlandese, e seppe che cosa le stava succedendo. Aveva avuto poche relazioni con uomini sposati, nella maggior parte dei casi aveva delle attenuanti visto che si trattava di uomini che avevano già cominciato le pratiche di divorzio o erano di fatto già separati, o di qualche avventura poco importante durante un viaggio, con la promessa di non darle seguito una volta tornati a Madrid. L'Irlandese fu l'unica eccezione. Un uomo sposato con un figlio, che non aveva problemi con la moglie, né aveva fatto con lei dei patti di infedeltà espliciti o taciti.

Lei a quei tempi non era vicepresidente e nemmeno deputata, era soltanto un tecnico amministrativo con un presente favoloso. L'Irlandese, consulente di uno delle principali aziende internazionali, le aveva insegnato molto, l'aveva aiutata. Ne era sicura, l'aveva anche amata. Julia si ricordava quelle notti in cui uscivano dal lavoro dopo le dieci e di come avessero scovato dei luoghi clandestini, vie dove era praticamente impossibile incrociare qualcuno di conosciuto e dove, a volte, osavano prendersi per mano o passarsi un braccio attorno alla vita. Allora non aveva la scorta. Scoprirono un piccolo bar anonimo, presero l'abitudine di andare lì, si sedevano sempre in fondo, in modo che, se fosse entrato qualcuno, loro avrebbero potuto vederlo prima. Julia si era arrischiata a portare dei cd al proprietario del bar e lì, con il sottofondo di una musica che poco si accordava con lo stile del locale, trascorrevano delle ore parlando di lavoro e desiderandosi. L'Irlandese osservava Julia affascinato, lei ne era cosciente e giocava tutte le sue carte mettendo in pratica l'arte di essere, almeno per alcune ore, all'altezza dell'immagine idealizzata che l'Irlandese aveva di lei. Non si lasciava mai andare: aveva messo un limite di un anno alla relazione. A lui non lo disse e questo facilitava l'impresa di essere sempre generosa, eccessiva, brillante. In fondo, era come se, oltre al marito stesse cercando di affascinare anche sua moglie, come se cercasse di dirle che lei non era in competizione, che aveva già deciso la sua sorte e che aveva pensato di tirarsi indietro molto prima di arrivare alla meta. Era il suo numero, i suoi cinque minuti di gloria, poi sarebbe sparita.

La madre di Julia aveva imparato cosa significava che suo marito avesse un'amante per degli anni e lei non era disposta a ripetere la storia, anche se dall'altro lato. Nessuna opzione funzionava: né rimanere per sempre nell'ombra, né uscire allo scoperto a prendersi qualcosa che



nemmeno voleva: non voleva una vita in famiglia e la spaventava essere il motivo di una rottura non annunciata. Per questo si era data un anno di tempo per ardere di passione senza preoccuparsi di consumarsi, tanto sapeva che sarebbe finito tutto. Vide la moglie dell'Irlandese solo una volta. I capelli molto scuri, gli occhi castani traboccanti di luce, i movimenti sicuri, come se il centro di gravità del suo piccolo corpo si trovasse in perfetta sintonia con la terra. Fu alla festa di una conoscenza comune. Helga la guardò lentamente, sospettava, forse sapeva. Per un istante, Julia sognò una complicità impossibile: rivolgersi a lei, raccontarle il suo piano: durerà un anno, mancano solo due mesi, non voglio rubarteli, concedimeli, a te sono di troppo, giuro che poi non mi farò più vedere. Però, in nome di cosa glieli avrebbe concessi? Julia restituì lo sguardo a quella donna, una delle prime ingegnere delle telecomunicazioni che avevano occupato un posto significativo nell'industria e che ora si trovava a capo della divisione informatica di Ferraz. Sapeva che non doveva avvicinarsi a lei e non lo fece. Se Helga le avesse detto qualcosa, forse sarebbe stata capace di rinunciare ai fuochi d'artificio delle ultime settimane, all'intensità dell'addio. Invece, rimase in silenzio e i suoi occhi rimasero nei pensieri di Julia. A volte, quando il suo corpo giocava con quello dell'Irlandese, vedeva quegli occhi scuri nei vari angoli della stanza. Passato quell'anno aveva continuato a percepire quello sguardo traverso, in diagonale come un alfiere.

E ora lo aveva sentito di nuovo. Finalmente capiva la ragione di quel martellamento, quel disagio che l'aveva attanagliata da quando aveva scoperto che avrebbe incontrato l'Irlandese: era il sospetto che ci fosse Helga dietro alla freccetta. Quando terminò la serata, chiese di lei alla sua direttrice delle comunicazioni.

– Ha lasciato la sezione informatica del partito due o tre anni fa. Credo che adesso abbia un'azienda sua. È divorziata, sembra che ora viva con una donna.

– Un'informatica anche lei?

– Non lo so Julia. Vuoi che chieda?

La vicepresidente scosse le mani.

– No, no, lascia stare, non ha importanza.

## GENNAIO

L'avvocato uscì dall'auto a mezzanotte. Nulla nel suo aspetto lasciava trasparire la sua eccitazione, la sua decisione di farsi conoscere. Fumò appoggiato alla carrozzeria; fuori dalla Mini il suo corpo sembrava più grande, sembrava impossibile pensare che sarebbe riuscito a rimetterlo tutto di nuovo in auto. I pantaloni stirati alla bell' e meglio, una giacca a vento blu navy ereditata da suo padre, aperta nonostante il freddo, e una camicia grigia che sembrava assorbire la luce del

lampione. Dentro alla Mini aveva lasciato una piccola valigetta di cuoio vecchio con il computer in funzione. Aveva abilitato la modalità grafica; quella notte non si sarebbe limitato a esplorare il computer della vicepresidente in modo invisibile; si era proposto di attirare la sua attenzione.

Guardava gli schermi attraverso il parabrezza. Il tempo passava senza che ci fosse alcun segno di attività. Quando stava per gettare il mozzicone, sul portatile nero si aprì una finestra con il desktop della vicepresidente. Tornò in macchina. Case nelle isole Gambier. Sul volto dell'avvocato si tratteggiò una smorfia ironica. Poi si distrasse guardando la casa che aveva scelto: il tetto non gli piaceva, troppo sofisticato, sembrava il copricapo di una suora. Però sdraiarsi su quell'amaca di assicelle di legno e sentire il vento, circondato da arbusti verdi davanti ad una spiaggia come non se ne erano mai viste, doveva essere piacevole. Dove cazzo saranno 'ste isole? Memorizzò il nome per poterlo cercare dopo. Poi attivò la fotocamera e il microfono: il viso di lei comparve in una finestra più piccola. Ti sto guardando. In quel momento, proprio come aveva pianificato, mosse il puntatore sullo schermo della vicepresidente per farsi vedere.

Se la stava giocando, ma voleva comunque andare avanti. Non aveva paura di essere scoperto; anche se avesse lasciato delle tracce, nessuna poteva ricondurre a lui. Lo preoccupava perdere il contatto: se lei non gli avesse dato un'opportunità, avrebbe distrutto quel ponte che lui aveva così minuziosamente costruito. Ma non lo farai. Sono la tua sentinella, disse a voce alta guardando il volto perplesso della vice presidente, che in quel momento chiudeva le finestre e si spostava dall'inquadratura. Vide un pezzetto della sua testa appoggiata allo schienale della sedia, gli occhi rivolti allo schermo. Ora o mai più. Cominciò ad aprire e chiudere cartelle nel desktop hackerato. Aprì anche una finestra nera e vi scrisse alcuni comandi. Il viso di Julia si avvicinò di nuovo alla telecamera.

– E quindi non conosci le mie abitudini – la sentì dire.

L'avvocato continuò la sua danza piuttosto folle nel desktop. E ora, mi denuncerai? La vide alzare il braccio, sembrava che volesse muovere il mouse, ma poi il braccio tornò al suo posto. Lui interruppe ogni movimento. Julia bevve qualcosa che poteva essere del rum con limone, o forse una semplice aranciata. Poi uscì di nuovo dall'inquadratura. L'avvocato aumentò la sensibilità del microfono. Niente. Nemmeno un rumore, né la voce in lontananza della vicepresidente che faceva delle chiamate.

Aspettò. Aveva la sensazione di essere un uomo con una pazienza infinita, tranquillo davanti ad uno schermo immobile com'era lui, senza accendersi una sigaretta né muovere una gamba o nemmeno respirare. I suoi pensieri, però, viaggiavano alla velocità della luce. Se Julia Montes si rifiuta di aprire uno spiraglio per farsi avvolgere da un'aria diversa, raffiche di inferni gelati, religioni di emergenza e napalm morto, se si nega a sentire la mia chiamata, un grido

lontano che non la lascerà finché non lei non mi affronterà e mi darà retta, se porta a controllare il suo computer e mi butta fuori senza avermi dato ascolto...

Mosse leggermente il mouse, lo schermo tornò a inquadrare lo schienale della sedia di legno chiaro ed elegante e sullo sfondo una parete sfocata con un quadro. Tu sai cosa c'è dietro alle porte. Tu hai bussato, ti hanno aperto: che succede dopo? Dentro all'auto c'era odore di chiuso; tirò giù il finestrino, anche se lo ritirò su per prudenza quando la vide avvicinarsi. Sentì che guardava direttamente lui; poi, con la stessa voce trasparente delle sue apparizioni pubbliche, ma senza quella sua solita tensione, quella patina di controllo e durezza, la sentì dire ad alta voce: "Chi sei?". Chi sono, l'avvocato rise per un istante.

Spense il computer e rimase nella Mini al buio. Guardava la strada e cercava di immaginare l'intreccio di cavi sottoterra, che trasportavano il segnale e l'elettricità. Vide, come un lampo, il volto di suo padre. Una sigaretta caduta su una sedia aveva preso fuoco, ardendo per tre ore, mentre suo padre dormiva in un ostello. Il sensore antifumo non aveva funzionato, morirono i tre ospiti di quel piano, tutti e tre stavano dormendo, una leggera coltre di fumo copriva i loro volti quando li trovarono. Il fumo non si sente quando il corpo dorme, ma ci stordisce e ci anestetizza. Suo padre era in viaggio per motivi di lavoro. Una morte assurda e senza senso. L'avvocato, che da bambino voleva fare il vigile del fuoco, arrivò a pensare di presentarsi ai concorsi per ispettore tecnico, avrebbe girato tutti gli hotel e le pensioni per controllare lo stato dei rilevatori di fumo. Poi suo padre andò piano piano scomparendo. Si ricordava di come rideva per delle battute assurde: «qual è il colmo per una lumaca? Sgommare. E il colmo per una biglia? Rotolare». L'avvocato mise in moto e guidò in fretta. Magari mi restano altri quarant'anni o magari muoio un anno di questi, come te. Avremmo potuto stare assieme per più tempo. Pensò al ragazzo e alla vicepresidente. Vi guardo io le spalle adesso, per una volta faccio io la guardia.

FEBBRAIO

La vicepresidente si dirigeva ad una riunione con vari dirigenti dei mezzi di comunicazione allo Sheraton di Rascafría. Si trovavano già nelle vicinanze della cittadina, ma, quando vide il cartello rotondo della Coca-Cola che segnalava la presenza di un bar, la vicepresidente decise che poteva permettersi un quarto d'ora per sgranchirsi le gambe e immaginare di disporre di alcuni tempi morti, degli intervalli in cui le cose da sbrigare non si ammucchiavano in attesa, anzi, non esistevano più e c'erano solo i rami spogli, il vento e le pozzanghere di fango gelato. Chiese di fermare l'auto per qualche minuto. L'autista poteva andare a prendersi un caffè. Nel frattempo, lei avrebbe fatto una passeggiatina lì vicino alla strada.

Anche se la sua scorta la seguiva con la solita discrezione, oggi le sembrava insufficiente. Trovò un cippo bianco e si sedette lì, dando le spalle all'agente e alla strada. Il profilo della montagna la fece pensare al professore con cui era andata ad Amsterdam. Lui aveva una vena mistica ed era capace di contemplare un paesaggio come se in ogni pietra si potessero leggere le tracce di un piano divino, trascendente. Non si sentiva solo, il suo destino era stato previsto da qualcuno, quella certezza lo rasserenava. Però lei non poteva credere ad una cosa del genere. Nessuno ci guarda. Quando siamo soli, siamo soli. Mi guarda solo l'agente si scorta e, a volte, la freccetta.

La vicepresidente si incamminò verso l'agente. Lui, che la conosceva, tirò fuori una sigaretta e l'accendino e glieli offrì. Julia tornò al cippo, aspirò il fumo felice. Se potessi rimanere qui più a lungo. Guardò l'ora e pensò che poteva, anzi ne aveva bisogno. Chiamò Carmen al cellulare.

– Mancano quaranta minuti alla riunione. Puoi venire qui? Ho bisogno di parlarti.

Quando riattaccò, pensò che forse qualcuno la stava intercettando, che lo stesso Alvaro o i suoi nemici stavano ascoltando le sue conversazioni. Non le importava, già da tempo si era abituata ad essere prudente, a qualsiasi evento pubblico poteva esserci un microfono acceso, una giornalista, potevano riprendere delle immagini sue da lontano. Non qui, spero. Si guardò intorno. Di persona parleremo tranquillamente.

Sentì il motore dell'auto e subito vide la sua direttrice delle comunicazioni avvicinarsi con un passo a metà tra la marcia e il ballo, che manteneva nonostante il dislivello e la disparità del terreno; anche se, a volte, Carmen traballava un po', allora sembrava una Charlot al femminile che attraversava il campo.

– Sei di buon umore – la salutò Carmen.

– Avevi un aspetto divertente mentre venivi qui. Guarda, lì c'è uno spiazzo, credo che la tua gonna scura e i miei pantaloni neri ci permettano di sederci un momento per terra, anche se non sarebbe proprio ortodosso.

Appoggiarono entrambe la schiena al tronco di un pino.

– Si sta bene qui. Dimmi.

– Gli annunci classificati: ho dato un'occhiata come mi avevi chiesto, ma la mia risposta rimane la stessa: non permetterò che il governo paghi delle sottoscrizioni a dei giornali per le scuole che pubblicizzano la prostituzione. Mi dici che proibirli ora li manderebbe in rovina, va bene. Non possono però chiederci di diffonderli.

– Qualsiasi altro aiuto sarà comunque un modo di farlo.

– Ma non all'interno del sistema educativo. Non arriverò mai a quel punto.

– Lo comprendo, lo condivido, anche se mi metti in difficoltà. Avevo detto loro che vedevo difficile la diffusione nelle scuole medie, ma alle superiori, nelle biblioteche, nelle università...

Una macchia di sole attraversò le nuvole, i pini e formò un ovale argentato sui pantaloni della vicepresidente.

– No – disse -. Dai pure tutta la colpa a me. E in effetti lo è per aver dubitato.

– Ce la faranno pagare.

– Sarebbe più utile che pensassero a risolvere i loro problemi. Non cederò. Anche se dovessero scrivermi contro un editoriale al giorno e trovare ogni pretesto per attaccarmi.

La gonna di Carmen, distesa per terra, formava un cono marroncino che ampliava la sua figura sottile. I capelli lunghi con delle mèches rossicce si confondevano con la corteccia dell'albero. Le unghie con uno smalto dello stesso colore fiammeggiavano brillanti.

– Sembri una creatura del bosco – disse la vicepresidente -. Camminiamo un po', abbiamo ancora tempo. Vuoi?

Carmen si alzò assieme a lei.

– Hai già verificato da dove è arrivata la fuga di notizie? – chiese -. Loro sono convinti che sia stata tu.

– Pensano che l'avrei fatto senza dirtelo?

– No. Credono che io lo sappia e mento – disse Carmen senza guardarla.

– E ora me ne esco anche con gli annunci classificati.

– Non importa, è il mio lavoro. Però ho davvero bisogno di sapere se c'è qualche relazione.

– No, nel modo più assoluto. Non mi piace la mossa di Telefonica e non l'ho mai nascosto, per quello non sono stata coinvolta nella riunione, scelta che comprendo. Però farlo trapelare non è nel mio stile e, anche se fosse, in un caso del genere non lo farei mai senza consultarti.

– Grazie – disse Carmen, e la sua voce assunse un tono irregolare.

– E di certo non darò loro un contentino per colpa dei problemi di ingegneria finanziaria di nessuno. Non cederò sugli annunci.

– Cosa puoi dar loro in cambio?

– Dai loro la mia parola che non siamo stati noi e di' che opteremo per una regolamentazione del porno a pagamento che sia loro favorevole.

– Parlerò con loro, ma non li terrai buoni così. Julia, a mano a mano che avanza la crisi avremo sempre più bisogno dei media.

Carmen era un paio di passi più avanti. La vicepresidente non cercò di raggiungerla. Parlò lentamente muovendosi altrettanto lentamente:

- Lo so – disse -. A volte idealizzo il passato, penso che prima avevamo più il senso dell'orgoglio... Ma non è vero. Non ce l'abbiamo mai avuto. E non so se siamo ancora in tempo.

La vicepresidente ebbe la tentazione di parlare a Carmen del progetto che aveva tra le mani, era qualcosa che non aveva discusso con nessuno, né con Luciano, né con il suo precedente capo di gabinetto, né con nessuno dei suoi collaboratori e nemmeno, sorrise tra sé e sé, con la freccetta. Era stata prudente per dei mesi e doveva continuare ad esserlo. Entro un paio di settimane l'avrebbe terminato e solo allora ne avrebbero discusso.

Carmen si girò per mettersi di fronte alla vicepresidente. Era di cinque anni più giovane rispetto a Julia, una differenza insignificante e, nello stesso tempo, quasi una generazione diversa. Si guardarono negli occhi.

– Ci fermeranno, vero?

– Non pensavo a quello. Non credo che il presidente abbia in mente un cambio del governo a breve.

E se la freccetta fossi tu? E se avessi passato tutti questi anni con te senza sapere che tu ti aspettavi altro da me?

La vicepresidente disse:

- Ho fatto il mio dovere, mi sono applicata, come il fratello maggiore della parabola del figliol prodigo. Ma questo non basta. Non ho mai rischiato più del necessario.

Carmen sorrise.

– Magari avessero fatto tutti così, non ci sarebbe la questa crisi.

– No, no, quello che hanno fatto loro è rischiare più di quello che altri avrebbero dovuto.

Carmen...

No non sei tu, lo saprei, ne abbiamo passate così tante assieme...

- Sì?

– Tutti pensano che siamo intercambiabili, non lo dico per il valzer degli incarichi, ma in generale: pensano che la differenza tra un governo e l'altro sia minima.

– Non sanno come funziona, le mille decisioni che si prendono giorno per giorno.

– Non lo sanno, ma lo immaginano. Fanno una media. Alla fine è come nel settore dell'alimentazione, le persone non sanno quanto costa ogni prodotto nello specifico, ma fanno la spesa e non si sbagliano sul valore del loro carrello nel suo insieme.

– Mi stai dicendo che il nostro carrello vale tanto quanto quello di qualsiasi altro governo, che quello che si risparmia da una parte si perde da un'altra?

– No, Carmen, il brutto è che io credo davvero di poter essere utile. Lo credo fino al limite dell'imprudenza e del ridicolo. E mi sembra che ci creda anche tu.

Erano già a pochi metri dalla strada. L'agente di scorta le guardava.

Chi sei? Si chiese in silenzio la vicepresidente.

GENNAIO

L'avvocato uscì tardi dall'ufficio, tornò a casa, mangiò qualcosa per cena, preparò il computer e prese il libro. Guidò fino ad un quartiere che si trovava in direzione opposta rispetto a quello del primo incontro. Forzò la password di due reti wireless in cinquanta minuti. Poi si buttò sulle spalle una coperta sintetica arancione. La Mini era piena di fessure che neutralizzavano la scarsa potenza del riscaldamento e pensava di trascorrere le ore che fossero necessarie parcheggiato in strada, attaccato a quelle reti Wi-Fi, fino a quando non sarebbe entrato in contatto con la vicepresidente.

Oggi voleva parlarle. Tra tutte le cose che aveva trovato nel tempo che aveva passato ad analizzare il traffico in rete e le zone apparentemente formattate del disco rigido, aveva scelto *Il maestro e Margherita*. Mentre aspettava che arrivasse, sfogliò le pagine che lui stesso aveva sottolineato negli ultimi giorni.

Fallire in amore non è un'opzione, lo aveva sentito in una commedia romantica di serie B e, ciò nonostante, era così che si sentiva. Non aveva la pretesa, com'era ovvio, di far innamorare Julia Montes nel senso fisico del termine. Tuttavia, doveva aprirsi un cammino, lasciarsi una porta aperta nel suo cuore, come aveva già fatto con il suo computer. E fallire, continuava a ripetersi, non era un'opzione. Nessun sistema informatico era sicuro al cento per cento; gli exploits, quei piccoli programmi malevoli, sono solo la manifestazione concreta e reale di una vulnerabilità possibile. Allo stesso modo, nessun sistema umano è completamente sicuro, nessuna congiunzione di paure e desideri destrutturati, spezzati perché non c'è abbastanza spazio per alzare la testa e respirare, non qui.

All'inizio pensò di riprodurre il comportamento di un trojan: un aumento improvviso delle informazioni in attesa di essere processate dal sistema provoca degli errori che permettono all'intruso di prendere il controllo. Però se c'era qualcosa a cui la vicepresidente era preparata a fare era proprio gestire le informazioni in attesa, sia che si trattasse di ordini, richieste, dati o anche di passioni, eccitazione o sconforto. Deciso a giocarsela con una carta sola, aveva scelto il libro che più era stato nominato nei vecchi documenti della vicepresidente. Aveva un piano, ma gli mancava ancora l'intonazione. Mostrare timidezza, sfrontatezza, una nota di arroganza? Lei non mi vede. Per lei sono solo un insieme di bit, una manciata di caratteri.

La vicepresidente non avrebbe potuto trovare il suo nome, né, ovviamente, una sua foto, un'immagine. Lo tenne a mente perché aveva bisogno di sentirsi libero, incorporeo, punti mobili di luce su uno schermo. Ti parlerò come se ti conoscessi da sempre. Non solo ti controllo, ma sono anche dentro di te.

Non appena la vicepresidente mosse il mouse, l'avvocato prese il controllo del puntatore a forma di freccetta e cominciò ad agitarlo da un lato all'altro, salutava. La vicepresidente riprese il mouse e lui le restituì il controllo. Però, non appena lei lo lasciava, la freccetta riprendeva a danzare. Ci fu un momento di quiete. Poi la vicepresidente lo sorprese: aveva aperto un documento e stava scrivendo:

- Ciao.

L'avvocato rispose all'istante, usando deliberatamente solo le lettere minuscole:

- ciao.

– Che cosa vuoi? – chiese lei.

La risata dell'avvocato suonò strana all'interno della Mini parcheggiata, eccitata e nervosa.

– mmm... - scrisse soffermandosi su ogni tasto.

Vide uno sguardo divertito sul volto della vicepresidente e un sorriso appena accennato. Poi l'espressione cambiò e Julia uscì dall'inquadratura. L'avvocato contava i secondi come se qualcosa si stesse prima scaricando e poi installando nella vicepresidente, senza che lui potesse fare nulla se non aspettare i passaggi successivi. Lei tornò e l'avvocato seppe che doveva sfidarla.

– avevi – scrisse – l'assistenza remota disattivata.

– Per sicurezza – rispose lei -. Mi hanno detto di farlo.

L'avvocato rise tra sé e sé: avevi anche la fotocamera disattivata, eppure ti sto guardando. Però scrisse solo:

- l'ho riattivata.

– Continui a non dirmi quello che vuoi.

– aiutarti.

Aveva pianificato questa risposta. Voleva aiutarla, sì, perché aveva bisogno che lei aiutasse lui. Anche se non era solo per quello.

– Cosa mi chiederai in cambio?

L'avvocato non ebbe dubbi:

- ti chiederò il “vizio maggiore”.

Dai, è meglio se vieni. Quello che ti aspetta altrimenti, già lo sai. Guardò fuori dal finestrino per non vedere il suo volto. Quando tornò a guardarla, la frase intera era stata scritta sul monitor:



- “Numi, numi! Com’è triste la terra di sera! Come sono misteriose le brume sulle paludi! Chi ha vagato in queste brume...”

L’avvocato riprese il controllo per terminare:

- “...chi ha volato su questa terra portando su di sé un peso troppo gravoso, lo sa”.

Hai già fatto il salto, mormorò tra sé e sé l’avvocato. Non si stupì del silenzio, e nemmeno quando, dopo alcuni secondi, la vicepresidente andò verso il menù in cerca del pulsante di spegnimento. Ciò nonostante, la anticipò per parlarle di nuovo.

– te ne vai? – scrisse.

Lei gli rispose: solo un sì e buonanotte; più che sufficienti per lasciare intendere che avevano una via di comunicazione aperta.

La vicepresidente spense il computer; tuttavia, lui lo aveva programmato affinché si riaccendesse mezz’ora più tardi. Voleva continuare a lavorare.

L’avvocato trascorse inquieto la mattinata successiva in tribunale; sentiva che stava tentando la sorte. Se dopo il colpo ad effetto del libro lei l’avesse cercato senza trovarlo, gran parte del suo potere sarebbe sfumato. Sarebbe passato ad essere un soggetto, un semplice soggetto che cercava di comunicare con lei e non quella presenza onnisciente, ubiqua, che era riuscita a sorprenderla, forse ad affascinarla. Non deve nemmeno per un momento immaginarmi come un tipo qualsiasi che toglie ore al suo lavoro e al sonno per andarla a trovare. Ho bisogno di altri due giorni. Due incontri. Poi imporrò la regola della notte.

L’avvocato aveva sincronizzato un vecchio netbook con il computer della vicepresidente e lo aveva portato con sé. A intervalli, ogni volta che poteva, verificava che non ci fosse nessun utente collegato in casa di Julia Montes. Era esasperante e si vergognava anche un po’. Però era sicuro che la vicepresidente lo avrebbe cercato prima dell’alba. Non dal lavoro, lei non avrebbe commesso quell’errore. Tuttavia, tra un impegno e l’altro poteva passare per casa.

Alle tre meno un quarto, l’avvocato chiuse gli ultimi casi e guidò fino ad un’altra strada di quelle controllate. C’era troppo traffico. Si connesse da una delle reti Wi-Fi craccate giorni prima. Non c’era nessun utente a parte lui, fuori controllo, adolescente, che lasciava una sua traccia collegandosi ogni dieci minuti. Cancellò le sue tracce e si girò due sigarette, si sentivano i clacson delle auto a pochi metri. Osservava i pedoni che passavano lì vicino. Chissà se sono come me, se hanno una linea aperta con la clandestinità e le loro facce mute guardano ad un sonno posticipato che non vuole andarsene.

Si era dimenticato di comprarsi un panino, ma ormai era tardi. E se si fosse connessa proprio in quel momento? Continuò a fumare; e poi la vide, il volto affannato, il comando di eliminare il documento.

– ciao – scrisse lui come un'esalazione.

Gli sembrò di distinguere nei suoi occhi, ma forse lo aveva solo immaginato, uno scintillio sognante.

– mi consegnerai? – continuò l'avvocato.

Lei guardava e basta.

– gli elettori vogliono i segreti. sognano che sarkozy, zapatero o condoleeza rice abbiano perversioni nascoste, una passione insaziabile o un piano...

Continuò a scrivere quello che lui chiamava letteratura. Da quanto aveva potuto constatare, nell'ufficio della vicepresidente c'era una fotografia sua assieme ad uno scrittore. Ai politici piacevano i libri, i politici consegnavano premi agli scrittori, andavano ai loro funerali. E anche se lui era un volgare avvocato difensore di guardie giurate, un tipo che solo per un breve periodo aveva osato sfidare apertamente le regole e per poi ritirarsi, curvare la schiena, abbassare la testa, nonostante tutto, leggeva ancora ogni sera a letto e si immaginava a seguire le orme di chi diceva: "Ho voluto conoscere l'altro lato del giardino":

- ... sono il tuo segreto, mi espellerai?

Lei gli stava rispondendo con le sue stesse armi. Volteggia con le parole, dai, però tu sei da troppi anni al potere: tu pensavi e, bene o male, quello che pensavi veniva fatto. Quello che ho pensato io, invece, è rimasto dentro di me.

- ...ti sei accorto di come mi tremano le mani dopo un intervento? – digitava la vicepresidente.

- E le gelaterie? Che cosa sai delle gelaterie?

L'avvocato vide Amaya che andava al locale dell'organizzazione, stanca, sapendo che quello che allora da fuori chiamavano "la sinistra minoritaria" era a pezzi, senza mezzi, né unità e, tuttavia continuava a resistere alle lunghe riunioni per preparare un'azione che aveva poche prospettive di essere portata a termine: che cazzo le interessavano le gelaterie? Sii cauto. Sii paziente. Lei sta cominciando a parlar con te, ringraziala. Due punti e una parentesi. Poi i puntini di sospensione. E poi l'interesse che non si finge, dal momento che da ogni parola può nascere un inizio.

- :)... le gelaterie?

Effetto riuscito, la vide accennare un sorriso. Poi scosse la testa e ricominciò a scrivere:

- Tutti immaginano la mia stanchezza, la mia espressione di solitudine, qualcuno arriva ad immaginare il momento in cui la resistenza cede e ...

L'avvocato guardava come si succedevano le lettere, senza prestare troppa attenzione. Si stava solo sfogando, più tardi avrebbe potuto rivedere quanto scritto, per ora doveva concentrarsi sulla prossima mossa. Devo fare un altro passo, dirle che so chi è.

- ...Pensi che comprerei dei giochi erotici in rete se potessi evitare di usare la mia carta di credito? – concluse lei.

- so poche cose – e scrisse lentamente -, vicepresidente.

- Il mio incarico, questo è evidente. Il tono della mia voce. Le foto pubblicate. Le ultime misure che ho approvato.

- questo lo sa chiunque legga il giornale e cerchi dei video tuoi.

- Ti conosco? – chiese lei.

- no – scrisse l'avvocato, non senza che gli sembrasse strano, dal momento che era da due mesi che conviveva in un certo qual modo con quella donna: io sì ti conosco.

- Me lo giuri?

- sì.

- Ma che importa? Il tuo giuramento non vale nulla. Meno di niente. Credi che io sia un'esibizionista?

Ho fame – pensò l'avvocato -. E anche se lo credessi, non te lo posso ancora dire.

- no.

- Tuttavia, qualsiasi altra persona considererebbe la tua intrusione come una sfacciata aggressione, stai violando la mia intimità.

Perché lo tolleri? Non è per quella cavolata delle gelaterie. Di cosa ti penti? Questo sì che voglio saperlo. Non poteva ancora parlarle così. Doveva mantenere il suo status incorporeo, dei bit che appaiono e poi se ne vanno. Fu sincero senza darlo a vedere e scrisse:

- ho corso un rischio...

Continuarono a parlare e lei volle una prova.

- Come posso essere sicura che non sei un giornalista? – chiese la vicepresidente.

Vai veloce. Immaginavo che me l'avresti chiesto, ma così presto? Non importa, ho la risposta pronta da giorni. Guardava l'ora sullo schermo, lasciò passare un po'di tempo e scrisse la sua offerta: entrare nel computer di un giornalista a sua scelta. Se lui fosse stato un giornalista e lei lo avesse smascherato, avrebbe perso il rispetto dei suoi colleghi.

- È così facile entrare in un altro computer?

Proprio così facile non è, pensò mentre rispondeva. Lei oppose resistenza:

- ...io ne uscirei più compromessa di te.

- vuoi che sia io a scegliere il giornalista?

- Non ho detto questo.

- lo sceglierò comunque.

Taci. Ti guardi le mani, sono come quelle di Pilato?

- Mi aspettano, devo andare.

No, non credo che te ne andrai così, non è nel tuo stile. O forse ti senti braccata, da chi?

Di sicuro non da me.

Ma la vicepresidente non se ne andava. Da sole, due lettere comparvero sulla pagina.

- No.

Allora sì, la vide alzarsi, uscire dall'inquadratura. Per un momento il bianco della sua camicetta coprì l'intero schermo. L'avvocato spense il suo computer. Provava una cauta euforia.